

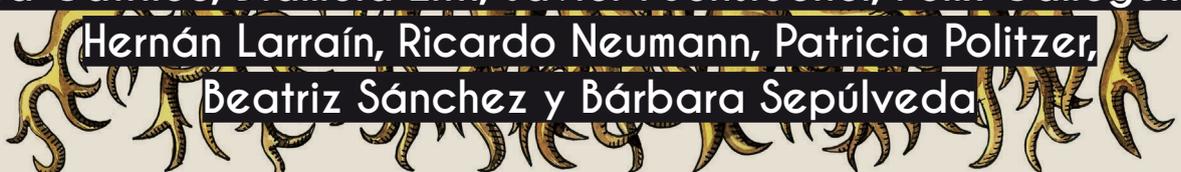
# PALABRA PÚBLICA

UNIVERSIDAD DE CHILE



## AQUÍ SE CONSTRUYE UN CHILE COMÚN

Escriben: Adriana Ampuero, Sofía Brito, Daniela Catrileo,  
Rosa Catrileo, Diamela Eltit, Javier Fuchslocher, Félix Galleguillos,  
Hernán Larraín, Ricardo Neumann, Patricia Politzer,  
Beatriz Sánchez y Bárbara Sepúlveda





Todos los viernes, a las 18.00 horas,  
en Radio Universidad de Chile, 102.5 FM

---

Conducido por la periodista  
**Jennifer Abate**

---

Un programa de la Vicerrectoría de Extensión  
y Comunicaciones de la Universidad de Chile

# Momento constituyente y reafirmación de lo público

EDITORIAL

POR ENNIO VIVALDI

Rector de la Universidad de Chile



**H**oy el país escribe una nueva Constitución. Tras días convulsionados y de intensa y comprensible emocionalidad, se inicia un proceso de intercambio de ideas que habrá de ser reflexivo y constructivo. Habrá que conversar de tantas cosas, todas fundamentales para nuestra convivencia, pero de las cuales no habíamos hablado en mucho tiempo. Primero, porque estaba prohibido, y después, porque parecía inconducente. Algunas de estas cuestiones son respuestas directas a los excesos, al extremismo ideológico de la actual Constitución, hecha para justificar o, mejor dicho, para hacer parecer inevitable un camino que nos ha traído un país desagregado, individualista y plagado de injusticias. Otros temas nos obligarán a asumir por fin responsabilidades de larga data postergadas, algunas de ellas presentes en todo el mundo, como la equidad de derechos de la mujer; otras más propias de nuestro país, como el respeto a los pueblos originarios o la descentralización administrativa y económica. También corresponderá tratar nuevos grandes problemas que, si bien llevan un tiempo incubándose, hoy explotan. Enumeremos algunos medioambientales como la sustentabilidad, el cambio climático, la necesidad de energía verde, el agua, la transformación tecnológica; enumeremos también, en el campo de la salud, las nuevas patologías prevalentes, ya sean virales, vinculadas a la tercera edad o a la malnutrición.

La Universidad de Chile ha jugado un rol responsable y previsor al proponer a la ciudadanía incorporar a la discusión nacional estos asuntos. Ese es nuestro deber. Sobre todo, hemos enfatizado que una tarea medular habrá de ser la reconstrucción del espacio público. Pensamos que el esfuerzo por destruirlo, con esa premeditación explícita y desembozada que caracteriza a los fanatismos extremos, está en la base de la crisis que en 2019 se hizo inocultable. Lo público, sobre todo la educación pública, es el gran elemento cohesionador de una sociedad.

Queremos resaltar el tremendo potencial que representa el hecho de que las universidades públicas hayamos logrado configurar una red entre nosotras, convocando además a los otros centros de educación terciaria. Habrá que fortalecer también el apoyo recíproco virtuoso entre nuestras universidades públicas y el resto del Estado, el que volverá a expresarse en la tareas sectoriales, como las de salud, las silvioagropecuarias o las relacionadas a las tecnologías, así como, muy importantemente, las del mundo de la educación, donde deben articularse y vertebrarse sus niveles básico, medio y superior.

Las universidades públicas, en este nuevo escenario, deben ser consideradas en cuanto instituciones proveedoras de bienes públicos y garantes del derecho a la educación superior. Ellas han de cumplir con sus diversos roles: docencia, investigación, creación y vinculación con el medio, mediante una estructura de financiamiento que tiene que contar con aportes directos, asignados y controlados por criterios de desempeño, pertinencia, logros y metas comunes. Quizás lo más importante de la modalidad de financiamiento es permitir que el joven profesional perciba íntimamente que ha contraído una deuda virtuosa con la sociedad en un contexto solidario y no una fatigosa obligación individual con un banco.

El actual Plan de Fortalecimiento de las Universidades Estatales busca instalar la formación ciudadana como rasgo identitario de nuestro sistema, a través del trabajo interinstitucional para el fortalecimiento de la democracia y el desarrollo integral y sustentable del país. También se debe valorar la ética en su comportamiento cotidiano, lo que abarca desde la honorabilidad que un estudiante muestra en los procesos de evaluación hasta el compromiso con una mayor equidad social.

Las universidades públicas son universidades domiciliadas, centradas y focalizadas en cada región, lo que les permite ser actores significativos en la necesaria descentralización del país. También debe entenderse la relevancia que para la calidad de vida de nuestra población tienen las artes, humanidades y ciencias sociales, en las cuales las universidades participan activamente, fomentando un vínculo siempre bidireccional con la sociedad.

En este momento histórico, donde debimos enfrentar una pandemia con el compromiso cabal de una sólida comunidad científica vinculada a nuestras universidades, y donde estamos comenzando este proceso constituyente, algunas de las grandes tareas que el país deberá asumir son las de replantear nuestra matriz productiva e ingresar a la sociedad del conocimiento.

Necesitamos entender a la sociedad desde una mirada sistémica, enfatizando su cohesión y búsqueda de bien común, y no como una coexistencia de intereses individuales y grupales. Las universidades hemos dado un ejemplo avanzando en constituirnos en instituciones que colaboran y se complementan entre sí.

Las universidades públicas pueden y deben criticar constructivamente desde el ámbito del Estado, pero siempre buscando el bien común y con lealtad para con el sistema gubernamental, nacional y regional, y para con el Parlamento. No pueden ser instrumentos en la política contingente ni representar intereses económicos o ideológicos de grupo alguno. Deben seguir sirviendo a la creación y codificación de conocimiento, y destacar en el ámbito de la comunicación global por su libertad respecto de afanes de lucro que contradicen las posibilidades de concordar en políticas globales, hoy necesarias para la sustentabilidad planetaria.

Las universidades públicas valoramos que el país comience a protagonizar una gran conversación para la reconstrucción del bien común, la que nos hará reflexionar sobre nuestro marco de convivencia y la necesidad de enmendar las concepciones erradas que se nos han impuesto. Lo hacemos desde un absoluto respeto por la potestad y legitimidad del organismo elegido para redactar la nueva Constitución, a la vez que expresamos nuestra disposición a contribuir y servir a este proceso y al país en todo lo que se nos requiera. ☐

**P. 6**

Letras para el futuro. Ensayos sobre la escritura constituyente.

Por Diamela Eltit, Daniela Catrileo y Sofía Brito

**P. 12**

Elisa Loncon y Jaime Bassa: Una diversidad que está cambiando la historia.

Por Jennifer Abate

**P. 18**

Constituyendo un nuevo Chile. Testimonios desde la Convención Constitucional.



**P. 24**

Silvia Federici: “El cono sur está trayendo al mundo la lucha de las mujeres”

Por Ximena Póo

**P. 29**

Camila Sosa Villada: “Hay un montón de gente nombrándose disidencia y que no es disidente de nada”.

Por Javiera Tapia

**P. 33**

Superar el resentimiento

Por Yásnaya Aguilar Gil

**P. 35**

Kathya Araujo: “Hoy estamos en un mundo de jerarquías móviles”.

Por Jennifer Abate

**P. 40**

Crisis climática: Una contienda desigual. Columnas.

Por Laura Gallardo y Anahí Urquiza



**P. 44**

Hecho en Chile: Vacunas con sello local.

Por Sofía Brinck

**P. 49**

Dossier Palabra Crítica



**P. 50**

Épica y resistencia popular. Sobre Plaza de la Dignidad, de Carmen Berenguer.

Por Patricia Espinosa

**P. 52**

Tamara, suspendida. Sobre Chicas en tiempos suspendidos, de Tamara Kamenszain.

Por Lorena Amaro

**P. 54**

Feria de vanidades. Sobre Mona, de Pola Oloixarac.

Por Lucía Stecher

**P. 56**

El gremio de los pintores y las políticas del muro. Sobre “Políticas del espacio”.

Por Diego Parra

**P. 58**

Fugitiva ambigüedad. Sobre Sergio Larraín: El instante eterno.

Por Iván Pinto

**P. 60**

Capturas de la historia. Sobre Blanco en blanco, de Théo Court.

Por Laura Lattanzi

**P. 62**

Reaperturas, presencias y fantasmas. Sobre Paren la música, de Alejandro Sieveking y Nona Fernández.

Por Mauricio Barría

**P. 64**

Estudiantes en movimiento. Nada por disputar, todo por construir. Por Noam Vilches

**PALABRA PÚBLICA**

PUBLICACIÓN BIMENSUAL DE LA VICERRECTORÍA DE EXTENSIÓN Y COMUNICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE.

**Director general:** Rector Ennio Vivaldi / **Directora editorial:** Faride Zerán / **Editora general:** Evelyn Ertij / **Editora periodística:** Jennifer Abate / **Editor web:** Francisco Figueroa / **Periodista:** Denisse Espinoza / **Redes sociales y difusión:** Valentina Aravena / **Directora de comunicaciones:** Mariela Ravanal / **Jefe de prensa:** Simón Boric

**Colaboradores:** Yásnaya Aguilar / Adriana Ampuero / Lorena Amaro / Mauricio Barría / Sofía Brinck / Sofía Brito / Daniela Catrileo / Rosa Catrileo / Diamela Eltit / Patricia Espinosa / Javier Fuchslocher / Laura Gallardo / Félix Galleguillos / Hernán Larraín / Laura Lattanzi / Ricardo Neumann / Diego Parra / Iván Pinto / Patricia Politzer / Ximena Póo / Beatriz Sánchez / Bárbara Sepulveda / Lucía Stecher / Javiera Tapia / Anahí Urquiza / Noam Vilches

**Diseño:** Ximena González y Gonzalo Catrileo

**Fotografía:** Felipe PoGa y Alejandra Fuenzalida

**Ilustración de portada:** Marcela “Maliki” Trujillo

**Ilustración de interiores:** Fabián Rivas

**Consejo editorial:** Roberto Aceituno / Fernando Atria / Sergio Campos / Jonás Chnoaiderman / Daniel Hojman / Owen Korn / Jorge Martínez / María Olivia Mönckeberg / Roberto Neira / Irma Palma / José Miguel Piquer / Ximena Póo / Flavio Salazar

# Chile en la hoguera

COLUMNA

POR FARIDE ZERÁN

Vicerrectora de Extensión y Comunicaciones de la Universidad de Chile



La imagen muestra el instante en que un hombre que viste una llamativa polera de la selección chilena de fútbol lanza a la hoguera el coche de un bebé. Lo rodean decenas de manifestantes, algunos portando banderas chilenas, que observan la escena. El fuego está consumiendo ropa, carpas, juguetes, documentos, medicamentos; precarias pertenencias de cientos de migrantes que han cruzado la frontera norte del país, en su mayoría de nacionalidad venezolana. Es el final de una manifestación antiinmigración de alrededor de 5 mil personas que recorrió las principales calles de Iquique, coreando “Chile para los chilenos”, entre otros gritos que humillaban y ofendían a esos hombres, mujeres y niños desplazados por una de las peores crisis humanitarias de los últimos tiempos.

Ya no se trataba del mar mediterráneo y sus cientos de improvisadas embarcaciones con migrantes desesperados provenientes del norte de África ni de imágenes como la del pequeño niño sirio muerto en la orilla del mar, mientras su padre llora desesperado. Ahora la fotografía se trataba de Chile, retratando el desprecio y la deshumanización hacia el otro distinto, exhibidos en su brutal obscenidad.

La imagen congelada del coche en el aire y de las llamas que lo esperan fue capturada por el fotógrafo Alex Díaz, según consignó el medio *Interferencia*. Nunca imaginó este corresponsal de la Agencia Aton que inmortalizaría el símbolo de la intolerancia y la xenofobia, en una postal que dio la vuelta al mundo.

Septiembre cerraba así su ciclo de conmemoraciones tanto de memoria y derechos humanos, como de celebraciones de fiestas patrias: vulnerando valores elementales de solidaridad y respeto hacia los DDHH en nombre de un patriotismo añejo. Tanto así, que organismos internacionales denunciaron de inmediato el episodio, exigiendo al Estado chileno protección y dignidad para los migrantes.

Este hecho desató el debate sobre la política migratoria de Chile. Una Ley de Migración y Extranjería aprobada en abril de 2021 que, básicamente, regula la migración desde una perspectiva de seguridad y no de derechos humanos.

Sin embargo, lo que tampoco puede quedar fuera de esta discusión es el dato de que en diciembre de 2018, Chile se restó del Pacto Mundial para la Migración de Naciones Unidas con el argumento de que la migración “no es un derecho humano”.

No fue casual entonces que comenzáramos a ver llamativas deportaciones masivas de migrantes vestidos con overoles blancos como si se tratara de delincuentes; declaraciones de personeros públicos asociando la propagación del virus con la llegada de “extranjeros ilegales” o la negación del acceso a la vacuna contra el covid-19, entre mucha otras expresiones de racismo y discriminación, cuyo correlato está tanto en las llamas que el 25 de septiembre último consumieron los enseres y atentaron contra la dignidad de decenas de seres humanos, como en el desalojo ejecutado horas antes por agentes del Estado en la Plaza Brasil de Iquique, sacando a cientos de migrantes de ese lugar.

Un desalojo, como bien lo señalaron las Cátedras Amanda Labarca, la de Racismo y Migraciones Contemporáneas y la de Derechos Humanos de la Universidad de Chile, “que fue de la calle a la calle, es decir, al desamparo”.

En medio de esto, seguían apareciendo denuncias sobre abusos cometidos contra migrantes, como la que publicó CIPER el 28 de septiembre en un reportaje donde daba a conocer que la Fiscalía estaba investigando a más de 20 empresas relacionadas a un contratista por trabajo forzado masivo de inmigrantes en cosechas de arándanos y mandarinas. En la nota, los trabajadores relataron que “fueron amenazados con la pérdida de su estatus migratorio si no aceptaban condiciones abusivas: salarios menores a lo acordado, jornadas extensas sin remuneraciones de horas extras, habitaciones insalubres y sin autorización para abandonar el predio”.

Sin duda es urgente cambiar el sentido de una política pública migratoria cuya orientación no solo desconoce los tratados internacionales que Chile ha firmado en materia de protección de la infancia y regularización de personas migrantes, sino que además no considera la migración como un derecho humano.

Esto último es lo que entendieron miles de personas cuando, en febrero del 2019, el presidente Piñera viajó a Cúcuta, Colombia, para asistir a un acto por Venezuela que concitó la atención de los medios de todo el mundo. En dicho evento, promovido *urbi et orbi*, el presidente habló de un “compromiso moral, de solidaridad con el pueblo venezolano”.

Algunos tuvimos más suerte cuando, en décadas anteriores, el entonces presidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez, proclamó su solidaridad con los miles de chilenos y chilenas que partíamos al exilio luego del golpe de Estado de 1973 y fuimos recibidos con el respeto y la dignidad que en nuestros países se nos negaba.

Venezuela, su gente, su pueblo, nos abrió sus puertas y nos acogió con nuestros desgarros.

Hoy, miramos con vergüenza el coche de una guagua venezolana consumido en la hoguera de la xenofobia y la intolerancia. ☐

# LE TE TRA S PARA EL FUTURO



Escribir una Constitución que construya un espacio habitable significa no solo derrocar el lenguaje áspero y excluyente de la jerga abogadesca, sino también recuperar la imaginación política e inventar una gramática que teja nuevas ideas en torno a lo que se entiende por cultura y que funde un destino común. Las escritoras Diamela Eltit, Daniela Catrileo y Sofía Brito ensayan en *Palabra Pública* cómo sería una escritura constituyente para el nuevo Chile.

# PENSAR HORIZONTES, GENERAR POÉTICAS, VALORIZAR LOS CUERPOS

POR DIAMELA ELTIT

Habitamos (hoy mismo) un territorio social recorrido por la incertidumbre. Un tiempo que se verificará en el tiempo. La escritura de la nueva Constitución será, sin duda, importante para ampliar fronteras jurídicas que apunten a reconfigurar normativas que posibiliten la ampliación de lo público, los poderes del Estado y su beneficio en los espacios sociales.

Esta escritura forma parte de un protocolo que busca actualizar el marco según el cual se regirá el territorio y, por otra parte, desalojará la figura de Pinochet y sus aliados civiles del control jurídico (material y simbólico) que hasta hoy mismo nos rige. El acuerdo constitucional fue activado por la urgencia del estallido y la extrema violencia ejercida por la policía. Se materializó durante la extensa enfermedad que hasta ahora ha ocasionado una suma de miles de muertos, especialmente de personas habitantes de sectores periféricos a lo largo del país.

El estallido puso en evidencia la existencia de micropolíticas, de formas de resistencia generadas por la ciudadanía ante el poder del neoliberalismo extractivista (de recursos naturales y de los cuerpos, especialmente de mujeres). Estas formas de resistencia moleculares operaban como políticas autogestionadas y autónomas. Fueron esas organizaciones móviles, minoritarias, muchas de ellas agrupadas bajo La Lista del Pueblo, las que consiguieron torcer la conformación hegemónica de la política y configurar los flujos que hoy pueblan la Constituyente. Más allá de la crisis interna, muy lamentable, explosiva y elocuente, que hoy cruza a los integrantes de La Lista del Pueblo, su poderosa emergencia constitucional es la que hay que valorizar, porque ellos conformaron las líneas de fuga que los consolidaron como modelos de resistencia. Transitaron de lo virtual a lo real, pusieron de manifiesto las diferencias que pueblan lo heterogéneo. Hicieron historia.

La intensidad política ahora está volcada a desplegar diversidades: la plurinacionalidad, la autonomía de los pueblos originarios, identidades transbinarias, prácticas, comunidades, bienes comunes, equidades que podrían encontrar, en una nueva escritura convencional, espacios proclives a los cambios de paradigmas. Y allí, una de las interrogantes complejas y abiertas radica en la cultura.

Definir “la Cultura” requiere pensar agudamente una multitud de campos, porque la cultura radica en el lenguaje, porque después de todo y antes que nada “somos lenguaje”. La escritura misma es una parte del lenguaje (entre muchos). El lenguaje o los lenguajes producen y, a su vez, reproducen cada una de las estructuras que forman la organización social del mundo o, dicho de otra manera, la sociedad es codificación. En ese sentido, la Constitución misma es una producción cultural.

La composición de los constituyentes conforma un mapa humano múltiple que en su interior contiene diversas gramáticas, desde el rechazo a modificar el texto de 1980 hasta nuevas formas de inclusión, considerando el género como un punto primordial en la búsqueda de equidad. Se apela a la reconfiguración de los cuerpos en sus territorios ya simbólicos, ya materiales, para generar autonomías, disminuir el centralismo y promover los bienes comunes.

En ese sentido, este grupo constituyente reúne emergencias sociales imposibles de homologar. No se trata de pensar solo oposicionalmente, sino entender que en su conformación se alberga un extenso campo de no coincidencias. Los cuerpos electos son una multiplicidad de escrituras sociales que buscan redactar también un texto múltiple, más complejo, actual y poblado.

Pero, desde luego, la contingencia de la composición de los constituyentes es producto de un hecho excepcional, no es aplicable a la realidad *más real* nacional, puesto que el control hegemónico del ultracapitalismo se mantiene hasta hoy intacto mediante la captura del sentido, es decir, este neoliberalismo irracional,



fundado en la avidez y en la concentración de riqueza, se ha dotado de una poderosa racionalidad económica que lo sustenta y lo sostiene. Y eso atraviesa (y controla) cada uno de los dilemas, géneros, territorios, identidades, recursos básicos.

Resulta oportuno referirse aquí a las creaciones estéticas y su lugar en la escritura constitucional. Desde luego, las producciones artísticas no son constitucionalizables, y no lo son porque parte importante pertenece al campo de lo intempestivo, de la disrupción y de la irrupción. Así, no es posible poner sobre ellas normativas, pues atraviesan tiempos y fronteras. Muchas de las prácticas artísticas trabajan fundamentalmente con un deseo que, en general, está “fuera de control”. O como lo señalan Gilles Deleuze y Félix Guattari, emanan de la creatividad, que puede ser entendida como una “máquina deseante” que une lo subjetivo y lo real. La creatividad artística es productiva porque se funda precisamente en un deseo que es producción, un deseo que es poética. En ese sentido, situar la producción estética en la Constitución implicaría una forma de control apaciguadora del deseo.

Entonces pienso que más allá de establecer la creatividad como un derecho y favorecer iniciativas que apunten en esa dirección, será el conjunto de la tarea constitucional el que posibilitaría un territorio más favorable para las producciones estéticas. Todas cuestiones culturales como paridad, comunidades, geografías, diversidad y libertades (cada una como territorios por ganar, horizontes por construir, nunca inmediatos) podrían contribuir a favorecer, reconocer, difundir los campos creativos.

Desde luego, en el marco constitucional hay que poner en marcha instrumentos burocráticos que apunten a financiamientos. Pero el punto estratégico para la producción artística es cómo generar espacios que integren la burocracia pero que, a la vez, la atraviesen y hasta rehúyan las normativas más monótonas, para evitar así que se desencadenen mecánicas de disciplinamiento sobre los campos estéticos.

#### DIAMELA ELTI

Escritora y ensayista. Distinguished Global Professor de la Universidad de Nueva York. Obtuvo, entre otras distinciones, el Premio Iberoamericano de Narrativa José Donoso (2010), el Premio Nacional de Literatura (2018) y el FIL de Literatura en Lenguas Romances (2021). Ha publicado novelas como *Lumpérica* (1983), *Por la patria* (1986), *Mano de obra* (2002) y *Fuerzas especiales* (2013).

## NUESTROS DESEOS COMUNES

POR DANIELA CATRILEO

No voy a mentir: no sigo la discusión de la Convención Constitucional como si fuese un *reality show*. No lo digo en el sentido espectacular de la imagen televisada, sino por su articulación discursiva inagotable. Se me hace difícil seguirle sus rápidas huellas, especialmente en el presente de crisis que todavía intentamos habitar, una vida pandémica, con su peor versión del concepto de hibridez hecho carne. No estoy pendiente de la totalidad de su funcionamiento institucional, más allá de lo que resuena en las noticias, en ciertas columnas de opinión o en las declaraciones de constituyentes en la esfera pública. Porque hay que decirlo: la discusión de la Convención ha permeado mayorías, en el sentido de estar presente en la cotidianidad de la sociedad movilizada. Su potencia oral se ha viralizado ineludiblemente, como rumor, anécdota o comentario al paso. Podríamos afirmar que no ha sido una discusión política aislada como tantas otras, pues ha encontrado resonancias y oleajes fuera del centro santiaguino y fuera de las élites acomodadas de siempre.

Explico mi relación actual con la Convención porque sé que hay quienes se han esmerado en seguir los debates con rigurosidad, mientras que yo apenas me he colado por una tangente que más parece un patio enmalezado. No obstante eso, entre el enredo de malezas hay cuestiones que me son significativas, y para sincerarme por completo debo también decir que en un inicio tampoco tenía mucha esperanza en el proceso. Hasta antes de saber los resultados de las elecciones de quienes serían finalmente constituyentes, no me quería involucrar demasiado, lo que a su vez se traduce en un *no me quería ilusionar*. Quizás porque estábamos acostumbradas a las derrotas sucesivas y porque me invadía cierta desazón respecto al trayecto institucional que comenzaba. En su reverso, se me aparecía todo lo que nos ofendió la revuelta, con sus distintos brazos, ríos, colores. Toda la experiencia en su complejidad.

No es que haya apostado por la marginación del proceso político. Al contrario, fui parte de algunas actividades y apoyé candidaturas que me parecían importantes, especialmente las de mujeres mapuche que han estado en diver-



sos frentes de lucha. Mi sensación de sospecha se anclaba más en los acontecimientos previos a los resultados de las elecciones: antes del mapudungun irrumpiendo torrencialmente y antes del *afafan* colectivo contagiando a todes. Mi sospecha no era petrificante, no estaba pasmada ante lo inexplicable, sino ante sucesos concretos que me siguen generando contradicciones. Sobre todo, eso de tener que transar porque se está en el campo de “la política”. Y entonces mis temores se arraigan en comenzar un proceso constituyente con desigualdades, perjudicando una posibilidad única: no resolver la situación de lxs presxs políticxs de la revuelta y la tremenda zancadilla parlamentaria a la participación del pueblo afrochileno entre los escaños reservados.

Ya sé, en este proceso no todo es como deseamos. Ni siquiera lo es en las acciones micropolíticas o en el trabajo colectivo. Pero no se me olvidan estos sucesos fundamentales, porque creo que para imaginar un porvenir común y tramar una heterogeneidad política que se piensa plurinacional, estos asuntos son pisos mínimos. Recordemos lo enmarañado del proceso previo, el poco tiempo para las campañas, el despilfarro de las candidaturas “empresariales”, la desinformación intencionada del gobierno y la vergonzosa repartición de minutos para aparecer en la televisión pública. No seguiré con esta lista, solo presento los antecedentes de la sospecha. Tengo claro que los proyectos políticos no son inmediatos, más aún cuando hemos crecido junto a los fantasmas neoliberales con su propia Constitución.

Y acá doy el paso siguiente, porque hasta el momento he hilado aristas previas, el panorama de la desazón como antecedente. ¿Qué cambió después? Bueno, la inesperada participación popular de zonas que no solían participar de procesos electorales, la arremetida de independientes (especialmente de movimientos sociales y organizaciones territoriales) y el arribo de *pu lamngen* que han experimentado el hostigamiento racista del Estado colonial, así como voces fundamentales del presente indígena. Pero, sobre todo, la demostración de que no somos una minoría, sino todo lo contrario: somos comunidades plurales y movilizadas.

Todo esto no me quita la desazón inicial, mantengo los reparos ya mencionados. Pero aquella heterogeneidad en movimiento, ese temblor popular ha tendido puentes que hasta ahora parecían imposibles de figurar bajo el mandato de una república forjada a punta de despojos y opresiones. Pues no solo se trataba de constatar la deslegitimación his-

tórica del Estado, sino de su aparataje de representaciones impuestas violentamente a lo largo de siglos. Cargamos con muchas heridas en este pedazo de tierra.

Entonces, ¿cómo no sentirse tocada por las imágenes, las lenguas, las propuestas de trastocar el mundo añejo que heredamos? Y no lo digo solo por la creación de ese artefacto esperado como una letra transgresora o una escritura nueva, sino por todos los pliegues que se cuelan en su camino: la algarabía de la discusión colectiva, la imaginación venidera y su proceso vertiginoso. Porque no será fácil. Pienso en el legítimo disenso de quienes no se sienten convocades porque apuestan por formas de vida fuera del Estado. Pero sobre todo en aquellos que harán lo imposible para enturbiar el proceso constituyente mediante posiciones que ya hemos atestiguado durante estas últimas semanas, con oleadas racistas de una minoría que patalea, moribunda en un rincón.

Hoy el proceso constituyente nos ha traído representaciones más similares a nuestras experiencias. En este sentido, no puedo dejar de preguntarme: ¿qué hubiese sido de las niñas mapuche que fuimos si hubiésemos tenido la posibilidad de escuchar el discurso de la *lamngen* Elisa Loncon en nuestras infancias? Y, ante todo: ¿cómo será el mañana de la niñez mapuche y no mapuche escuchando cómo brota nuestra lengua viva?

La letra no lo cambiará todo. Hay países que mantienen escrituras colectivas con las palabras “pueblo”, “plurinacionalidad” o “buen vivir” y, en la praxis, ello no ha garantizado una estructura social más justa. Por eso debemos seguir allí, atentas a lo que vendrá, atentas a lo que se tenga que defender. Por eso este tejido va más allá de la propia Constitución. Se relaciona con lo que se comienza a quebrar, con lo que se transforma simbólicamente cuando se brinda al menos una posibilidad de imaginar un porvenir diferente. Además, significa algo fundamental: abortar una letra muerta y una lengua pura. Se nos vuelve urgente emanciparnos de la escritura y la razón dictatorial, evadir el espectro neoliberal que nos devora. Espero que la letra y la lengua futura, impuras, puedan dar testimonio del temblor incansable de nuestros deseos comunes.

DANIELA CATRILEO

Escritora, profesora de Filosofía. Integrante del Colectivo Mapuche Rangintulewfü y del equipo editorial de Yene Revista. Ha publicado los libros *Río herido* (2016), *Guerra florida* (2018), y *Piñen* (2020), entre otros.

**“No puedo dejar de preguntarme: ¿qué hubiese sido de las niñas mapuche que fuimos si hubiésemos tenido la posibilidad de escuchar el discurso de la lamngen Elisa Loncon en nuestras infancias? Y, ante todo: ¿cómo será el mañana de la niñez mapuche y no mapuche escuchando cómo brota nuestra lengua viva?”. —Daniela Catrileo**

# RECUPERAR LA IMAGINACIÓN POLÍTICA, DESAPROPIAR LA ESCRITURA CONSTITUYENTE

POR SOFÍA BRITO

En la versión original de la Constitución de 1980, el derecho de propiedad tiene setenta y nueve incisos, forma con que se nombra a los versos en el lenguaje jurídico.

Si leemos la Constitución como un poema largo y no como ese fantasmagórico y poderoso artefacto con escudo de portada, el derecho de propiedad (19 n°24) sería la estrofa más críptica.

Para entender el lenguaje de la propiedad constitucional, habría que escudriñar en la poética sobre la propiedad de Andrés Bello en el Código Civil, y a la vez en los cuentos de terror de la Unidad Popular sobre la expropiación. Aquella época donde las campañas publicitarias hablaban del comunismo como un régimen expropiador, cuyo gobierno se llevaría la ropa, los muebles y hasta el último cimiento de las casas. El mito que sostiene la dictadura es el de las colas y las cacerolas, por todo lo que “dejaba de haber”, todo lo que “ya no se podía encontrar fácilmente”.

La promesa neoliberal es la promesa de las cosas. “Hacer de Chile un país de propietarios y no de proletarios”, decía Augusto Pinochet. Que cada persona sería capaz de obtenerlas sin depender del Estado. Donde “no todos, sino cualquiera” podría hacerse rico, donde el esfuerzo individual no tendría que mantener a nadie más que uno mismo, donde las uñas propias comenzaron a ser parte de la narrativa del individuo, el hombre, la familia, el “bol-sillo de todos los chilenos”.

Las Constituciones son libros con conceptos de *textura abierta*, escuché muchas veces en las clases de derecho constitucional. La vaguedad de su lenguaje y su polisemia permiten interpretaciones acordes a los movimientos y cambios sociales. En el caso de la Constitución de 1980, hubo una preocupación en esos siete años de trabajo de la Comisión Ortúzar por mantener los cerrojos de su piel azul marino para quien dijera la palabra *pueblo*, y una acusación directa de terrorismo en el artículo noveno a quienes nos nombraran como *pueblos plurales*. Las palabras libertad, dignidad, derechos, se mantuvieron enclaustradas en interpretaciones marcadas por ese derecho a la propiedad: el más regulado, el más importante, el más largo y específico.

Las leyes que devienen de esta cúspide normativa se han impuesto con cierta solemnidad, un fraseo formal, una es-

tructura que nos hace reconocible el lenguaje del poder de aquella élite que acumuló sus privilegios a través del despojo y la racionalidad colonial. El primer pilar del poder constituyente dictatorial fue la defensa acérrima a esa división que asienta el derecho de propiedad basada en el miedo. Los delitos contra la propiedad siguen siendo los de mayor palestra pública e importancia en el aparataje judicial y comunicacional. Las cosas corporales e incorpóreas, los bienes, son lo único que ha sido llorado por el poder en este pasillo neoliberal. La pena de muerte llegó a ser justificada como “un instrumento de rehabilitación muy profunda del alma humana” por Jaime Guzmán<sup>1</sup>. No ha habido verdad ni justicia para las y los detenidos desaparecidos. No hay indulto para lxs presxs políticxs ni reparación por todas las mutilaciones de la revuelta de octubre. La Plaza Dignidad está cercada por un perímetro cuadrado de hierro —hoy pintado de blanco— que protege el pedestal vacío de la estatua del General Baquedano. Sebastián Piñera continúa siendo presidente.

\*\*\*

Desde que la revuelta social de 2019 levantó las banderas por una asamblea constituyente, he estado haciendo talleres sobre proceso constituyente y feminismos. En 2018, los momentos de escritura de *La Constitución en debate* eran la pausa dentro de todas las actividades, entrevistas, reuniones que requería la movilización de ese tiempo. Todos los viernes nos juntábamos en la sede de LOM, en Concha y Toro, a revisar el libro con Silvia Aguilera para conversar qué es lo que se entendía y lo que no de ese lenguaje jurídico que intentábamos traducir. Dejar de escribir en *abogado* habiendo estudiado derecho sigue siendo un desafío complejo. No sé si lo que el derecho le hace a la escritura sea una cuestión de endurecimiento, como señalaba Armando Uribe. Más bien creo que el problema es la performatividad leguleya, la pose de dureza que dispone la posición de faro republicano, de expertos



<sup>1</sup> Fundación Jaime Guzmán. “Jaime Guzmán, Pena de muerte”. Video en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=sIEaQZONKtc>

en un lenguaje decimonónico que solo sirve/ha servido como gramática de la división de clases.

Despojarse de la poética guzmaniana de la ley es uno de los nudos democráticos de la Convención Constitucional y de quienes, desde nuestro trabajo/activismos, buscamos contribuir a ese proceso. La escritura constituyente necesita soltura de mano y lengua, acortar las distancias entre lo que con desprecio ha sido llamado coloquial, así como eliminar los bastiones de privilegio que se asientan en una supuesta sabiduría predominante en el culto formal y han dividido estos territorios entre quienes “hablan bien y hablan mal”. La élite ha sustentado su acumulación en un poder/saber que a fuego ha redactado constituciones desde la racionalidad colonial europeizante, así con Diego Portales como con la reforma de 2005.

De algún modo, así lo intuíamos en esas jornadas de edición con Silvia. No teníamos idea que se venía un 18 de octubre, pero sí habíamos sentido con el equipo de autores esa distancia en investigaciones sobre los Encuentros Locales Autoconvocados del proceso constituyente del gobierno de Bachelet. Muchas de las y los asistentes a estos debates sentían, en algún punto, que había un saber que les había sido negado para discutir “estos temas”. El proceso constituyente de Bachelet terminó siendo desechado con el cambio de gobierno. Lo que se fraguaba en las placas subterráneas todavía no tenía tiempo, fue surgiendo desde un saber histórico, quizás, que buscaba derrocar la Constitución de 1980 desde su misma promulgación. Así que cuando la consigna por la asamblea constituyente se volvió común, nos apuramos con los últimos detalles y lanzamos el libro el 18 de noviembre de 2019, con la esperanza de poder ser una herramienta.

Desde ahí recibimos solicitudes de asambleas territoriales y cabildos para ir a explicar qué era una Constitución. Fue un desafío muy hermoso en mi propia *des-abogadización* pensar en metodologías que permitieran hacer nexos entre esos saberes negados con la vida cotidiana, entre nuestro cuerpo y nuestros territorios, entre nuestras relaciones interpersonales y la forma en que nos relacionamos con el Estado. Destituir la propietarización con la cual fue codificada la Constitución de 1980 en espacios locales, territoriales, vecinales. Espacios que se han pensado a sí mismos siempre como lugares aislados no-importantes para la política. El taller constituyente ha sido, sobre todo, un lugar de catarsis para preguntar(nos) cómo podrían ser las formas en que ordenamos nuestras vidas (con este acento) de otros modos. Pienso que la apertura del gran triunfo del Apruebo y la composición de la Convención Constitucional es una escritura constituyen-

te desapropiada, es decir —como señala Cristina Rivera Garza—, una escritura cuya poética se sostiene sin propiedad, o retando constantemente el concepto y la práctica de la propiedad, pero en una interdependencia mutua con respecto al lenguaje<sup>2</sup>.

Para que la escritura constitucional no sea un asunto de técnica o de experticia, para que sea un espacio común entre las oralidades, con la Convención Constitucional por primera vez en la historia podemos pensar en recuperar la imaginación política. Lo que la paridad y la plurinacionalidad modifican es la posibilidad de producir un presente, pensando la escritura como un trabajo, una producción de maneras otras de constituir lo político. Invitan a leer y descolonizar(nos)<sup>3</sup>. Invitan a repensar el lugar del representar y dar paso al presentar/estar presente, en lo que ahonda la escritora mexicana:

“Lejos pues del paternalista «dar voz» de ciertas subjetividades imperiales o del ingenuo colocarse en los zapatos de otros, se trata aquí de prácticas de escritura que traen esos zapatos y a esos otros a la materialidad de un texto que es, en este sentido, siempre un texto fraguado relacionamente, es decir, en comunidad.”

El cuidado por la equidad territorial, la justicia epistemológica y la educación popular en la Convención tienen la potencia de hacernos construir otro espacio de lo político más allá de las cocinas o, más bien, sacar lo político de esa cocina ficcional de lo ya-hecho ya-cocinado, para revisar con ello el rol que ha tenido lo doméstico y el trabajo de cuidados.

\*\*\*

Pienso que no hay mejor última lectura posible para el derecho a la propiedad neoliberal que las AFP teniendo que sufrir su primer temblor en décadas. Si las ficciones que habilitó el poder constituyente dictatorial son las del miedo y la muerte, el poder constituyente de octubre cambió el sentido de las cacerolas; las disidencias cambiamos el sentido de las colas, los pueblos y pueblas son plurales, y la dignidad rayada en los muros ha transformado la de los incisos: estamos abriendo, en las resistencias, otras metáforas para constituirnos contra la precarización de la vida.

SOFÍA BRITO

Egresada de Derecho de la Universidad de Chile. Coautora de *La Constitución en debate* (2019) y editora de *Por una Constitución feminista* (2020).

<sup>2</sup> Rivera Garza, Cristina. “Necropolítica y escritura”. En: *Los muertos indóciles*. Santiago: Los libros de la mujer rota, 2020. p. 128.

<sup>3</sup> La interpelación de la presidenta Elisa Loncon a la constituyente Marcela Cubillos tras semanas de acoso político colonialista, irrumpe y habilita la plurinacionalidad como modo de repensar las ficciones que se han instalado como regímenes de verdad en nuestros territorios sobre la cultura, la lengua, los cánones de belleza blancos/europeos e inclusive cuáles son las vestimentas “adecuadas” para el ejercicio de la política.

Elisa Loncon y Jaime Bassa:

# UNA DIVERSIDAD QUE ESTÁ CAMBIANDO LA HISTORIA

En su estreno en UchileTV, el programa *Palabra Pública. Letras para el debate* tuvo como invitados a la presidenta y al vicepresidente de la Convención Constitucional, dos meses después de la inauguración de este histórico organismo. En esta conversación distendida, más lejos de la contingencia que les ha tocado enfrentar desde que comenzó su labor, Elisa Loncon y Jaime Bassa se refirieron a las dificultades personales que han atravesado y a los sueños que buscan plasmar en la nueva Constitución.

**POR JENNIFER ABATE**



ENTREVISTA

Cristina Dorador

**N**o han sido pocos los desafíos que ha enfrentado la Convención Constitucional. A las negligencias del Gobierno que dificultaron su instalación, le siguieron disputas internas y los hechos lamentables relacionados con la falsa enfermedad del convencional constituyente Rodrigo Rojas Vade. Sin embargo, Elisa Loncon, su presidenta, y Jaime Bassa, su vicepresidente, no pierden el entusiasmo, aunque parezca difícil en medio de las dificultades lógicas de un proceso inédito en el país. Ambos académicos de universidades del Estado, con múltiples títulos y experiencias a su haber —Elisa Loncon es doctora en Humanidades de la Universidad de Leiden, Holanda, y en

Literatura por la PUC, mientras que Jaime Bassa es doctor en Derecho de la Universidad de Barcelona, España—, en esta conversación ahondan en sus reflexiones sobre un proceso de reposicionamiento de la diversidad y de lo público que creen que transformará el futuro de Chile.

**¿Cómo evalúan estos casi dos meses de trabajo? En lo personal, sobre todo, ¿qué ha sido lo más difícil de este proceso?**

**Elisa Loncon (EL):** Para nosotros, la evaluación es positiva. Fue un desafío, porque no sabíamos cuánto nos iba a exigir en lo personal instalar la Convención y lo fuimos enfrentando paso a paso. Lo más complicado fue pasar de ser una académica que trabaja con alumnos, con grupos

muy pequeños, donde uno tiene una relación académica, de profesora; a tener una relación con lo público, donde lo que uno dice o no se evalúa y hay gente que te está mirando siempre. Eso ha sido para mí lo más complejo.

**Jaime Bassa (JB):** La verdad es que trato de no pensar mucho en eso. Trato de no pensar que una entrevista como esta la van a ver o escuchar no sé cuántos miles de personas. Creo que una de las virtudes del equipo que tenemos con Elisa, con la *lamngen* presidenta, es que vamos a nuestra oficina, hacemos nuestro trabajo, conversamos, planificamos, proyectamos; pero es básicamente un trabajo, un encargo que nos han hecho los pueblos y cada día yo, al menos, lo enfrento desde esa perspectiva. Ahora, claro, ha sido un mes y medio superintenso, que ha tenido distintas emociones. Las primeras semanas fueron muy, muy duras, y creo que el temor al fracaso del proceso constituyente frente al vacío de los primeros tres, cuatro días fue realmente un peso para nosotros, para nosotras, pero progresivamente, con el andar de las semanas, esto se ha ido consolidando y hoy tenemos una Convención que tiene un muy buen funcionamiento en el Pleno, en las comisiones, con equipos de trabajo muy afiatados.

**Se ha relevado la diversidad de la Convención: hay personas que provienen de la representación tradicional de los partidos y otras que nunca antes habían estado en los espacios de poder. ¿Cómo se convive y cómo se llega a acuerdos entre quienes piensan distinto y quieren cosas diferentes para nuestro futuro?**

**EL:** Si uno pudiera fotografiar esa diversidad, yo creo que la imagen del Chile que construye y hace la política cambia. Porque estamos llamados a trabajar, a escribir la nueva Constitución, y eso implica un posicionamiento político en cuestiones básicas como los derechos sociales o el derecho a ser distinto. Aquí eso tiene nombre y tiene cuerpo. Hay gente de todas las regiones; hay diferencias etarias, hay personas muy jóvenes; hay mujeres que tienen aires de luchadoras. Si todo eso se pudiese fotografiar, desde ya se modifica la historia de este país. No son solo los señores con corbata —porque también llegan señores con corbata—, es entre todos que estamos escribiendo la nueva Constitución. Hay que atesorar esa diversidad como parte de nuestra historia; una historia que siempre ha existido, pero que por diferentes mecanismos fue invisibilizada.

“Todo lo relacionado con la institucionalidad de la república tiene una inspiración muy oligarca, muy de la élite que gobernó y definió la política de este país, que condenó a los diferentes, a los pueblos originarios; y eso se reprodujo en la cultura y en políticas definidas sin la participación de las regiones, de los pueblos, de las mujeres, de las diversidades. ¿Cómo va a nacer el nuevo Chile? Con nuevas institucionalidades que se determinen y definan a partir de este relato de la casa común que va a ser la Constitución”. —Elisa Loncon

**JB:** Es verdad. Creo que es superinteresante notar que aquí se produce una tensión, una especie de desajuste, porque la Constituyente es sin ninguna duda el órgano de representación popular más representativo que hemos tenido en la historia de Chile. Entonces, claro, las personas que estamos hoy día en la Convención ocupamos espacios que históricamente habían sido ocupados no solamente por otras personas, sino que para otros fines. Siempre me emociono un poco, se me pone la piel de gallina cuando hay constituyentes que desde el hemisiclo hacen referencia a las decisiones que históricamente se han tomado en ese mismo espacio para reprimir a los pueblos. Para reprimir al pueblo mapuche, por ejemplo, o para perseguir a la disidencia política. Me parece que la fricción que se está dando tiene una potencia transformadora porque valoriza la democracia no como el resultado al cual se llega después de una conversación —la famosa lógica de los consensos de los 90—, sino como un espacio donde se reivindica la diferencia, porque la democracia supone que seamos diferentes para que podamos realmente dialogar desde la diferencia y desde ahí construir algo en común.

**Pero así como hay quienes celebran esta diversidad, para otros parece desconcertante, al punto de que hemos escuchado y leído expresiones discriminatorias contra convencionales. Parece nacer un nuevo país que valora lo diverso, pero también vemos revolcarse uno que no termina de morir, que estaba más acostumbrado a las formas tradicionales y elitistas en la política. ¿Cómo lo ven ustedes?**

**EL:** Creo que son los resabios de este Chile que marginó y oprimió expresiones de los pueblos, y eso está instalado, porque todo lo relacionado con la institucionalidad de la república tiene una inspiración muy oligarca, muy de la élite que gobernó y definió la política de este país, que condenó a los diferentes, a los pueblos originarios; y eso se reprodujo en la cultura y en políticas definidas sin la participación de las regiones, de los pueblos, de las mujeres, de las diversidades existentes. ¿Cómo va a nacer el nuevo Chile? Con nuevas institucionalidades que se determinen y definan a partir de este relato de la casa común que va a ser la Constitución. Por ejemplo, hoy existe muy poca conciencia sobre el cambio climático y el vínculo con la naturaleza. En Chile tenemos referentes donde apoyarnos, tenemos prácticas desde las naciones originarias que establecen vínculos de relaciones, donde la naturaleza se respeta como un ser vivo, donde el bosque, la montaña y el agua son seres vivos. Entonces es momento de que este Chile, a partir de estas discusiones, de esta inclusión, de este bagaje de riqueza, de diversidad que tenemos, se valore.

**JB:** Estoy muy de acuerdo con eso. Cuando aparecen las personas *odian-tes* en redes sociales siempre digo, medio en broma, medio en serio, que estos cambios sociales que estamos empujando también son para ellos, para ellas. A esas personas que tanto les cuesta aceptar la diferencia y que tanto se niegan a convivir desde la diferencia también hay que decirles que a ellos les va hacer bien. También van a crecer, van a vivir en un país mejor. Cuando uno habla de educación gratuita y de calidad, estamos elevando los estándares culturales de todo el país, no solamente aliviando el bolsillo de ciertas personas. Creo que a esas personas también hay que transmitirles, como lo ha hecho Elisa muchas veces, hablando desde el corazón, que estos cambios que estamos empujando también son para ellos. A pesar de que no los quieran, también son para que sus hijas e hijos puedan vivir en un país más justo, inclusivo y democrático. Quisiera de alguna manera transmitirles que al menos

“Me parece que la fricción que se está dando tiene una potencia transformadora porque valoriza la democracia no como el resultado al cual se llega después de una conversación —la famosa lógica de los consensos de los 90—, sino como un espacio donde se reivindica la diferencia, porque la democracia supone que seamos diferentes para que podamos realmente dialogar desde la diferencia y desde ahí construir algo en común”.

—Jaime Bassa.



yo tengo la impresión de que hemos llegado a un punto de no retorno en materia de transformación y cambio social.

**¿Qué es lo que quisieran instalar sí o sí en la nueva Constitución? ¿Cuál es el principio ineludible por cuya inclusión van a luchar?**

**EL:** El principio de la plurinacionalidad. A nosotros nos gustaría que en Chile se incorporen todas las naciones originarias. La nación chilena es una más entre las otras preexistentes al Estado; las otras fueron excluidas e invisibilizadas, y no se respetó su derecho político de tener el espacio de decisión que les corresponde dentro de este país. Hemos tenido varias comisiones que nos han acercado a sectores que han estado muy postergados en la política y en la construcción de este Chile. Es sobrecogedor el relato de marginación de los pueblos. Y eso no puede seguir ocurriendo en un país que se reconoce diverso, múltiple y que respeta fundamentalmente los derechos humanos. Yo creo que la incorporación de la plurinacionalidad nos va a llevar también a reconocer los derechos de la naturaleza, de los ríos. Necesitamos la plurinacionalidad para la convivencia, para que nunca más exista esta marginación. Y también porque esas diversidades están aportando contenido para una convivencia distinta con la naturaleza y para un buen vivir entre nosotras, los hombres y las mujeres.

**JB:** Un poco en la misma línea de Elisa, creo que algo importante que hay detrás de todo esto es una demanda estructural y transversal por participación, una participación que tiene una dimensión política, pero también, y especialmente, una dimensión económica, social y cultural. ¿En qué sentido? El ejercicio de la ciudadanía en Chile está muy condicionado por una serie de factores que excluyen de la plena ciudadanía a diferentes grupos sociales; grupos que, si uno los considera en su conjunto, terminan siendo las grandes mayorías del país: trabajadores, mujeres, pueblos originarios, diversidades sexuales, niños, niñas y adolescentes; personas mayores, personas con discapacidad, migrantes. Son todos sujetos políticos que, si bien formalmente pueden ser titulares de los mismos derechos, en la práctica las condiciones materiales y estructurales para el ejercicio de esos derechos los dejan fuera del pleno ejercicio de la ciudadanía. Yo creo que uno de los principales desafíos del proceso constituyente es lograr una participación inclusiva que permita identificar las barreras de la ciudadanía y derribarlas.

**Ambos son académicos de universidades del Estado. En los últimos años estas instituciones se han vuelto fundamentales para Chile, porque**

**se ha recurrido a ellas en busca de acompañamiento y de un conocimiento más situado en las necesidades del país para, por ejemplo, encontrar salidas a la revuelta de 2019 o a la crisis social y sanitaria provocada por el Covid-19. ¿Creen que hoy Chile está en condiciones de volver a privilegiar la educación pública?**

**EL:** Sí. Fíjese que nosotros llegamos a la presidencia sin una institucionalidad, pero llegamos con resortes públicos instalados en la formación, en la conciencia. Yo también vengo de una escuela pública, de un liceo público y de una universidad que en tiempos de dictadura fue fragmentada y en la que se impidió lo público. Sin embargo, nosotros, el pueblo de Chile, no tenemos más garantías que lo público para asegurar una calidad educativa. Llevamos treinta años de una privatización paulatina de todo lo público: educación, salud, pensiones; y ese ha sido el daño más grande que se le ha causado a este país, ya que ha impedido que los sectores más representativos tengan acceso a una mejor calidad de vida. Todo se ha elitizado. Si queremos un cambio en la sociedad, si queremos terminar con los cordones de pobreza y marginalidad, no tenemos otra alternativa, creo, que potenciar lo público.

**JB:** Yo creo que estamos en un momento histórico bien importante de cambio de ciclo. Ese ciclo neoliberal que empezó a fraguarse en la década de los 50 y 60 con esos convenios entre la Escuela de Chicago y la Escuela de Negocios de la Universidad Católica, y el modelo que se instaló luego del golpe de Estado y que desplegó sus efectos durante la década de los 80 y los últimos treinta años hasta la revuelta. Creo que el hito de octubre de 2019 está precedido por un ciclo de protestas previas importantes: el mayo feminista de 2018, la revuelta estudiantil de 2011, el pingüinazo de 2006, las demandas medioambientales de 2010, entre otras. Pero la revuelta marca un poco ese quiebre de una forma de convivencia social caracterizada por un determinado modo de acumulación de la riqueza, del poder, del capital, que a su vez es el reflejo de una forma de acumulación de la pobreza, del malestar y del despojo. Estamos en un momento histórico de cambio de ciclo, en que ese periodo marcado por la radical sobrevaloración de lo privado empieza a ser reemplazado progresivamente por una reivindicación de lo común, de los bienes comunes, de la naturaleza, de las instituciones permanentes de la república, como las universidades estatales, que ponen al servicio de la sociedad, de los pueblos, distintas formas de conocimiento académico, ancestral, popular, y distintas formas de relaciones políticas y sociales. ☒



# CONSTITUYENDO UN NUEVO CHILE



En estos primeros meses, los 155 miembros electos de la Convención Constitucional han sido parte de una experiencia única e intensa, que ha puesto de cabeza su vida familiar, carreras y rutinas. Al hecho de mudarse a Santiago, en algunos casos, se suman jornadas laborales agotadoras, viajes constantes, actividades sin pausa y la ausencia sostenida en sus hogares.

Pero también se han formado relaciones de compañerismo y complicidad incluso entre quienes piensan distinto. Nueve constituyentes relatan en primera persona cómo ha sido el inicio del proceso en el que se levantarán las estructuras legales del país del futuro.

## Beatriz Sánchez

(Apruebo Dignidad)

Distrito 12 – Región Metropolitana



Ha sido emocionante tomar conciencia de estar en un proceso histórico. Pero también ha sido superduro, porque empiezas de cero a hacer un trabajo con gente que no conoces, adaptándote a una pega que nunca habías hecho. Cuesta al principio. Las primeras semanas pasamos muchas horas en miles de reuniones y sentíamos que no avanzábamos nada. Y, de repente, empezamos a avanzar. Fue una mezcla de todo eso. A algunas reuniones le pusimos las “reuniones inhumanas” para reírnos un poco, porque ya no encontrábamos más horas que exprimirle al día. A ratos fue frustrante y también, para mí, ha significado mucho aprendizaje, ya que estamos viviendo un proceso de mucha innovación política. Estoy abriendo los ojos y las orejas lo más que puedo. Dicen que “el bosque no te deja ver los árboles” cuando estás muy metida en algo, por eso una trata de tomar algo de distancia para gozar con lo que está pasando. Estoy intentando hacer una reflexión todas las semanas para no ir perdiéndome de cosas que son superinteresantes de mirar. Carolina Pérez, que me está ayudando a levantar el trabajo territorial, me dijo: “imagino que como periodista estás haciendo un registro diario” y no, no se me había ocurrido.

Supongo que a la gente que ha pasado por el congreso, todo esto le resulta más fácil o cómodo. Hay cosas que me siguen impresionando mucho, como la performatividad de la política y el reconocimiento de identidades políticas, algo a lo que no me acostumbro mucho. Creo que lo que más me ha gustado mirar e ir absorbiendo es la relación con los pueblos originarios. Aprender de sus formas y tiempos políticos ha sido superinteresante. Es un Chile que nunca había compartiendo un espacio así.

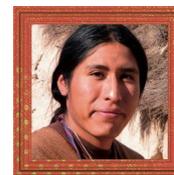
Lo que más me llama la atención de la Constitución del 80 es que, al cimentar un sistema subsidiario neoliberal, lo que se instauró no fue solo un sistema político-económico. También se terminó afectando a una sociedad completa. Hoy, hay una forma cultural neoliberal subsidiaria, por decirlo así. Pensamos en neoliberal. Eso permea todos los espacios: el valor de la competencia, del rascarse con las propias uñas; se premia a los que sacan las mejores notas. Me hace explotar la cabeza que eso se haya vuelto parte de las relaciones sociales. El corazón de esto, para mí, es que podamos superar ese sistema neoliberal con una Constitución de derechos sociales, democráticos, paritarios; y así, quizás en diez años, la sociedad se mirará a sí misma de forma distinta. Me dan ganas de llorar cuando lo digo. No sé si lo logremos, pero ya estar pensando que podríamos hacerlo como país es lo que me tiene acá. Sería el mayor paradigma que podríamos cambiar.

## Félix Galleguillos Aymani

Esaño reservado del pueblo

atacameño lickanantay -

Región de Antofagasta



Si bien llevamos dos meses, siento que ha pasado más tiempo, ya que la carga laboral es fuerte. En esta instancia en donde hemos sido mandados para escribir la constitución han existido y existen discursos de odio y racismo en contra de las primeras naciones y en especial hacia la machi Francisca Linconao, al nivel de no respetar que se hable en las respectivas lenguas maternas cuando es uno de nuestros derechos humanos poder hacerlo. Y es que, pese a que como personas indígenas conocemos de racismo y discriminación, no esperaba esa actitud tan hostil de gente que se supone ha recibido o recibe la mejor educación privada del país.

Personalmente es una gran responsabilidad que llevo tanto yo como mi equipo de trabajo. No me gusta el término batalla, prefiero decirle desafío. Como, por ejemplo, representar a la gente de mi pueblo atacameño lickanantay, un pueblo que territorialmente es diverso, con zonas rurales en las que no llega bien la señal de teléfono, televisión, internet o radio, pero donde el conocimiento y las tradiciones se alimentan día a día, por lo tanto, es fundamental trabajar con las comunidades. Ese es uno de los desafíos en el territorio. También son desafíos las discusiones al interior de la Convención con mis pares constituyentes, para que, entre otras cosas, logremos reconocer a Chile como un Estado Plurinacional. Hemos trabajado como esaños reservados con nuestras similitudes y diferencias. Creo que esa ha sido la alianza más importante, ya que sabemos lo difícil que será que los poderes hegemónicos de Chile acepten un Estado plurinacional. En general, me llevo bien con mis compañeros y compañeras de la CC, claramente no con todos tengo una relación de amistad, pero sí de respeto.

Lo más duro ha sido tener menos tiempo con mi familia, principalmente con mi hija, que es un bebé aún. Quiero hacer un buen trabajo para que ella pueda crecer en un país que reconozca sus raíces y no tenga que enfrentar la negación de su ser indígena, y para que la calidad de vida de miles de trabajadores mejore. Otro cambio significativo fue haber renunciado al trabajo que desempeñaba como administrador del relleno sanitario en San Pedro de Atacama y las asesorías que realizaba en materia de medio ambiente a organizaciones y personas.

Los pueblos originarios nunca habíamos sido participes en la escritura de una Constitución. Sin embargo, he percibido que no será fácil concretar esta expectativa, porque hoy con el organismo ya instalado —y habiendo dejado fuera a los pueblos selk'nam y afrocescendiente— se continúa viendo esa resistencia a nuestra participación y al principio de plurinacionalidad. Entre los aspectos positivos están la creación de la Comisión de Participación y Consulta Indí-

gena en la Convención, y haber contado nuestra verdad histórica como pueblo atacameño lickanantay en la voz de Ximena Anza y Edith Parra en la comisión de DDHH y escuchar a los otros pueblos contar la suya y visibilizar su historia viva.

---

## Ricardo Neumann

(Vamos Por Chile)

**Distrito 16 – Región Del Libertador Gral. Bernardo O’Higgins**



Hay muchos sentimientos encontrados estas primeras semanas. Se mezcla la sensación apasionante de participar en un proceso que definirá el futuro de Chile, con ciertas señales que te hacen pensar que esta oportunidad histórica podría desaprovecharse. Creo que la Convención, además de ser una instancia jurídica, es una instancia cultural, donde debemos encontrar entre distintas posturas una forma de relacionarnos políticamente de manera pacífica, equilibrando nuestra diversidad con elementos de identidad en común. Encontrar ese elemento de cohesión social es un factor esencial que aún no veo en una Convención que pareciera discutir gran parte de los temas desde una excesiva lógica identitaria que fragmenta en vez de unir. La nueva Constitución debe ser la casa de todos y no solo de algunos, y la Constituyente debería ser una instancia de reconciliación y no de refundación radical, como a veces se siente: cuando no fuimos capaces de cantar nuestro himno el día de la instalación o cuando se ponen en duda elementos fundamentales como la idea de Nación o el concepto de República.

Avanzando las semanas, también he podido percibir instancias positivas. En las comisiones, en general, se ha dado un buen ambiente de trabajo y de diálogo, en las que se ha podido avanzar y llegar a acuerdos. Desaparece el ánimo declarativo de trinchera que se vive en el Pleno y se puede percibir un mayor espíritu de construcción en común. Tengo la esperanza de que la Convención sea una instancia de diálogo, que marque una nueva forma de hacer política, una política que sea capaz de resolver los problemas de las personas. Por lo mismo, espero aportar cuando se discutan los temas de fondo, porque esa es la única manera de cumplir con el mandato que nos entregó la ciudadanía, para que la promesa de construir “la casa de todos” no sea solamente un eslogan de campaña. Pese a las dificultades, siempre trato de ver el vaso medio lleno de este tiempo accidentado que llevamos en la Convención. Estamos partiendo. Nos estamos

conociendo, y también le estamos tomando el pulso a lo que la ciudadanía nos exige.

Algunas veces, cuando hemos debido sesionar algunos sábados por Zoom, me pongo optimista cuando veo que al final de la reunión aparecen a saludar por las cámaras los hijos e hijas de varios convencionales. Esos son los momentos lindos. Pese a nuestras divergencias ideológicas, esos son los momentos en que entro en la convicción de que todos tenemos en común algo importante para no desaprovechar esta oportunidad que nos pone la historia: acá está en juego el Chile en el que crecerán nuestros hijos y, por supuesto, nadie quiere que eso resulte mal.

---

## Patricia Politzer

(Independientes por la Nueva Constitución)

**Distrito 10 – Región Metropolitana**



Si tuviera que definir en una sola palabra los primeros dos meses del trabajo constitucional sería *aprendizaje*. Ha sido una etapa llena de sorpresas y emociones. La primera fue Carmen Gloria Valladares, esa funcionaria pública ejemplar que manejó con maestría la ceremonia de instalación. Las manifestaciones en el entorno del Congreso y las sensibilidades a flor de piel podían llevarnos a un callejón sin salida. Pero el espíritu republicano y la responsabilidad democrática de esta abogada le dieron solemnidad a la ceremonia. Logró que se hiciera silencio y cada cual declaró su compromiso con la tarea de escribir una nueva Constitución.

Luego vino la ineficiencia o falta de voluntad política del Ejecutivo con el proceso constitucional. La hoja en blanco había sido entendida como la nada, no solo en el texto sino en la infraestructura. No había computadores, papel, lápices, tampoco basureros. Sin embargo, con el apoyo de la Universidad de Chile y de la Cámara de Diputadas y Diputados, en menos de un mes se levantó de esa nada una nueva institución de la República: la Convención Constitucional.

En pocas semanas, sus 155 integrantes ya habían elegido a una presidenta mapuche, un vicepresidente, siete vicepresidencias adjuntas (dos de ellas con representantes de pueblos originarios), y habían formado ocho comisiones temáticas para comenzar a trabajar. Un mes después, la Comisión de Reglamento recibió la tarea cumplida para armonizar un documento que debe pasar por la aprobación del Pleno.

Sigo tan optimista como el día en que el Tricel comunicó oficialmente mi elección como Convencional Constitu-

yente. He sido partícipe de un ejercicio democrático como nunca antes en nuestra historia. La Convención reúne a un conjunto plural y diverso, que refleja la complejidad de nuestra sociedad en toda su dimensión. Esta amalgama de historias de vida, experiencias, cosmovisiones, ideologías, religiones, ha ido conformando un todo armónico para dar forma a la institucionalidad constitucional.

Es en esta institucionalidad, en la que cada cual va encontrando su espacio, su manera de relacionarse con el otro, de asombrarse con vivencias insospechadas, de enriquecerse con nuevos conocimientos. Lentamente, la rigidez de nuestra sociedad se va metamorfoseando, para permitir que participen en el ágora diversos colectivos que durante décadas fueron invisibles para las elites.

Cuando se cumplió un mes de la instalación de la Convención escribí una columna que hablaba de los extraordinarios tintineos que se escuchan en los pasillos y de cómo la norma son los colores, los aros y los adornos en hombres y mujeres. Los ponchos y vestidos cuyas formas y texturas dan cuenta de variados territorios de norte a sur. Un colorido similar a la diversidad de los seres humanos. Esta realidad, cada vez más natural, da cuenta de que ya se inició el cambio profundo que Chile necesita. Algunos siguen incrédulos y enfadados; otros, atemorizados y a la defensiva. Pero el mirarnos a los ojos, reconocer nuestras voces, adivinar una respuesta, permite que empiecen a caer las corazas, surjan complicidades insospechadas y se vayan creando confianzas. Que se pueda trabajar codo a codo, hablar con franqueza y sin resquicios de realidades duras y dolorosas. Así, en conjunto, vamos aprendiendo a dialogar, argumentar y llegar a acuerdos.

---

## Hernan Larraín

(Vamos por Chile)

**Distrito 11 - Región Metropolitana**



La primera dificultad de todos los constituyentes fue iniciar un proceso que venía sin un manual de instrucciones. Hubo que instalar una convención entre 155 personas que no se conocían, todos muy diversos, de distintos lugares, donde también existían muchas desconfianzas, prejuicios, distancias, diferencias; y eso fue una dificultad para el arranque. Fueron momentos muy emocionales, para algunas personas es toda una experiencia nueva con los medios y creo que hubo una primera etapa supercompleja, bajo presión. Pero eso se ha ido moviendo y ha sido muy interesante. Nos hemos ido conociendo. Desde el Pleno, que es un trabajo muy abierto y colectivo,

hemos pasado a trabajar en comisiones, que son grupos más pequeños y permiten la interacción, la generación de confianzas, de empatía, y se van derribando prejuicios. Siempre habrán legítimas diferencias políticas, proyectos distintos, pero comprendemos que por un tiempo acotado tenemos una gran responsabilidad de llegar a acuerdos. La izquierda tiene una responsabilidad superior a la derecha, que es minoría sin veto, y, por lo tanto, vamos a tener que buscar colaborar desde el lugar y el peso que tenemos.

Espero que estos primeros meses hayan sido un aprendizaje y que el respeto y el diálogo se impongan a las críticas —que a veces son muy vociferantes—, y a los discursos altisonantes.

Tengo plena conciencia de la responsabilidad que significa estar en la Convención, y por lo tanto estoy trabajando en este desafío de manera exclusiva. Tengo la convicción de que Chile necesita una nueva Constitución y con un pacto político que le vuelva a dar legitimidad a las instituciones y nos permita vivir un nuevo ciclo. También tengo la convicción de que la centro derecha, o una parte importante de ella y el mundo liberal, que ser parte de ese acuerdo y yo busco colaborar desde las propuestas y desde el diálogo para que una centro derecha democrática, abierta y liberal pueda participar en la construcción de grandes acuerdos, para que la Constitución sea para todos y todas y no solo para algunos.

El trabajo es terriblemente exigente. Tengo un hijo de 3 años y una guagua de 4 meses, y es muy difícil cumplir con mis responsabilidades como debería, y en eso mi pareja ha sido muy generosa, pero uno no puede estar en la Convención hablando que la nueva Constitución debe tener un enfoque de género y luego no llegar a la casa. Hay una responsabilidad también en la práctica y esto ha implicado tener que estar haciendo la pega, pero muy enfocado en lo que pasa en la casa y que, en mi caso, es lo más exigente.

Hay temas que me parecen muy relevantes, como el reconocimiento de los pueblos originarios, el cambio climático, la protección del medioambiente. Tener una economía del siglo XXI, el desarrollo económico y el financiamiento de los derechos sociales: la ecuación de esos tres elementos es clave. Luego está el régimen político, la denominada sala de máquinas, para crear una estructura que permita que funcione el sistema. En otros procesos de Latinoamérica esto ha sido más bien un fracaso. Se hacen constituciones maximalistas, extremadamente generosas en su catálogo de derechos, con grandes declaraciones, pero sin un motor que tenga la capacidad de movilizar todos esos compromisos.

## Rosa Catrileo

Escaño reservado del pueblo mapuche - Región de La Araucanía



Estos dos primeros meses en la Convención han sido de muchos cambios, trabajo, estudio y también aprendizaje. En lo personal, tuve que cambiarme de ciudad y trasladarme desde Temuco a Santiago junto a mi pareja, dos de mis 3 hijos y mi mamá, quien nos viene a apoyar en los cuidados de los niños.

Los primeros convencionales que conocí y con los cuales tuve contacto antes de la Convención fueron los mapuche, con quienes obviamente tengo mayor afinidad y con los que trabajamos en varios puntos en conjunto. Luego fueron los convencionales de escaños reservados de los otros pueblos indígenas. Desde esos espacios, me he desenvuelto hacia el resto de la Convención. He podido interactuar y trabajar con convencionales de todos los sectores, sobre todo porque he sido parte de la Comisión de reglamento (la que más trabajo ha tenido). Soy coordinadora de una subcomisión dentro de ella y llegamos a sesionar veinte horas diarias.

Como anécdota, fui quien presentó la indicación de eliminar la “República de Chile”, lo que generó mucho debate y cuyo objetivo era armonizar textos. A pesar de todo, nos sirvió para analizar las bases del surgimiento del Estado uninacional que mira el modelo europeo, y pensar en cambiar los paradigmas que le dieron inicio, ya que a través de él se buscaba homogenizar la población para ser una nación y así diferenciarse de la monarquía, a la vez negando lo indígena preexistente.

Cuando llegué a la Convención, sabía que sería parte de un proceso histórico. Venía con legítima desconfianza por el actuar del Estado respecto del pueblo mapuche. Pensé que sería casi imposible dialogar con muchos, sin embargo, he visto que gran parte de los convencionales están acá para generar los cambios profundos que los pueblos esperan.

En cuanto a mis expectativas del proceso y de lo que busco plasmar en la Constitución, espero que podamos crear una que deje atrás el colonialismo en el que se fundó el Estado de Chile, que se haga cargo de los derechos de los históricamente excluidos; de la naturaleza, las mujeres y, por supuesto, de los pueblos indígenas.

Sé que mi presencia acá representa la esperanza de muchas mujeres mapuche que han estado silenciadas. En este espacio, soy la voz de quienes nunca han tenido la posibilidad de hablar, de mis antepasados que lucharon por el reconocimiento y el respeto del derecho a seguir siendo mapuche. Espero que ello se refleje en las normas que se escriban en la nueva Constitución, que ya no será de la República de Chile, sino de todos los pueblos presentes en este territorio. Fey muten fentren mañum!

## Javier Fuchslocher Baeza

(Independientes por la Nueva Constitución)  
Distrito 21 – Región Del Biobío



Estos meses comenzó un nuevo camino, único en nuestra historia, donde la ciudadanía por primera vez participa en la redacción de una nueva Constitución. Al comienzo, para quienes vinimos desde regiones, resultó algo complejo adecuarnos a las dinámicas de Santiago, especialmente por dejar nuestras ciudades (en mi caso, Los Ángeles), hogares y familias. Sin embargo, este ajuste se comenzó a dar de forma más fácil, luego de pasar varios días junto a compañeros y compañeras convencionales, con los que logramos generar relaciones de amistad, tras extensas jornadas de trabajo en el Pleno, la coordinación de la comisión de Participación Popular y Equidad Territorial (de la que soy parte), y en los lugares de hospedaje en común.

La conversación e intercambio de ideas en ambientes cotidianos y más relajados, como en el desayuno, almuerzo, cena y espera de locomoción, estableció una dinámica que permitió conocernos más allá de las ideas políticas, valorando nuestra diversidad como personas con diferentes experiencias y una gran calidad humana. Esto permitió ir avanzando en la búsqueda del diálogo de forma más distendida, con risas y buen humor, más allá de las polémicas largamente cubiertas por los medios.

En cierta medida, se esperaban las dificultades que se prestaron en las primeras semanas de la Convención, lo que significó un enorme desafío para cada integrante sacar adelante esta tarea, que hasta el momento ha contado con grandes avances. Para quienes buscamos aportar a esta Convención desde la ciudadanía -en particular en mi caso como profesor de Historia-, en el proceso se ha dado un choque con el lenguaje y los tecnicismos jurídicos, situación que hemos ido superando con aprendizajes y con la práctica diaria que demanda esta instancia.

Avanzar en los resultados de esta labor es algo que tiene expectantes a quienes ven el proceso desde afuera, principalmente aquellas personas que buscan equidad, dignidad y justicia. En mi caso, pretendo que la Convención sea capaz de entablar la garantía de los derechos para miles de trabajadores a través de la negociación ramal, el término de las malas prácticas laborales y la erradicación de la atomización sindical. Esto, para que en Chile se haga realidad el anhelo de que el trabajo permita alcanzar una mejor calidad de vida, proyección profesional, desarrollo personal y así lograr la felicidad de cada habitante del país.



## Adriana Ampuero

(Insulares e Independientes)

Distrito 26 - Región de Los Lagos



Mis principales recuerdos de los primeros días son los cantos y gritos de la gente que fue junto a nosotros desde Plaza Dignidad hasta el ex Congreso Nacional, como símbolo del acompañamiento que realizarían a sus representantes populares y al proceso en general. Nuestra primera dificultad fue sesionar. Parecía mentira que no estuvieran las condiciones mínimas para el funcionamiento después de tantos meses de preparación. Era la señal más patente de que esto no era de consenso para los poderes constituidos y de lo difícil que sería todo el proceso.

Las anécdotas más divertidas venían de los convencionales de zonas aisladas y extremas, de los extensos viajes que tuvieron que hacer para llegar hasta ahí, algunos por mar y tierra, otros que no podrían volver a sus territorios durante todo el proceso por las condiciones sanitarias derivadas de la pandemia. Les comenté a mis compañeros que no podría acostumbrarme jamás a la capital, que no me gustaba la idea de acomodarnos en el Ex congreso ni en Palacio Pereira. Semanas más tarde me convertiría en la coordinadora de la comisión de descentralización y organizaríamos junto a Cristina Dorador y 17 convencionales de regiones, el primer despliegue territorial de la Convención.

El significado de ser parte de este proceso estuvo claro desde el primer día en que salí a marchar por una nueva Constitución en octubre de 2019. Este proceso democrático y deliberativo es lo más relevante que ha ocurrido en los últimos 40 años del país, para mí representa una instancia que se debe defender a fuego, una instancia para buscar la anhelada justicia y dignidad por la cual luchamos nosotros y nuestros antepasados, para hacerlo junto a la gente y no entre cuatro paredes.

El choque entre las expectativas y la realidad es entender en la práctica, que tanto los poderes constituidos como los partidos del orden, la prensa y las elites políticas y económicas de este país no solo no comparten la creación de una nueva constitución (que era de esperarse) si no que se empeñaron en entorpecer el proceso constituyente.

Para mi territorio es prioritaria la descentralización efectiva, y por ende, lo es también para mí. Buscamos avanzar en autonomías políticas, económicas, tributarias, fiscales y legislativas que le otorguen a los territorios la posibilidad de salir del olvido y la invisibilización, para poder tomar decisiones pertinentes a sus realidades.

## Bárbara Sepúlveda

(Apruebo Dignidad)

Distrito 9 - Región Metropolitana



Lo más complejo ha sido adaptarse a un espacio de deliberación política como este. La diversidad que existe adentro ha implicado descubrir una forma de relacionarse que, personalmente, me es ajena. Viniendo de organizaciones sociales y del activismo, incluso aunque sea militante, no me había tocado tener una experiencia de este tipo, entender las dinámicas y las lógicas de las relaciones políticas. Ha sido un gran aprendizaje. Lo más difícil es estar con gente de la que no se sabe qué esperar. Si tengo al frente a una persona de derecha, sé inmediatamente cuál es su postura, sin embargo, hay gente de centro que en algunas cosas se inclinan para un lado, en otras para otro, y eso representa una gran complejidad en las conversaciones y los acuerdos.

Una de las sorpresas gratas ha sido conocer gente independiente, de otras regiones, de otras listas y colectivos políticos. Hemos podido construir relaciones muy buenas; hay muchas mujeres increíbles, llenas de fuerza y convicción. El trabajo más intenso ha sido el de la Comisión de Reglamento, donde comparto con gente muy aplicada, con muy buenas ideas. Este es un un espacio donde la mitad somos mujeres, algo novedoso. Por eso pienso mucho en mis compañeras que están en el Congreso y en lo tremendo que debe ser estar en un espacio tan masculinizado.

Ser parte de este proceso histórico es importante y lo vivo en el día a día, tratando de superar mis estándares de exigencia. Trato de mantener un contacto muy fluido con la gente, especialmente de mi distrito, y es un trabajo que consume muchísimo tiempo. Fuerzo mi agenda a tener espacios de conexión con la ciudadanía e ir a asambleas, y no es sencillo por el ritmo que tiene la Convención, que es brutal. Nuestros horarios de trabajo son sin parar de mañana a noche, fines de semana completos. A todas y todos nos ha pasado que vemos menos a nuestra familia y amistades. Vivo con mi compañero, no tengo hijos, pero sí una gata: la Abogada. Pienso en mis compañeras que son madres y mis compañeros que son padres o que ejercen labores de cuidados y la incompatibilidad de eso con este ritmo. No podemos permitirlo, porque las que se van a ver más afectadas serán las mujeres. Si nosotras no somos capaces de moderar esto de alguna forma, ellas tendrán que empezar a marginarse de espacios de reunión y eso es tremendamente injusto. Creo que no estamos dando un buen ejemplo sobre lo que es tener una política de cuidado dentro de la CC, y eso es grave. Avanzar en eso es clave.

Mi gran batalla es la Constitución feminista. Obviamente, son varios los otros asuntos en los que he puesto mucho énfasis, sobre todo en los derechos sociales, pero creo que mi gran batalla es introducir la perspectiva de género de principio a fin en el texto constitucional.

PP



SILVIA FEDERICI,  
ACTIVISTA, ACADÉMICA Y ESCRITORA:

ENTREVISTA

**“EL CONO SUR ESTÁ  
TRAYENDO AL MUNDO LA  
LUCHA DE LAS MUJERES”**

Analia Cid

En una larga conversación, la autora de *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria* habló de la política de los comunes, del desarrollo y su crítica a la izquierda capitalista; de este Chile que cambia y que tiene los ojos del mundo encima. También de la pandemia y los cuidados, y de las luchas que continúan. El mundo se ha ido convirtiendo en un “campo de refugiados” y “solo un uno por ciento de la población no tiene miedo al futuro”, dice desde Brooklyn esta ciudadana italiana-estadounidense que ha formado escuela y que hoy es una de las grandes pensadoras del feminismo anticapitalista.

POR XIMENA PÓO

**E**n *Reencantar el mundo. El feminismo y la política de los comunes* (2020), Silvia Federici (Parma, Italia, 1942) dice que su principal preocupación en este libro es “demostrar que el principio de los comunes, tal y como lo definen actualmente feministas, anarquistas, ecologistas y marxistas no ortodoxos, contrasta con el supuesto que comparten los desarrollistas, los aceleracionistas y el propio Marx sobre la necesidad de privatizar la tierra como vía hacia la producción a gran escala y sobre la necesidad de la globalización como instrumento para la unificación de los proletarios del mundo”. Ese fragmento y, por supuesto, todo el libro y los anteriores, han sido un camino para quienes transitamos en el aprendizaje feminista, intentando decolonizar incluso el feminismo occidental. Por eso, cuando decidí entrevistarla, pensé en las innumerables veces que la he citado en clases y en esos días en que en Valparaíso y Santiago, antes de la revuelta, estubo en Chile compartiendo con jóvenes de todas las edades.

Así, a través de Zoom, conversamos alrededor de dos horas para acercarnos en la cotidianeidad, ella en Nueva York y yo en Santiago. Generosa, en medio del cuidado que proporciona a su pareja, de los escritos y las lecturas y su trabajo con los colectivos en Brooklyn, hablamos de tradiciones feministas, del trabajo de las mujeres y la deuda, de las diversidades de todo tipo, de los momentos de vértigo y dolor por los que atraviesa este mundo, incluidas nuestras propias fisuras cruzadas por una pandemia que se ampara en cepas que no solo son biológicas. Y hablamos de creatividad, futuros, resistencias, vida y claves. Ella dice que “Chile es fundamental” hoy, y de eso también hablamos.

Silvia Federici es feminista al pie de la calle, no de salón. Trabajó durante años enseñando en Nigeria y ha promovido que es un derecho que el trabajo doméstico sea reconocido y remunerado. Se considera autónoma

dentro de la teoría marxista y ha creado escuela, con una obra marcada por textos como *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria* (2004); *Revolución en punto cero: trabajo doméstico y luchas feministas* (2013), *El patriarcado del salario* (2018) y *¿Quién le debe a quién? Ensayos transnacionales de desobediencia financiera*, publicado junto a otras autoras en julio de 2021.

En este texto se puede leer un manifiesto escrito por ella, Verónica Gago y Luci Cavallero, cuya esencia está en este párrafo:

“La pandemia ha acelerado la crisis planetaria. La amenaza a la vida se expande, evidenciando políticas destructivas que llevan muchos años. Sin embargo, queremos señalar que hoy es la deuda la verdadera plaga que afecta a millones de personas en todo el mundo, y en especial a las mujeres, lesbianas, travestis y trans. La deuda expresa un momento de gran concentración del capital y de su salto hacia adelante. Aun en la pandemia, en medio de la suspensión de la mayoría de las actividades, el capital financiero no se detuvo. El endeudamiento de los hogares que ya se venía observando durante los últimos años, se diversificó e incrementó frente a la emergencia del COVID19, ya que las deudas ‘no bancarias’ por alimentos, medicamentos, alquileres y servicios de luz, agua, gas y acceso a conectividad crecieron a ritmo acelerado, lo cual se hace aún más fuerte en los hogares monomarentales, con mujeres a cargo de niños, convirtiendo al endeudamiento en otra de las formas de intensificación de las desigualdades de género (...). La deuda funciona como la máquina más grande de acumulación de riqueza para el capitalismo actual y, simultáneamente, como una forma de control social. La deuda es una herra-

mienta política del capital para explotar y confiscar la vitalidad social y determinar el tiempo futuro”.

Hablamos largo de la vida en casa, del teletrabajo, de los huertos urbanos, los gestos de humanidad, las luchas, el racismo y los enclaves patriarcales que, como la deuda, determinan la existencia y aceleran la máquina, expulsando cuerpos, amenazando las vidas. Ella es parte de una trenza larga de mujeres que durante el siglo XX y mucho antes, desde las trincheras de la furia y el cariño, hoy salen a la calle nuevamente. Este es parte del diálogo que entablamos para *Palabra Pública*.

**En Chile el tiempo ha estado extraño, porque con la crisis climática no ha llovido nada. En la montaña no hay nieve y eso va a acelerar aún más la sequía ya agravada por la concentración de la propiedad del agua.**

—Es una locura. Es lo que está pasando aquí también. Se han quemado kilómetros y kilómetros durante semanas. No hay lluvia, se está desertificando todo y por eso hay tanto incendio. La monocultura, que usa muchísima agua, está secando los ríos. Es catastrófico. Se habla mucho de planes verdes, de la gasolina verde, pero en realidad no se hace nada. Es una cosa tremenda.

**Lo que vivimos es una destrucción ecosocial, que implica cambios de vida brutales. Has hablado e investigado mucho sobre los bienes comunes y lo que significa pensarse en común, más allá de lo público. Esos espacios de lo común van quedando como un lugar de resistencia en medio del capitalismo destructivo.**

—Hay mucha gente para la cual sobrevivir es luchar, y creo que estos son los lugares y las luchas más importantes en todo el mundo. Hay gente que no se hace la pregunta de si puedo resistir o no, porque resistir es su única verdad. Es la situación de la mayoría; solo el uno por ciento de las personas puede sentirse segura por el futuro.

**En Reencantar el mundo... la política de los comunes es la clave del giro cultural. En Chile, esa disputa está presente en nuestro proceso constituyente, y está en la propia izquierda, dividida entre los desarrollistas aceleracionistas y quienes estamos por el lado de los comunes, en esa interseccionalidad antirracista, antipatriarcal y antineoliberal. ¿Cómo lo ves tú?**

—Veo que desarrollo es violencia y ahí podemos hablar de 500 años de evidencias, de expulsión, privatización de tierras, destrucción de comunidades. Hoy, “desarrollo” significa expulsar a personas u obligarlas a estar en sus tierras, pero como trabajadores dependientes, no como gente que puede disfrutar de la riqueza natural. El plan es poner todo en cuestión de dependencia: que podamos ser despedidos cuando ellos quieran, que nos den el sa-

lario más bajo, y también concentrarnos en las ciudades donde nos puedan controlar. Por ejemplo, no podemos controlar lo que comemos porque ellos controlan la agricultura. No es paranoia, es lo que vemos. Está pasando en todo el mundo y también están las guerras. Esa situación de guerra infinita y permanente es parte de la condición material del desarrollo. Desarrollo significa prácticamente transformar todos los bienes naturales en bienes comerciales. El mundo se está transformando en un gran campo de refugiados; no hay vida, no hay futuro, no hay alegría, no hay nada. Es la historia de las últimas décadas: Somalia, Yemen, Afganistán, Irak, Siria. La guerra y el terrorismo permiten bombardear, destruir, y expulsar millones y millones de personas que tenían el derecho de vivir en sus países desde tiempos ancestrales pero que son desplazados por compañías. Esto también involucra a los planes de desarrollo verde. Por eso, pensar el desarrollo en los términos en que se ponen hoy es realmente suicida en la izquierda. Es la visión de un marxismo ortodoxo, ciego, que piensa que el desarrollo es todo. No, toda la historia del desarrollo es una historia de conquista, de racismo, de divisiones. Lo repito miles de veces: la acumulación capitalista es acumulación de jerarquías, de desigualdades, de riqueza privada. Su éxito ha sido la capacidad de hacer que proletarios maten a proletarios, que hombres controlen y exploten a las mujeres, que blancos controlen y exploten a los racializados. Eso es desarrollo. No sé qué pasa por la mente de esta gente: hay una izquierda que tiene una concepción capitalista del mundo.

**En América se ha dado una relectura de la izquierda desde los pueblos originarios, quienes han puesto sobre la mesa la filosofía del buen vivir —con sus diversas definiciones—, que también es una forma de resistir. Por ejemplo, en Bolivia hay un lema desde el nuevo gobierno que dice “sin Marx, sin Cristo, pero sí con el mundo aymara”, es decir, retomemos la filosofía aymara y no esperemos que ni Marx ni Cristo nos salven. En Chile se puja por un Estado plurinacional donde se reconozca a todas las naciones que viven en el país. ¿Qué fuerza puedes ver ahí?**

—Creo que hay una gran fuerza. Es un lugar común reconocer que hubo, a partir de los zapatistas, una indigenización de la política que ha sido muy positiva, y eso no significa idealizar a los pueblos indígenas o, por ejemplo, desconocer que hay formas patriarcales en ellos. Son sobre todo pueblos indígenas los que se han levantado para defender los regímenes comunitarios y los bienes naturales. Sé también que hay una parte del movimiento indigenista, y esto lo ha dicho mucho Silvia Rivera Cusicanqui, que apoya el desarrollo, que ha sido cooptado, así que los pueblos indígenas están divididos también. Pero pensando en general, son ellos los que han defendido más un concepto

comunitario de la vida. La presencia de las compañeras indígenas en los movimientos feministas y en el feminismo popular ha sido muy grande. Pienso en particular en compañeras como Gladys Tzul Tzul (Guatemala, 1982). Me ha impactado mucho su pensamiento, porque me parece que mujeres como ella son una expresión muy potente de los cambios que se están dando en las comunidades indígenas también, donde son las mujeres quienes quieren confirmar un régimen comunitario y liberarse de una visión patriarcal.

### “Sin comunitarismo no se puede vivir”

Silvia Federici ha vivido en Nueva York la pandemia, durante la que ha quedado en evidencia más que nunca los estragos de la privatización de la salud mental. Le comento sobre el lema que circula en Chile: “No era depresión, era neoliberalismo”. La tragedia pandémica ha volcado los vasos, los ha hecho estallar. Ella advierte: “(La crisis de salud mental) no es solo de la pandemia, es que estos sistemas sociales nos dan trastornos, crean formas de enfermedades mentales, exasperación, ansias, miedo, competencia. Todo esto es una contaminación emocional, intelectual, mental. Por eso lo comunitario es tan fundamental, y lo hemos visto en este periodo. Por ejemplo, para mí, ha sido esencial salir al patio, ver gente, ver a los niños, a compañeras de mi grupo, de mi colectivo. En los peores momentos del covid nunca hemos dejado de encontrarnos. Ha sido una gran alegría. Da la posibilidad de no deprimirse”.

### Esas micropolíticas de resistencia en red son una fuerza muy poderosa. Ahí hay una lucidez del feminismo.

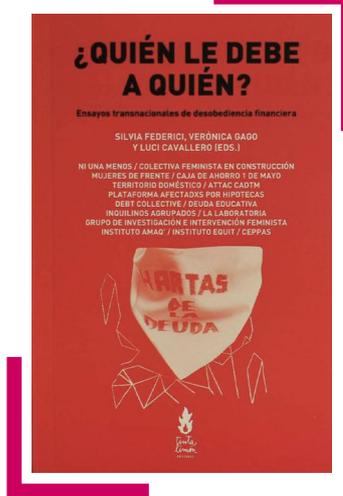
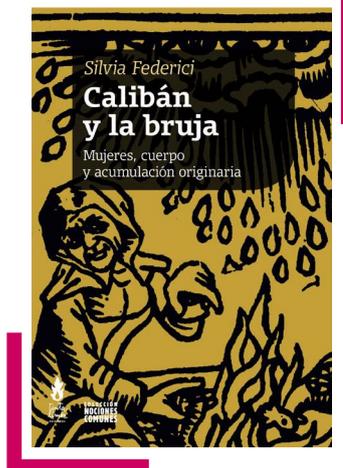
—Es algo muy necesario, porque sin ese comunitarismo no se puede sobrevivir. Estoy en una situación que viven millones de mujeres: mi compañero está bastante enfermo, tiene una enfermedad crónica, y para mí es un trabajo de cuidado inmenso y mis fuerzas no son suficientes. Lo que me ha permitido sobrevivir es que tengo compañeras que dicen: ¿no has cocinado hoy? Voy a cocinar para ti. Me telefonan todos los días. Es lo que me permite continuar y no deprimirme.

### Hay una frase del movimiento feminista chileno de 2018 que nos hacia tanto sentido: “Ahora que nos encontramos, no nos soltamos”.

—Te voy a mostrar algo (Silvia se levanta y busca una tela roja estampada con una imagen en blanco y negro, donde se lee “Población La Victoria 1957, 30 de octubre”). Me lo regalaron y lo tengo aquí, porque cuando fui (a Chile) llegué a La Victoria y me impactó mucho. Conocí ahí a una mujer, he perdido su nombre, pero fue una de las primeras que empezó con las ollas populares, y me contó cómo era la vida cuando en la noche los tanques llegaban a la comunidad. Visité también la radio (La Señal 3 de La Victoria, en 2018).

### Hablemos de la Convención Constitucional chilena. Su presidenta es Elisa Loncon, y hay una impronta feminista importante entre varias constituyentes. Ahí hay ciertas señales simbólicas que van a tener repercusiones materiales, finalmente.

—Es fantástico lo que está pasando en Chile. El Cono Sur está trayendo al mundo la lucha de las mujeres, de los movimientos. Todas miramos a Chile, a las compañeras de Argentina, Uruguay, Bolivia, entonces creo que los 500 años de historia en que América Latina ha conocido el capitalismo, la conquista, el racismo, las torturas, el imperialismo y un desarrollo homicida, han generado una sabiduría en torno a hacer política que no encuentro en otros lugares que también han vivido una historia de represión, de esclavitud. Por eso, creo, vemos



**“Es fundamental la capacidad de salir de lo individual, de esta isla en la que nos han confinado; de entender que nuestro cuerpo no está solo en esta lucha, que se expande, se conecta con otros y también en el tiempo. Este es el poder de lo intergeneracional”.**

en Chile un proceso que se ha construido reflexionando, reorganizando, aprendiendo de la represión. Es un momento muy importante.

**¿Cuán importante crees que es el diálogo transgeneracional en los feminismos?**

—Es muy, muy importante. En mi colectivo soy la abuela, porque todas las demás son mucho más jóvenes, podrían ser mis hijas o las hijas de mis hijas. Están abiertas a escuchar, quieren aprender; entonces lo común no es solamente relacionarse con la gente, sino también relacionarse en el tiempo, con los que han muerto, con la historia, entendida como un relato común. Es fundamental la capacidad de salir de lo individual, de esta isla en la que nos han confinado; de entender que nuestro cuerpo no está solo en esta lucha, que se expande, se conecta con otros y también en el tiempo. Este es el poder de lo intergeneracional, de aprender y luchar sobre lo que tu mamá, tu abuela o las mujeres de tu comunidad hicieron y sobre el camino que han abierto; es comprender que no naces de la nada, sino que en un tejido social donde otras mujeres ya han luchado. Una lucha sin memoria colectiva, sin historia, es una lucha perdida. Esto también lo veo mucho en México, en Argentina. Lo he aprendido de las compañeras de América Latina: la memoria como herramienta para crear colectividad, como herramienta para crear entramados comunitarios.

**¿Crees que estamos en un cierto momento especial en el que podemos hablar de una “nueva tempestad”, haciendo un juego de palabras con *Calibán y la bruja*, ese libro que ha sido tan señero? Si es así, ¿cómo ves esa tempestad?**

—Creo que la diferencia es que hoy la lucha de las mujeres se reconoce en un continuo, por ejemplo, con la lucha por la defensa de la naturaleza, que a la vez es un continuo con la lucha contra la guerra o contra la destrucción de los bosques amazónicos. Es decir, hay un sentido más amplio de lo que es la solidaridad. A pesar de los esfuerzos por crear un feminismo neoliberal, un feminismo de Estado o uno que compite con los hombres, todavía está creciendo un feminismo que habla de poner la vida al

centro, de recuperar los discursos de la reproducción para la creación de un bienestar, no solo para mejorar las vidas de las mujeres, que es fundamental, sino para crear una sociedad diferente. Hoy hay un feminismo que ve que no hay posibilidad sino es cambiando el mundo, creando una lógica diferente de las relaciones sociales. En ese sentido, hay una novedad, algo nuevo que está empezando.

**Y eso “nuevo” lo relacionas también con una nueva forma de concebir la democracia.**

—Creo que hay que escribir de nuevo todo el discurso de la democracia, porque el concepto de democracia está tan contaminado. Todas sospechamos cuando escuchamos esa palabra porque lo que hemos visto como democracia es aquella que habla del capital. Hay una democracia que no usa el término como tal porque en realidad significa el rechazo de todas las jerarquías: es el rechazo de la racialización, del patriarcalismo, de las desigualdades. Eso es democracia. Se usa el término no a partir de lo político, sino de las condiciones materiales de la vida. Para mí, la forma de verificar una democracia, es decir, si es o no es, es medirla en base a las condiciones reales de cómo nos relacionamos con la riqueza que hemos producido. De lo contrario, es una palabra para confundirnos.

**¿Y cómo ves ahí el rol del Estado en relación a esa reproducción social y el feminismo que lo interpela?**

—Me parece fundamental. Por un lado, no podemos olvidarnos del Estado, porque tiene el control de tantas cosas y tanta riqueza. Ahora en Estados Unidos, por ejemplo, estamos hablando de tres trillones (de dólares) destinados a un proyecto de infraestructura para relanzar la economía. Cuando lo quieren, el dinero aparece; dinero hay en cantidades increíbles. Entonces, es necesario responsabilizar al Estado con respecto a la reproducción social. Para mí es muy importante insistir en que no podemos dejar al Estado el poder de decidir cómo se organizan los servicios; necesitamos elaborar un programa para definir nosotros qué queremos del Estado y cómo vamos a ejercer ese poder de decisión. Así que no es que el Estado decida todo. Necesitamos organizarnos para controlar, para ser partícipes, para no dejar que el Estado sea el que decida todo. ☐



**Camila Sosa Villada:**

**“Hay un montón de gente nombrándose disidencia y que no es disidente de nada”**

Alejandro Guyot

Si el mundo artístico fuese una gran avenida, Camila Sosa Villada sería quien la cruza y detiene el tráfico. La actriz y autora argentina publicó *Las malas* en 2019, un libro en el que se disuelven las fronteras entre autobiografía, crónica y ficción; un relato sobre un grupo de travestis que se prostituyen en un parque de Córdoba y que, de paso, también es su historia. La de esa familia mágica que la vida le entregó en medio de la violencia. En esta entrevista, Camila habla sobre la escritura y los lugares en los que encuentra la belleza. También explica por qué la chilena Claudia Rodríguez “es la mejor escritora de nuestro tiempo” y por qué detesta la palabra “disidencia”.

POR JAVIERA TAPIA

**L**a novia de Sandro. Un blog que existió en internet y que luego fue borrado por su autora. Muchas veces se dice que una vez que algo llega a esta nube infinita, aunque lo elimines, siempre estará ahí. Quién diría que esa idea que, en general, representa un problema para muchas personas que ven pedazos de su vida en internet sin su consentimiento, jugaría a favor de todes y nos dejaría un regalo. *La novia de Sandro* fue eliminado por Camila Sosa (La Falda, Argentina, 1982), pero antes, un fan anónimo respaldó toda esa escritura y, después de varios años, envió ese registro por correo electrónico a su autora. Lo que alguna vez supuso una vergüenza para ella, con una nueva lectura y el paso del tiempo, se había transformado en un tesoro. En el testimonio de una revolucionaria.

Ese es el origen de *Las malas*, el libro que Tusquets editó en marzo de 2019 y que atrajo mucha lectoría y buenas críticas. Allí cuenta la historia de un grupo de travestis que se prostituyen en el Parque Sarmiento de Córdoba y la familia que construyen juntas alrededor de la Tía Encarna, la matriarca. Es un libro híbrido, no es casual que se publicara dentro de la colección Rara Avis. Tiene mucho de autobiografía, pero también de ficción, crónica y realismo mágico, incluso; lo que lo convierte en un relato indomable, inclasificable, al igual que su autora, que además ha publicado, entre otros, el ensayo *El viaje inútil* (2018) y la novela *Tesis sobre una domesticación* (2019).

Además de estar acompañada, en su memoria, por esta familia de travestis a las que homenajea y con las que construye una suerte de mitología, cuenta que hubo lecturas que se colaron durante la escritura de *Las malas*: “*La guerra no tiene rostro de mujer*, de Svetlana Alexievich; *Memorias de una superviviente* e *Historia del general Dann y de la hija de Mara*, de Griot y *del perro de las nieves*, de Doris Lessing; *Formas comunes*, de Gabriel Giorgi y, siempre, Marguerite Duras”.

Fue en 2020 que Camila recibió el Premio Sor Juana Inés de la Cruz, que año a año entrega la Feria del Libro de

Guadalajara a la mejor novela escrita por una mujer. “Hoy el mundo es un poco más justo y, por lo tanto, más bello. Y como a mí no me asusta la mentira y tampoco caer en obviedades, les agradezco el coraje y lo inesperado. Se sienta un precedente con esta indecente escritora travesti que recibe tamaña distinción. Y, como dice Susy Shock, mi comadrita, se inaugura la venganza de las travestis por donde menos se lo esperaban: a través de la palabra”, dijo en su discurso de aceptación.

En esa misma ocasión, se refirió a *Las malas* como un libro cómplice, uno “que anestesia la culpa de una sociedad que pretendió mi cadáver y el de muchas. Y que aún lo pretende”. Porque las travestis han soñado y sueñan con otras existencias posibles, mientras que la sociedad latinoamericana les recuerda que su esperanza de vida en el continente es solo de 35 años, según datos de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH).

“En una entrevista dijiste que te sorprendía que con el libro muchas personas descubrieran que ‘las travestis viven en la mierda’”, le digo. Camila responde que se ha encontrado constantemente con ese tipo de comentarios. “Aman su negación”, asegura, sobre un mundo que sigue eligiendo no mirar.

Para ella, el secreto de *Las malas* es precisamente todo lo que no se cuenta. Eso es “lo que vuelve al libro accesible al dolor y a la palabra. Todo lo demás permanece en el silencio y está en cada página. Es un libro que se escribió con dolor y resentimiento porque, claro, esa es la venganza, poder devolver una canción, juntar los escombros de una vida y hacerlos palabras. Vengarse a través de ellas”, dijo al recibir el Premio Sor Juana Inés de la Cruz.

¿Cómo se resiste la vida sin alegría, sin belleza, sin sueños? ¿Cómo se le planta cara a la violencia sin fantasía ni magia? Estas preguntas me llevan nuevamente al libro de Camila. A algunas imágenes que impactan no solo por su escritura talentosa, sino también por ser talismanes dentro del horror. María la Muda, que poco a poco se descubre como ave. Los

hombres expatriados sin cabeza que aman a las travestis, una metáfora perfecta de la supresión del mandato patriarcal como única salida para amar fuera de la norma. Una matriarca que hace llorar a la virgen cuando canta o un grupo de travestis que se bañan en la fuente de la juventud hecha de sus propias lágrimas.

Todas esas imágenes llenas de magia “son las excusas para callar algo que podría ser terrible para mí si despertara mi cuerpo de su necesaria anestesia; enloquecería, pintaría mi boca de anaranjado y me iría a vivir entre cangrejos, a la orilla del mar. Ya no escribiría ni hablaría. Me dejaría arrastrar por la locura. Por eso no hay realidad en *Las malas*, porque yo no quiero volverme loca todavía”, explicaba el día de su premiación.

De nuevo. ¿Cómo se resiste la vida sin alegría, sin belleza, sin sueños? ¿Cómo se le planta cara a la violencia sin fantasía ni magia? Al escucharla hablar, se me viene a la cabeza la historia de todes quienes no fueron hombres cis durante el siglo XX. Y pienso de inmediato en Ayuquelén, el colectivo lésbico feminista chileno creado en 1984. Lesbianas construyendo, celebrando y defendiendo su existencia en medio de una dictadura, con un nombre como Ayuquelén, palabra mapudungún que significa “la alegría de ser”. Así de revolucionario. Porque la alegría en medio de la violencia, en cualquier época y contexto, es un arma y un sostén. Lo sigue siendo.

En *Las malas*, Camila empuja el significado tradicional de “lo bello” hasta hacerlo polvo. Como si todas las descripciones que pudiésemos ha-

cer del concepto resultaran vanas o insuficientes. En su vida, últimamente, la belleza que la conmociona la ha encontrado en “la serie *La veneno*, los libros de Delphine de Vigan. En los poemas de Sharon Olds. Siempre en la voz de Billie Holiday. En mi amante dormido en mi cama y todos los rastros del sexo que tuvimos una y otra vez hasta dormirnos. En la comida que hacen mis viejos. En mis amigos y yo bajo el embrujo de alguna sustancia bailando a plena luz del día. En Claudia Rodríguez de punta a punta”, dice, sobre la poeta y activista chilena.

Y al final de esta *lista bella*, lanza una reflexión que nos baja a tierra: “Luego de una visión como esta es necesario cerrar los ojos y estar en silencio. Recordar que el mundo se termina y no hay belleza que nos salve”.

La relación entre la argentina y la escritora y actriz Claudia Rodríguez es profunda. En 2019, y a diez años de haber debutado en el teatro, Camila llevó al escenario *Vienen por mí*, un unipersonal basado en el texto de Claudia. Lo que separa la cordillera, lo unen las experiencias, las palabras y el arte.

Camila dice que “Claudia Rodríguez es la mejor escritora viva de nuestro tiempo. Es inteligente, honesta. Habla desde su experiencia. No intenta robarle la vida a nadie para escribir. Su mundo, el mundo de su mamá, de sus hermanos, de su infancia, de su juventud y la prostitución; de su cuerpo, su silicona. Me recuerda mucho a Sharon Olds. Su escritura es como una pequeña bomba. Detona en quien la lee.

Hace una economía de lenguaje admirable. Es dulce. Yo le digo la travesti más transparente”.

El 19 de abril de 2021, Claudia dijo: “Una de las cosas hermosas que tenemos las travestis es besar. Abrazar. También el humor y las risas (...). La vida pasa por encima de nosotras con pocas posibilidades de que podamos decidir, pero ahí están los besos, los abrazos y la ternura de la que aún no hemos escrito”. ¿La ocasión? El lanzamiento virtual del libro *Me arde*, de Mara Rita.

Otra de las invitadas a la cita fue Camila Sosa. Ese día, ella preparó un texto llamado, precisamente, *Besitos o el terror del mundo*. Lo leyó frente a la cámara de su computador, pero parecía hacerlo sobre un escenario:

“Tienes que abrir más la boca, me dices. Cómo explicarlo, que cada vez que doy un beso trato que sea pequeño. Pequeño por el miedo de dejar el hambre de infinitos millones de besitos que tengo guardados dentro de mí. Temo que si abro un poquito más la boca, me devoraría al mundo por completo y todo lo que esté cerca en menos de un segundo. Créeme, tienes que creerme. Temo que me lo devoraría todo, créeme, todo. Y aún así tendría hambre de infinitos millones de besitos. Por suerte para el mundo y lo que esté cerca, solo un beso tuyo me saciaría por completo y me dejaría solo con hambre de ti y nada más, que te quede claro. Pero todo esto contigo es casi imposible. Por eso aún el mundo y lo que está cerca, me temen”.

Y con aquel final, el silencio se extendió durante varios segundos.

**“(Hay) un montón de aprovechadas y aprovechados diciendo lo que hay que oír en la era del *pink washing*, usurpando las experiencias travestis de otras generaciones en nombre de un colectivo que es capaz de dar mucho más de lo que hasta ahora está dando”.**



Alejandro Cuyot

Ese día, ambas hablaron también de los sueños. Claudia decía que las travestis tenían que contar los propios “porque no se nos permite soñar”. Camila, luego, respondía a la pregunta ¿qué es ser travesti?. “No es necesario que coincidamos en la respuesta”, advirtió. “Por eso se hace tan necesario, urgente, positivo y bello que escribamos y soñemos. Porque todas tenemos distintos sueños”.

\*\*\*

“Yo escribo ficción, ese es mi asunto, en el teatro, en la escritura, cuando canto. Es ficción pura”, dice, cuando le pregunto si acaso todes construimos la ficción que más nos gusta para vivir. “La vida es una ficción, claro”, agrega. “Lo otro es que nos guste o no. Estamos viviendo no una ficción, sino una mentira. Incluso las dizque disidencias, incluso el movimiento *lgbterf*, están viviendo una mentira donde primero nombran su identidad y en torno a eso organizan su guion. Lo veo a diario. En esto, las travestis fuimos al revés. Nos dimos cuenta mientras íbamos viviendo cómo nombrarnos, cómo vivir, qué condiciones había a nuestro alrededor para que nuestra vida se desarrollara. Pero claro, hablo de hace muchos años atrás. No era nada sencillo lidiar con esto”.

Si una ha seguido sus comentarios públicos, sabrá que Camila es crítica con el feminismo por ser un nuevo espacio de poder, y porque se ha transformado en un gran paraguas que también alberga discursos transexcluyentes, es decir, que no consideran a las personas trans como sujetos del feminismo. Es la postura de quienes se denominan TERF, acrónimo de Trans Exclusionary Radical Feminist (Feminista Radical Transexcluyente). “Yo no voy a estar aguantando a una tarada que me trate mal, que me trate de hombre, que me insulte, que me haga sentir incómoda. A los 14 años me fui de mi casa a dormir debajo de una piedra, mirá si no voy a poder irme del feminismo y de la palabra mujer”, dijo en una entrevista en *La Tercera*, en marzo de 2021.

Cuando le pregunto por la disputa cultural desde las disidencias, aparecen otras reflexiones críticas. “Creo que

hay un montón de gente nombrándose disidencia y que no es disidente de nada, y no solo eso, sino diciendo además que hacen cultura disidente. Un montón de aprovechadas y aprovechados diciendo lo que hay que oír en la era del *pink washing*, usurpando las experiencias travestis de otras generaciones y apropiándose las en nombre de un colectivo que es capaz de dar mucho más de lo que hasta ahora está dando”, reclama.

“Como si estos personajes, aparecidos ayer y que se nombran a sí mismos trans, trans no binarios y no sé cuántas otras nomenclaturas más sin compartir ni una sola condición histórica o social con las travestis de hace veinte, treinta, cuarenta, cincuenta años atrás, silenciaran con sus expresiones verdaderas obras de arte que va a contrapelo de lo establecido. Hacen mucho ruido, son muy ruidosos y están ocupados en un panfletarismo que no admite respuestas, porque ya dan todo cocinado, masticado, digerido y cagado. Eso da la sensación de una fuerza, pero se me hace que es solo ruido”, opina, categórica.

Hablamos sobre la adaptación de *Las malas* a una miniserie, a cargo de Armando Bó. Le comento que leí en archivos de prensa que ella había aceptado la realización del proyecto con la condición de que el equipo de trabajo estuviese integrado por personas trans. Ella me corrige y, de paso, a los periodistas que publicaron esas notas, pues donde escribieron “trans”, la palabra que se debía usar era “travesti”.

“Puse la condición de que hubiera travestis, que no es lo mismo que decir personas trans. Las personas trans son otra historia. Las travestis, como yo, las del libro, las que quiero que integren los equipos en el set, esas son más especiales”, dice. “Mira, yo detesto la palabra disidencia. En los proyectos culturales *mainstream* siguen llamando a las que supimos adaptarnos, las que tenemos apariencias que ellos toleran y que piensan que el público puede tolerar; las educaditas, las oportunistas también. Pero las verdaderas travestis están en otro lado y haciendo otras cosas”.

Muchas cosas. Ojalá siempre en gerundio: viviendo, creando, besando y soñando. ☞

# SUPERAR EL RESENTIMIENTO



COLUMNA

POR YÁSNAYA AGUILAR GIL

**Los discursos que hacen del 12 de octubre una fecha de festejo por ser el día de la raza, el día de la hispanidad, el día del orgullo nacional o del celebrado encuentro entre dos mundos suponen que las consecuencias funestas y dolorosas de aquellos hechos no son el resultado de un proceso de muerte, expoliación y dominación, sino del rencor que nos atribuyen a las personas que pertenecemos a pueblos indígenas. Pero el colonialismo no pasó. Sus efectos siguen totalmente vigentes: sin ellos, es imposible explicar el desarrollo del sistema capitalista o la crisis climática a la que se enfrenta la humanidad.**

**E**l resentimiento, ese rencor persistente, se utiliza constantemente para desacreditar los señalamientos sobre lo sucedido hace poco más de quinientos años durante el desembarco de Cristóbal Colón a tierras de este continente o sobre el comienzo de ese proceso llamado la conquista española encabezada por Hernán Cortés. “No seas resentida”, me dicen constantemente cuando hablamos de esos hechos que comenzaron un lamentable periodo de la humanidad. “Tienes que superar el resentimiento para que puedan construir un futuro como pueblo mixe”, me respondieron hace unos años cuando apuntaba el dramático descenso de la población mixe durante el proceso del establecimiento del orden colonial. Mientras citaba datos,

estadísticas y hacía alusión al trabajo de investigadores y especialistas, las respuestas que obtenía se relacionaban con una suposición sobre mi estado emocional que invariablemente terminaba en una certeza indiscutible: estoy resentida. Más allá de lo inadecuado de andar opinando sobre los sentimientos, existentes o no, de una persona con la que se debate, me sorprendía mucho, y aún lo hace, cómo los argumentos que se presentan en torno a las terribles consecuencias del colonialismo se borran contraponiendo un diagnóstico emocional sobre la persona que presenta esos argumentos. Ante ese diagnóstico, las posibilidades de intercambio de argumentos y evidencias se cancelan y solo queda la recomendación condescendiente de que es hora de superar el resentimiento.

En contraste, los discursos que hacen del 12 de octubre una fecha de festejo por ser el día de la raza, el día de la hispanidad, el día del orgullo nacional o del celebrado encuentro entre dos mundos no reciben estas descalificaciones; no he presenciado o leído que ante tales muestras de alarde se recomiende a quienes defienden estas posturas que superen aquello que sucedió hace tanto tiempo, que nada queda que celebrar de las glorias de las que se jactan (por decirlo de algún modo), que aquello pasó hace demasiado tiempo y que es momento de pasar la página para no vivir de supuestas hegemonías pretéritas que en nada contribuyen al presente y que son un lastre para diseñar un futuro digno. En las posturas que celebran el 12 de octubre y el comienzo del establecimiento del orden colonial, la lejanía temporal no parece ser un argumento que les ayude a moderar sus muestras de entusiasmo.

En contraste, mostrar las consecuencias funestas y dolorosas de aquellos hechos se desacredita apelando a que aquello es el resultado, no de un proceso de muerte, expoliación y dominación, sino de ese rencor persistente que habita y carcome nuestra alma y que, en sus dichos, solo vamos heredando de una generación y otra. El problema no es que más de la mitad, en cálculos conservadores, de la población nativa haya muerto entre guerras, enfermedades y trabajos forzados, el problema es que estamos enojados. El problema no es que millones de personas hayan sido secuestradas en el continente africano para traerlos como población esclava a este continente, el problema es que estamos resentidos. El problema no son los aperramientos de personas mixas que resistieron a los tributos extenuantes a los que los sometían y que los dejaban sin alimento, hechos que jamás nos cuentan los libros de texto, el problema es que aún no lo supero.

Superar el resentimiento, ese rencor persistente que nos atribuyen inmediatamente a las personas que pertenecemos a pueblos indígenas cuando hablamos de los estragos del orden colonial ignorando nuestras evidencias y argumentos, supone que aquellos hechos no siguen ordenando el mundo actual o que ya no tienen efecto sobre la vida de las personas.

El colonialismo no pasó, sus efectos siguen totalmente vigentes. ¿De qué otra manera explicamos el sistema racista que sigue determinando la diferencia entre ser arrestado después de cometer una masacre como hombre blanco o ser asesinado por la policía como persona afrodescendiente? Sin los efectos del colonialismo, sin el despojo del territorio de los pueblos indígenas y sin la esclavitud de las personas afrodescendientes es imposible explicar el desarrollo del sistema capitalista y la actual división entre países considerados de primer mundo y países calificados despectivamente como del tercer mundo o la crisis climática a la que se enfrenta la humanidad derivado de este sistema económico. Los cánones de belleza, el ase-

**"Urge superar el colonialismo, sí, pero nada se supera ocultándolo; ninguna violencia se supera negándola en sus dimensiones actuales, el ocultamiento de la vigencia palpable y presente del colonialismo es, de hecho, una de sus violencias más efectivas".**

sinato de defensores del medio ambiente, la posibilidad de poder acceder a ciertos trabajos, la pauperización de los pueblos indígenas en la actualidad son efectos del colonialismo en funciones. En las narrativas oficiales, lo sucedido hace más de quinientos años quedó en el pasado y poco se ha difundido y enseñado en la historia oficial sobre las líneas que unen esos hechos con la manera en la que el mundo funciona en la actualidad. Ponerlos en relieve es fundamental porque, si bien no podemos hacer nada con respecto de esos acontecimientos, podemos sí, trabajar en la manera en la que los efectos del colonialismo funcionan en estos días, desenmascarar sus dinámicas y comenzar a pensar cómo, desde diversas trincheras, desarticular sus violencias más que vigentes.

Urge superar el colonialismo, sí, pero nada se supera ocultándolo; ninguna violencia se supera negándola en sus dimensiones actuales, el ocultamiento de la vigencia palpable y presente del colonialismo es, de hecho, una de sus violencias más efectivas. Hablar a detalle de lo sucedido resulta fundamental para develar lo que la historia oficial ha matizado y sigue matizando como el festivo encuentro de dos mundos o el descubrimiento de América. El colonialismo no solo es pasado, es presente, y por eso, para muchas personas su celebración aún tiene contenido y necesita defenderse. Celebrar estas fechas con júbilo es la evidencia misma de los efectos presentes del colonialismo, ojalá que lo superen y pasemos a una etapa reflexiva necesaria para sentar las bases mínimas de otra narrativa que permita vislumbrar un futuro distinto. ☐

---

Este texto fue publicado originalmente en la revista *Este País*, de México.



YÁSNEYA AGUILAR GIL

Lingüista, escritora, traductora, activista de derechos lingüísticos e investigadora mixe, nacida en el estado mexicano de Oaxaca. Es autora de *Inventar lo posible. Manifiestos mexicanos contemporáneos* (2017), *Un nosotros sin estado* (2018) y *Áa: manifiestos sobre la diversidad lingüística* (2020). Sus columnas son publicadas en medios como la revista *Este País*, de México, y en el diario *El País*, de España.

A portrait of Kathya Araujo, a woman with dark, curly hair, wearing a yellow sweater over a dark top. She is smiling and looking slightly to the right. The background is blurred, showing what appears to be a market or outdoor setting with colorful items.

KATHYA ARAUJO:

“Hoy estamos en  
un mundo de  
jerarquías  
móviles”

ENTREVISTA

En su nuevo libro *¿Cómo estudiar la autoridad?*, la renombrada socióloga e investigadora de la Usach explica por qué este concepto es tan importante para el sano funcionamiento de las sociedades, y por qué, a pesar de su mala fama, hay que diferenciarlo tajantemente del autoritarismo, con el que se suele confundir. En un país en crisis, visitar términos, enfoques y metodologías es clave para que las ciencias sociales puedan acompañar las transformaciones sociales, señala Araujo, una de las teóricas más citadas para entender el estallido de octubre.

POR JENNIFER ABATE

**L**a académica del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago y directora del Núcleo Milenio Autoridad y Asimetría de Poder ha publicado más de veinte libros, entre ellos, *El miedo a los subordinados. Una teoría de la autoridad* (LOM, 2016), *Hilos tensados. Para leer el octubre chileno* (Usach, 2020) y *Las calles. Un estudio sobre Santiago de Chile* (LOM, 2020). Su extenso trabajo de investigación, que desde distintos frentes ha analizado los cambios sociales del Chile reciente, la ha convertido en una de las voces fundamentales a la hora de entender la autoridad, asunto que estudia en su último ensayo, publicado por Ediciones Usach, y en el que destaca la relevancia que este concepto tiene en una sociedad donde suele tener particular mala fama. En esta entrevista, Kathya Araujo, una de las investigadoras que se adelantó al estallido de octubre, habla sobre su nuevo libro y analiza las transformaciones que está viviendo nuestro país.

**¿Cómo lee una investigadora social como usted lo que está ocurriendo en Chile hoy? Hay un contexto de gran efervescencia social y política, emergen candidaturas presidenciales, crece la participación en las votaciones populares y hay una gran expectativa sobre el trabajo de la Convención Constitucional.**

—Creo que los científicos sociales, en general, tenemos la tendencia a pensar las cosas un poco más a largo plazo y como procesos. Para mí es muy interesante e importante ver cómo esos procesos que hoy observamos se han ido produciendo a lo largo de las décadas; cómo la sociedad se ha ido transformando, cómo ciertas transformaciones sociales han adquirido un rostro político. El proceso más relevante que a mi juicio ha estado aconteciendo en la sociedad chilena es una enorme recomposición de las lógicas, de los principios que han ordenado tradicional e históricamente las relaciones sociales y que comenzaron a ser puestos en cuestión o a debilitarse o a replantearse, sin que hayamos

encontrado una solución para esta recomposición. Hay un trabajo muy arduo de la propia sociedad en sí, porque la recomposición toca hasta las relaciones más íntimas, por ejemplo, las relaciones de pareja, de padres e hijos o madres e hijos. Lo veo con mucho interés, a veces con optimismo, a veces con pesimismo.

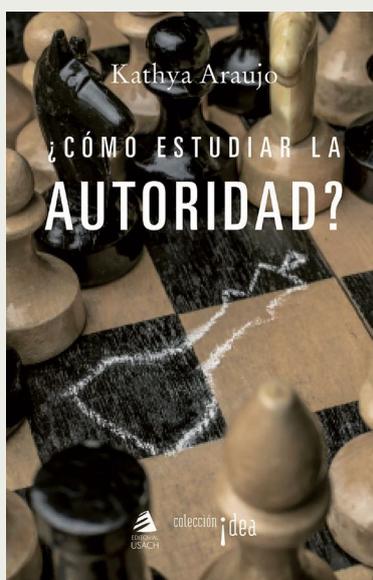
**Tras la revuelta social, la falta de identificación con las autoridades políticas tradicionales y las violaciones a los derechos humanos hicieron que se cuestionara la idea de autoridad. Usted la aborda no como el uso de la fuerza, sino como una institución necesaria para la vida en sociedad. ¿Por qué le pareció relevante discutir sobre un concepto que ha adquirido tan mala fama en el último tiempo?**

—Justamente porque tiene tan mala fama. Hace años publiqué *El miedo a los subordinados*, y en esa investigación noté que las personas consideraban que la forma histórica de ejercicio de la autoridad había sido una forma autoritaria. Lo comenzamos a ver con más fuerza todavía en el Núcleo Milenio Autoridad y Asimetrías de Poder: las personas tienen esta especie de confusión muy grande entre la autoridad y el autoritarismo. Como hemos vivido tan largo

tiempo bajo estos modos autoritarios de ejercer la autoridad, consideramos que autoridad es autoritarismo. Este libro intenta abordar esa confusión tratando de entregar las herramientas para entender lo que es la autoridad hoy, o cómo uno puede pensar la autoridad en sociedades como las actuales. La autoridad no es una cosa sin historia y sin localización geográfica; es un mecanismo de gestión de simetrías de poder que tiene nacionalidad, clase social, género. La autoridad como fenómeno social es un mecanismo que no podemos dejar de lado, porque funciona en tareas básicas: la sociedad deja de funcionar si no está actuando de una determinada manera. Nos ayuda a tener una cierta solución para ciertas cuestiones funcionales, pero también es esencial para el lazo social, porque permite, vista desde el lado más positivo, poner a raya el reinado del más fuerte.

**¿Qué es lo que el pueblo chileno busca hoy en sus autoridades? ¿Cuáles serían, a su juicio, las características que hoy les darían legitimidad a las autoridades?**

—Ya no tenemos esas sociedades donde todos pensamos lo mismo y tenemos las mismas representaciones ni los mismos valores de lo que es bueno o malo. Por eso la cuestión de la legitimidad es importante, pero hay que moverse un poquito





Felipe PoCa

de ahí, porque no todos tenemos los mismos valores. Weber decía: “Tenemos legitimidad, estamos listos”. Ahora no es así, porque en estas sociedades plurales no tenemos un acuerdo común sobre qué cosas resultan o no legítimas. Además, el mundo ha cambiado de tal manera que ha puesto en cuestión la forma en que entendíamos la jerarquía. La idea de jerarquía muy estable y permanente en el tiempo señalaba que merecíamos la misma consideración de nuestra autoridad, aunque no estuviéramos realizando la función que nos confería esa autoridad. Yo

he repetido este ejemplo porque es el más claro: el del juez o el profesor en un pueblo. El juez iba a todos lados y todos lo respetábamos. Lo mismo con el profesor. Hoy estamos en un mundo de jerarquías móviles. Si estoy en el cine y vienes a sentarte conmigo para imponer tu opinión, esa es una falta de respeto; tu autoridad se terminó, está situada, localizada, porque estas jerarquías se han vuelto más móviles y van transformándose.

**Su nombre fue una referencia obligada después de la revuelta de octubre de 2019, pues había adver-**

**tido desde antes sobre un malestar en la sociedad chilena, fruto de la desigualdad, que se había convertido en rabia. ¿Rabia contra qué?**

—Yo creo que era una irritación. Siempre he hablado de una irritación que puede producir rabia. Y creo que no ha cambiado; es muy alta y está vinculada con varias cuestiones: con un grado muy alto de desmesura de las exigencias que tenemos que responder para solucionar los retos de nuestra vida ordinaria, mantener la salud de los que queremos, poder construir la idea de un futuro mejor, tener educación para nuestros hijos,

tener un trabajo, tener algún grado de certidumbre para poder hacer proyectos, como irse a vivir con la pareja. Este sentimiento de desmesura atravesó a la sociedad. Tanto la desmesura de exigencias como los abusos y el sentimiento de abuso han estado ligados muy fuertemente con las instituciones. Hay una irritación muy fuerte contra ellas.

**¿Cree que esa irritación ha mutado tras la crisis sanitaria, política y social del covid-19?**

—Pienso que en algunos puntos se agudizó, porque en 2019 pasaron cosas que fueron muy importantes. El malestar era un diagnóstico a comienzos de los 2000, y ese malestar cambió a irritación. Lo esencial de 2019 fue el amplio apoyo de la ciudadanía, que le puso nombres a lo que estaba pasando. No hay vuelta atrás en la mirada de la desigualdad. Pero, al mismo tiempo, se afirmó una idea que venía de antes: que las cosas se resuelven por la fuerza y que el más fuerte es el que gana. Siempre ha sido así en los grandes cambios sociales. Creo que hay una especie de reverberación entre las dos cosas: hay una irritación todavía más acentuada y una idea de que efectivamente la fuerza es lo esencial para dirimir lo que se juega. No estoy hablando políticamente, sino que se juega en cualquier situación social, porque como nuestras reglas no están claras y no sabemos muy bien qué tenemos que hacer, la fuerza aparece como una cuestión muy fuerte.

**¿Cuál es el rol que tienen en estos momentos de transformación quienes están en su posición, es**

**decir, quienes han hecho planteamientos acertados a la hora de leer las crisis y las coyunturas?**

—Uno tiene que acompañar estos cambios. Yo creo que las ciencias sociales hicieron un increíble aporte mostrando las desigualdades y los efectos desde el lado de la dominación, pero ahora es el momento de tratar de acompañar estos cambios y de analizar cómo funciona la sociedad más que de denunciar. Creo que el primer gran esfuerzo debe ser acompañar, tratar de entender. En segundo lugar —y es la razón por la que hice este libro y participo en conversaciones públicas sobre cómo estudiar la autoridad—, tenemos que pensar seriamente las herramientas que tenemos para entender las sociedades; hay que renovarlas para producir un conocimiento que esté más cerca del momento que estamos viviendo, para poder identificar los nudos problemáticos sin temor. Tenemos que renovar nuestras herramientas conceptuales, porque en muchos casos creo que no están dando el ancho para la sociedad y los desafíos que estamos enfrentando. Por eso terminamos diciendo que el escenario es *líquido*, pero el concepto *líquido* no explica nada; tienes que poder explicar si eres cientista social y analista.

**En un momento se decía que todo pasó a ser líquido...**

—Todo es *líquido*, porque nuestras herramientas no nos están sirviendo. Entonces repensemos el enfoque, comencemos a hacer este trabajo de cambiar las perspectivas y las herramientas analíticas, teóricas, conceptuales y metodológicas que tenemos. ☐

**“(Los científicos sociales) tenemos que renovar nuestras herramientas conceptuales, porque en muchos casos creo que no están dando el ancho para la sociedad y los desafíos que estamos enfrentando. Por eso terminamos diciendo que el escenario es líquido, pero ese concepto no explica nada”.**

**Crisis climática:**

# UNA CONTIENDA

El último informe del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático es “un código rojo para la humanidad”, en palabras de António Guterres, secretario general de la ONU. Según el estudio, si no se hacen cambios drásticos e inmediatos, la vida en el planeta se verá afectada de forma radical: sequías feroces, megaincendios, escasez de agua potable, olas de calor y desplazamiento de poblaciones son algunas de las consecuencias. Laura Gallardo y Anahí Urquiza, investigadoras del Centro de Ciencia del Clima y la Resiliencia (CR)<sup>2</sup> y académicas de la Universidad de Chile, plantean alternativas para enfrentar la crisis y hacen un llamado a entender la acción climática como un dilema colectivo marcado por la desigualdad: quienes son más responsables por el calentamiento global son los menos vulnerables a sus repercusiones.

COLUMNA

POR LAURA GALLARDO

## EL DESAFÍO QUE REQUIERE EQUIDAD

Como es sabido, el cambio climático y sus consecuencias ya llegaron y se constatan por doquier, incluyendo algunos cambios irreversibles en el sistema climático a escalas de tiempo humanas. Esto, cuando la temperatura global ha aumentado respecto del período preindustrial en 1,1°C. Si no actuamos ya, se prevé que el efecto será crecientemente más grave y difícil de enfrentar. Desde un punto de vista geofísico, en el sexto informe del Grupo Intergubernamental de Cambio Climático (IPCC, por su sigla en inglés) sobre las bases físicas del clima, se afirma, por ejemplo, que “limitar el calentamiento global requiere de reducciones fuertes, rápidas y sostenidas de emisiones de dióxido de carbono, metano y otros gases de efecto invernadero. Esto no solo reducirá las consecuencias del cambio climático, sino que mejorará la calidad del aire”.

¿Y qué tiene que ver lo anterior con la equidad y con la equidad de qué o de quiénes? Así como el consenso científico expresado por el análisis de años de investigación y acumulación de evidencia en las ciencias físicas del clima indica que cada tonelada de gases de efecto invernadero emitidos a la atmósfera redundará en un calentamiento, el análisis y ponderación de la evidencia en las ciencias sociales permite concluir que la vulnerabilidad frente al cambio climático se amplifica por la inequidad social y económica. Por otro lado, las necesarias *reducciones fuertes, rápidas y sostenidas de emisiones de dióxido de carbono, metano y otros gases de efecto invernadero* no ocurren espontáneamente, sino que deben ser decididas por actores sociales humanos, de carne y hueso y, ojalá, por la mayoría de ellos. Y allí nos encontramos con las inequidades sociales y políticas que se derivan de cómo convivimos en las sociedades humanas y, ciertamente, cómo tomamos decisiones y quiénes tienen el poder para hacerlo e influir en ello.

Así que enfrentar el cambio climático NO es solo un problema de tecnologías de mitigación o de uso de energías limpias. Eso es una condición necesaria, pero no suficiente. Tampoco hay “balas de plata” o soluciones fáciles. Los cambios requeridos afectan nuestra forma de convivencia social y el cómo tomamos decisiones, es decir, la política



Fabían Rivas

# DESIGUAL

en su sentido más básico y profundo. Los filósofos griegos clásicos hablaban de nosotros como *zoon politikon*, una propiedad que nos caracteriza esencialmente como especie.

Sin embargo, a veces parece que hemos “tercerizado” ese carácter *in extremum*. Mucho más allá de los pragmatismos ineludibles de la democracia representativa, delegando por lapsos finitos la voluntad popular en representantes elegidos por y para el pueblo, nos hemos desprendido de la convivencia política, ya sea dejando que “el mercado” determine el uso y aun el acceso al agua, a veces esperando que defina la ciencia o los contenidos educacionales, o esperando que otros se encarguen de hacer de la plaza pública un lugar de convivencia sana y respetuosa. Retomar nuestro carácter de *zoon politikon*, votando conscientemente primero y participando en las instancias colectivas luego, haciendo escuchar nuestra voz y escuchando la de quienes piensan distinto, será fundamental para impulsar y afianzar los cambios estructurales.

Las decisiones que tenemos entre manos como humanidad requieren de todos, todas y todes. Esto, claro, no puede desconocer que nuestra sociedad humana actual no es igualitaria, sino que profundamente estratificada y segregada, donde el poder y la influencia están inequitativamente distribuidos. En este contexto, la universidad y sus miembros tenemos un rol fundamental. Debemos poner la razón, la ciencia toda, las artes y también las ganas en apoyar los cambios estructurales que nos permitan avanzar hacia un futuro viable, sostenible y común, necesariamente democrático. El cambio climático y sus peligros hacen imprescindible cambiar cómo vivimos y convivimos en el mundo. ☐



LAURA GALLARDO

Investigadora asociada del Centro de Ciencia del Clima y la Resiliencia (CR)<sup>2</sup>. Profesora Titular, Departamento de Geofísica, Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile.

**“Las decisiones que tenemos entre manos como humanidad requieren de todos, todas y todes. Esto, claro, no puede desconocer que nuestra sociedad humana actual no es una igualitaria, sino que profundamente estratificada y segregada, donde el poder y la influencia están inequitativamente distribuidos”.**



## HACIA UN DESARROLLO REGENERATIVO

Fabían Rivas

En agosto se dio a conocer el último informe del IPCC, el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático. En él, se refuerza lo que hace años se sabe en el mundo científico: las modificaciones en el clima ya son observables, algunas son irreversibles, y además de tener consecuencias importantes, afectan significativamente más a los países, regiones y personas más vulnerables. La conclusión a la que inevitablemente llegamos es que, como humanidad, hemos cambiado el clima del planeta y, por lo mismo, ahora debemos cambiar nosotros mismos por varias razones: para frenar el impacto (reduciendo los gases de efecto invernadero), para recuperar los ecosistemas deteriorados (los mismos que nos protegerían de los efectos del clima) y para adaptarnos a los nuevos patrones de precipitaciones, a los eventos extremos y a las altas temperaturas. Lo cierto es que ni siquiera en el escenario más optimista el clima será como lo conocíamos.

Estamos enfrentando una profunda crisis civilizatoria que se manifiesta en cambios vertiginosos y con profundos desafíos políticos, económicos, sociales y ambientales. Hoy, la sociedad está obligada a adaptarse a las nuevas condiciones que ella misma ha generado y que pondrán en tela de juicio nuestras formas de vida e incluso nuestra propia viabilidad como especie.

La drástica disminución de la biodiversidad, la amplia contaminación de los ecosistemas terrestres y marítimos, junto con el aumento de la temperatura del planeta, nos confrontan con los hábitats en proceso de cambio, dificultando la existencia en algunos territorios por falta de agua, aumen-

to de inundaciones, incendios u otros fenómenos extremos. Crisis alimentaria, procesos migratorios, conflictos por competencia de recursos, entre otras consecuencias sociales, ya son parte de la cotidianeidad.

Pero, ¿qué significa esto para el día a día? ¿Por qué no hemos logrado controlar nuestro impacto en el planeta? ¿Qué hay detrás de estas dificultades y qué podemos hacer al respecto? Son preguntas permanentes para quienes trabajamos en estos temas. Por supuesto que no encontramos respuestas simples, solo nos enfrentamos a la evidente necesidad de elaborar profundas transformaciones, y a gran escala. Una consecuencia obvia es la necesidad de repensar nuestros modelos de desarrollo. Cómo tomamos decisiones sobre el territorio es uno de los grandes desafíos políticos y económicos. Necesitamos decidir para actuar, lo que implica contar con las herramientas institucionales, jurídicas y económicas, las capacidades técnicas, la mejor información posible y profesionales con las herramientas para hacerlo.

El cambio climático es un problema de desigualdad, donde quienes son más responsables por las emisiones que provocan el calentamiento global son los que se encuentran menos vulnerables a sus repercusiones. La población que debe modificar sus hábitos contaminantes con mayor rapidez y profundidad no son quienes ya están siendo afectados por sus consecuencias y requieren ayuda con urgencia para enfrentarlas. De aquí que estemos ante dilemas de escala planetaria que tienen un impacto disímil entre los diferentes grupos humanos. Por ejemplo, las clases altas de los países más pobres

consumen más —*ergo*, contaminan más— y tienen mejores herramientas para reaccionar frente a los desastres climáticos.

En la historia de la humanidad, los problemas colectivos han sido un importante motor de transformación, pero la resistencia a los cambios en algunos casos ha desembocado en tragedia. ¿Cómo evitamos que eso nos suceda? Es más fácil pensar que encontraremos tecnología para salvarnos, pero cada día que pasa esas posibilidades se desvanecen. Ese exceso de optimismo —llamado *tecno-fé*—, el negacionismo o la brutal disonancia cognitiva nos permiten autoengañarnos mientras es posible.

La urgencia de una transformación profunda en el corto plazo es cada vez más evidente, y para ello no solo debemos cambiar la matriz energética (lo que afecta todas las dimensiones de nuestras vidas), sino además se necesitan cambios políticos y económicos en distintas escalas, que van desde las comunidades hasta la sociedad mundial. Los beneficios no serán directos ni inmediatos, por lo que la capacidad de gobernarnos con una mirada de largo plazo y con una perspectiva solidaria es fundamental, y para ello se requiere una gobernanza flexible, participativa y con capacidad de aprendizaje para enfrentar los retos ambientales del siglo XXI.

Al mismo tiempo, es esencial una coordinación global y local que nos permita cuidar el planeta y, a la vez, dejar espacio de innovación para una transformación rápida. Frente a esto, una alternativa es impulsar una *gobernanza ambiental policéntrica y multinivel*, modelo que consiste en respetar y promover la coordinación entre los diferentes niveles de toma de decisiones para la solución de los problemas ambientales, aproximación que permite prestar mayor atención al rol de las comunidades en su diagnóstico y resolución. Quienes están en los territorios conocen mejor los ecosistemas en los que viven y las necesidades de sus habitantes, lo que les permite generar algún tipo de organización local, que también debe seguir directrices que respeten los principios que se aplican a nivel regional, nacional y global.

Una gobernanza policéntrica multinivel favorece el respeto a las formas de vida distintas y permite que las comunidades en sus territorios puedan administrar sus bienes comunes y proteger su ecosistema. Junto con los beneficios descritos, la utilización de este enfoque deriva en una mayor atención hacia las dinámicas de organización tradicionalmente excluidas en el diseño de políticas públicas.

¿Cómo recuperamos el equilibrio de nuestros ecosistemas? ¿Cómo restauramos el daño realizado? Ya no es suficiente con un desarrollo sostenible. Además de controlar lo que afectamos, hemos llegado al punto en el que debemos recuperar lo perdido.

Al analizar la trayectoria de la ciencia a lo largo de la historia, es posible constatar que los avances científicos dejan una estela de repercusiones —positivas y negativas— que van mucho más allá de lo que se logra visualizar en el momento. La autonomía funcional del sistema científico mundial, la sofisticación de sus conocimientos y sus medios de validación han permitido ignorar esas consecuencias y han perju-

dicado una adecuada comprensión de los fenómenos sociales actuales. De ahí que muchos problemas contemporáneos se aborden como si fueran sistemas triviales de *inputs-outputs* fácilmente predecibles. Este “pensamiento lineal” nos ha llevado a ser efectivos en abordar fenómenos concretos sin considerar los llamados “efectos colaterales”, una visión propia de la cultura occidental globalizada, que de distintas formas ha aplastado a culturas locales que suelen tener concepciones más respetuosas de los ciclos de la naturaleza.

Cuando las estructuras sociales se vuelven tan relevantes para sí mismas que dejan de ver su contexto, perdemos la capacidad de entender nuestra propia dependencia con la naturaleza. La arrogancia humana —*hubris*, en palabras del antropólogo y ecólogo Gregory Bateson— nos ha vuelto ciegos ante los ecosistemas que habitamos. El mantenimiento de un modelo de desarrollo basado en un hipotético crecimiento infinito y que ignora los límites planetarios no tiene sentido. ¿Cómo es posible que no lo veamos? Creo que lo vemos, pero nos cuesta creer que seremos capaces de hacer transformaciones tan profundas por el bien común, así que ignoramos lo evidente a la espera de que las cosas se ordenen por sí solas.

La buena noticia es que hoy tenemos una oportunidad. Desarrollar nuevos acuerdos sociales que se hagan cargo de los problemas del siglo XXI parece ser el gran desafío para los cambios políticos de los próximos años. El proceso que se inició con la redacción de una nueva Constitución abre la posibilidad de adoptar un modelo de gobernanza ambiental policéntrica y multinivel, que reconozca la naturaleza compleja del fenómeno climático a nivel nacional y local, sus factores sociales y territoriales. Tenemos la posibilidad de ponernos de acuerdo en un nuevo pacto social para decidir cómo vamos a cuidarnos colectivamente y redefinir cómo tomamos las decisiones sobre el territorio.

En este contexto, es evidente la necesidad de impulsar una reflexión en las ciencias sociales y ecológicas sobre las características que deben tener los procesos de gobernanza ambiental, especialmente en conjunto con otros desafíos actuales. ¿Qué rol tenemos como universidades públicas? ¿Cómo logramos que el conocimiento que desarrollamos sea pertinente y accesible para quienes nos gobiernan? ¿Cómo articulamos el cada vez más necesario e insuficiente conocimiento científico con otros tipos de conocimientos? ¿Cómo formamos profesionales capaces de liderar estos cambios, operar en contextos de incertidumbre, desarrollar tecnología y estrategias que nos permita avanzar en una transición climática justa? No podemos dejar pasar más tiempo para enfrentar con decisión estas interrogantes. ☐



ANAHÍ URQUIZA

Antropóloga social. Doctora en Sociología por la Universidad Ludwig-Maximilian de Munich y Ph.D. in Environment and Society del Rachel Carson Center, Alemania. Profesora del Departamento de Antropología de la Universidad de Chile. Investigadora del Centro del Ciencia del Clima y la Resiliencia (CR)<sup>2</sup>.

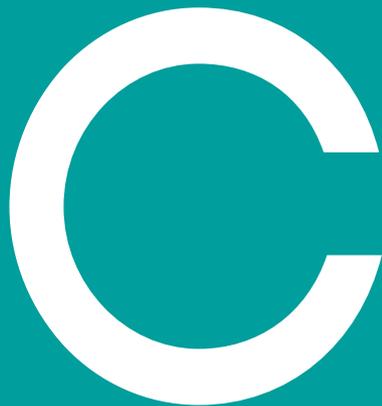


Fabian Rivas

HECHO  
EN CHILE:  
VACUNAS CON  
SELLO LOCAL

Cuenta la historia que Chile alguna vez produjo sus propias vacunas. Que figuras como José Miguel Carrera y José Manuel Balmaceda estuvieron involucrados en promover tanto campañas para inocular a la población como una institucionalidad vacunal, la que se abandonó tras la dictadura. Sin embargo, después de 20 años, esta historia contará con un nuevo capítulo, esta vez protagonizado por la Universidad de Chile y su nuevo Centro de Biotecnología y Producción de Vacunas.

**POR SOFÍA BRINCK**



Corría noviembre de 1878 cuando un telegrama viajaba de forma urgente desde San Felipe a Santiago. “La viruela cunde. Principia a desarrollarse fuera de Salamanca. La vacuna que se tiene es malísima, no produce efecto. Pido a la sociedad respectiva buen fluido”. La situación era delicada y las preocupaciones del señor Tomás Echeverría, remitente de la misiva, tenían sustento. Con una altísima tasa de contagio y mortalidad, la viruela era uno de los principales problemas de salud pública de la época. Controlar los brotes era una tarea gigantesca, y tal como lo evidencia el telegrama, contar con una vacuna no era suficiente.

Para ese entonces, las vacunas eran conocidas en Chile y en la región, precisamente debido a la viruela. La primera vacuna de Sudamérica, extraída de vacas que sufrían viruela animal y transportada en personas inyectadas con el suero, había llegado por barco a Montevideo en 1805

y de ahí fue distribuida a Argentina, Chile y Perú. Tres años más tarde, se fundaba en Chile la Junta Central de la Vacuna, en Santiago, encargada de coordinar las juntas departamentales que ofrecían un servicio gratuito de inoculación. El tema era de tal importancia que entró en la agenda de gobierno de José Miguel Carrera, quien lideró una de las campañas de inmunización en el período de la Patria Vieja, en 1812. Sin embargo, el proceso fue difícil. Gran parte de la población rechazaba las vacunas, ya que se creía que causaban viruela en personas sanas en lugar de prevenirla.

La Junta fue modificada varias veces en décadas posteriores, procesos en los que estuvieron involucrados Diego Portales, en 1830, y Domingo Santa María, en 1883. Cuatro años después, en el gobierno de José Manuel Balmaceda, Chile inauguraba el Instituto de Vacuna Animal Julio Besnard (IVA-JB), que tuvo como primera misión producir la vacuna antirrábica para uso animal y el suero antivariólico.

En 1892, el instituto pasó a llamarse Instituto de Higiene, denominación que sería reemplazada en 1929 por Instituto Bacteriológico. Su nombre final llegaría 50 años después: Instituto de Salud Pública (ISP), organismo que fabricó vacunas hasta el año 2002 y que perdura hasta hoy. De acuerdo con la investigación “Fabricación de vacunas en Chile, una historia de producción local poco (re)conocida”, de Cecilia Ibarra y Mirtha Parada,

durante todos esos años Chile produjo 10 tipos de sueros y 29 vacunas, entre las que se contaban la antirrábica, la antigripal y otras contra la peste bubónica, el tífus, la tuberculosis, la difteria y el tétano, por nombrar algunas. Dos de ellas, las vacunas Fuenzalida-Palacios antirrábica animal (1954) y humana (1959), incluso fueron creadas por los científicos chilenos del Instituto Bacteriológico.

Para Cecilia Ibarra, una de las coautoras del estudio e investigadora del Centro de Ciencias del Clima y la Resiliencia (CR)<sup>2</sup> de la Universidad de Chile, la producción nacional de vacunas fue parte de una política de Estado que incentivó el intercambio internacional de conocimientos en ciencia y tecnología, estimuló la formación de científicos e incluso fue especialmente importante en contextos de emergencias naturales. “Chile ha tenido experiencias de desastres como terremotos y aluviones, donde contar con un stock por razones de seguridad ha salvado vidas”, recuerda Ibarra. “El stock de sueros se usó completo tras el terremoto de 1939, debiendo recurrir a la ayuda de Argentina, que envió suero antigangrenoso. Esto fue repuesto con una devolución en suero antidiftérico producido por el Instituto Bacteriológico”.

La larga historia de avances tecnológicos y médicos en vacunas llegaría a su fin con el retorno a la democracia. A partir de 1970, se dejaron de introducir nuevas vacunas al stock

nacional y, más tarde, la Constitución de 1980 relegaría al Estado a un rol subsidiario que, según la investigación de Ibarra y Parada, provocó “un desplome en la fabricación estatal de medicamentos”. Se siguieron fabricando vacunas, pero no hubo inversión en tecnologías, equipamiento e innovación, lo que condenó la producción casi a la obsolescencia. El área de producción del ISP fue cerrada en 2002, aunque quedó stock que se siguió envasando hasta 2004. Así, un año más tarde, se terminaría la larga historia de avances científicos y desarrollo tecnológico que había comenzado casi dos siglos atrás.

A juicio de Flavio Salazar, vicedirector de Investigación y Desarrollo de la Universidad de Chile y director alterno del Instituto Milenio de Inmunología, los gobiernos de la época dejaron morir al sistema de producción de vacunas. En el programa radial *Palabra Pública*, el profesor aseguró que “la decisión de contar con una renovación y modernizar todo el sistema se debería haber tomado antes. Se pensó que ese era un tema que podían resolver los laboratorios internacionales y que Chile no era competitivo, con una visión absolutamente de mercado que hoy estamos pagando”.

## Una demanda astronómica

Desde la década del 2000, el stock de vacunas en Chile se ha basado en importaciones de laboratorios extranjeros. Una historia que podría haber continuado sin demasiados sobresaltos si no hubiese sido por la pandemia del SARS-Cov-2 a fines de 2019 y el posterior desarrollo de vacunas como principal tratamiento preventivo.

El acceso y distribución de las vacunas ha sido uno de los principales desafíos a nivel mundial en la lucha contra el virus. Los países de mayores recursos han acaparado grandes cantidades, lo que se ha traducido en una desigualdad abismal en las tasas de inoculación: 79% de las vacunas han sido usadas en países de ingresos altos y medio-altos, mientras que solo un

0.5% de las dosis ha llegado a naciones de menores ingresos, de acuerdo a cifras de la Universidad de Oxford.

Para el Dr. Olivier Wouters, académico de la Escuela de Política Sanitaria de la London School of Economics and Political Science, el principal problema es cómo ampliar la producción de vacunas para poder satisfacer la constante demanda internacional. Una solución, dice, sería incentivar la producción nacional de vacunas en países que hasta ahora no contaban con industria propia. “Probablemente es muy tarde para esta pandemia, pero van a haber nuevas pandemias en el futuro”, reflexiona. “Y deberíamos tomar cartas en el asunto antes de que eso pase, o incluso si descubrimos que el covid-19 es algo que llegó para quedarse y que tenemos que vivir con el virus”.

En este contexto, diversos países que hasta ahora habían dependido de importaciones han decidido ingresar a la producción de vacunas, ya sea de manera independiente o de la mano de empresas extranjeras. Argentina, por ejemplo, produce en sus laboratorios el principio activo de la vacuna Oxford-AstraZeneca, el que luego es enviado a México para ser envasado y distribuido como vacuna. A esto se suma el anuncio, en febrero de este año, del laboratorio privado argentino Richmond, que firmó un acuerdo con el Fondo Ruso de Inversión Directa (RDIF) para producir en el país la vacuna Sputnik V.

Sin embargo, Wouters también llama a la cautela. “Esto es especulación, pero no parece económicamente eficiente tener a 190 países produciendo vacunas. Los precios podrían subir, ya que las producciones en algunos lugares pueden resultar más caras que las importaciones. También hay que tener en cuenta que la situación actual es única. No siempre existe una demanda constante y urgente de vacunas a nivel mundial”, advierte. Una opción por explorar, a su juicio, sería desarrollar instancias de cooperación internacional a través de organismos multilaterales que permitan aunar

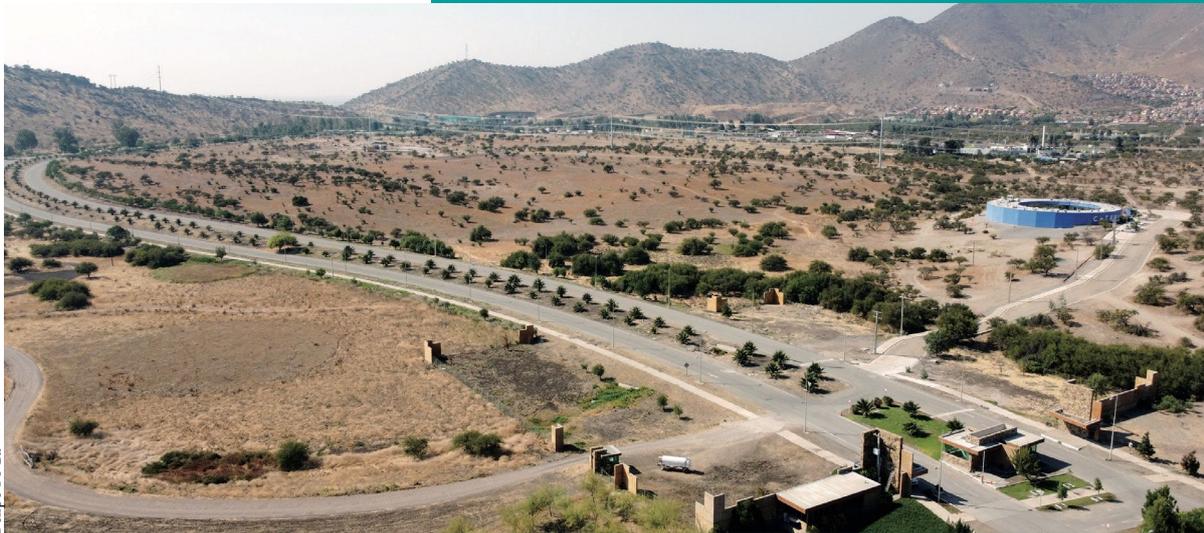
esfuerzos de países que tal vez individualmente no lograrían desarrollar sistemas de producción propios.

## Nuevas vacunas para Chile

A pesar de que la pandemia ha sido el escenario perfecto para ejemplificar la necesidad de contar con una producción nacional de vacunas, los intentos por retomar esta tradición en Chile datan de antes de la llegada del covid-19. Según Flavio Salazar, cerca de 2015 se le presentó a la Corfo un proyecto para recuperar la capacidad de producción de vacunas, que tenía por sede tentativa los terrenos de la Universidad de Chile en Laguna Carén. Si bien la idea no prosperó en su momento, seis años más tarde ya está en camino a convertirse en realidad.

El 9 de septiembre, la universidad, en alianza con la farmacéutica italiana Reithera, anunció la construcción del Centro de Biotecnología y Producción de Vacunas en el Parque Carén, hito que culmina con años de esfuerzo, negociaciones y estudios. Este nuevo espacio tendrá una superficie de 7 mil metros cuadrados y constará de una planta multipropósito con capacidad para producir 100 millones de dosis anuales de hasta cinco productos biofarmacéuticos distintos. El primero será una vacuna contra el covid-19 elaborada con la fórmula de Reithera, que se encuentra en Fase II de investigación en Europa y que ha demostrado una respuesta inmune en el 99% de las personas inoculadas.

“La primera meta será satisfacer la demanda por vacunas de covid-19 a nivel nacional e incluso regional, pero el proyecto no se agota ahí: el plan también implica, a más largo plazo, dar la posibilidad a otras universidades del país de escalar sus investigaciones a fases clínicas, que es el paso donde la mayor parte de los proyectos se estancan por no existir infraestructura adecuada para continuar con los experimentos. Queremos convertirnos en un apoyo para las instituciones de educación superior, donde puedan



**Arriba:** Terrenos de Laguna Carén, en Pudahuel. Allí, en el Parque Carén de la Universidad de Chile, se ubicará el Centro de Biotecnología y Producción de Vacunas. **Derecha:** El rector Vivaldi visita la planta productora de vacunas de ReiThera, en Roma.

encontrar el espacio y herramientas para hacer lotes clínicos y producción industrial de sus investigaciones”, explica el rector de la Universidad de Chile, Ennio Vivaldi.

Para poder ofrecer ese apoyo a otras universidades es necesario desarrollar conocimientos y tecnologías que Chile no tiene en estos momentos, los mismos que se perdieron tras el cierre de la producción de vacunas en el ISP. Y esa es otra de las piedras angulares de la iniciativa, ya que la U. de Chile no será solo un centro de distribución o venta de los productos, sino que se espera una completa colaboración con la farmacéutica italiana en todas las etapas del proceso, desde el desarrollo de ideas hasta la producción.

La alianza con ReiThera marca una diferencia con la institucionalidad original de producción de vacunas en Chile, ya que el proyecto se erige sobre una alianza público-privada —el laboratorio italiano era una compañía privada, pero durante la pandemia el Estado italiano compró un 27% de sus acciones—. Para



## TECNOLOGÍA DE FRONTERA PARA CHILE

Tras su regreso de Italia, Ennio Vivaldi dio más detalles sobre el proyecto del Centro de Biotecnología y Producción de Vacunas: “(Esta iniciativa) instalará a nuestro país en una condición distinta frente a amenazas como la del covid-19 y otras que pueden venir; además de otorgarle un carácter de interlocutor a nivel mundial, ubicándolo en las cadenas globales de producción. Al mismo tiempo, se trata de una industria avanzada que no solo genera más empleo y diversidad, sino que crea trabajos de alta calidad y desarrolla una tecnología de frontera. Queremos crear una infraestructura de investigación y producción en el área de biotecnología, que será clave no solo en temas de vacunas, sino en muchas nuevas herramientas terapéuticas, pues la farmacoterapia del futuro utilizará progresivamente más fármacos de origen biológico que químico. Este proyecto mira al futuro convocando a las otras universidades, a las otras entidades estatales, a la empresa chilena y a organismos y empresas extranjeras. Para nosotros es también un ejemplo insuperable de lo que queremos que sea nuestro Parque Carén”.

Al mismo tiempo, Vivaldi sostiene que el proyecto también abre una discusión largamente postergada en el país: “En este tema hay una dicotomía de base: ¿debe un país como Chile invertir sustantivamente en desarrollar su ciencia y tecnología? En cualquier caso, me alegro que esta cuestión aparezca por primera vez en forma abierta, explícita. Esto permite aquel debate que se elude cuando se dice que hay otras prioridades, pero que ‘apenas podamos invertiremos en ciencia y tecnología’. Desde luego, el razonamiento es muy primario y se basa en una mal entendida división del trabajo. Lo que nosotros queremos demostrar desde nuestra universidad es que resulta fundamental impulsar la investigación científica”.

“La gran lección que esta pandemia nos deja es que debemos realzar el sistema público de salud, de la atención primaria estructurada, de la investigación científica y del desarrollo tecnológico”, dijo el rector Vivaldi sobre la alianza con el laboratorio ReiThera.

el rector Vivaldi, esto representa un nuevo modelo de funcionamiento para la ciencia en Chile, “donde tanto el Estado como la empresa invertirán en una infraestructura que impulsará el desarrollo del país, contando a la vez con el apoyo de asociados internacionales que permitan hacer transferencia de conocimientos”, explica. Precisamente, para poder afianzar las relaciones con los nuevos socios, a fines de septiembre una comitiva de académicos acompañó al rector a Italia para conocer la planta productora de vacunas con sede en Roma, cuya estructura es similar a la que tendrá el centro de la Universidad de Chile.

Esta no ha sido la única iniciativa anunciada en Chile. En agosto, el laboratorio chino Sinovac, en alianza con la Pontificia Universidad Católica (PUC) y la Universidad de Antofagasta, anunció que instalará una planta de manufactura de vacunas en Santiago y un centro de I+D en Antofagasta. La diferencia con el proyecto de la Casa de Bello es que en la planta de Sinovac se llenarán y terminarán las vacunas; el resto del proceso se continuará realizando en otros países. Para Salazar, la iniciativa de Sinovac no es contradictoria con la de la U. de Chile, pero no es suficiente. “En el fondo, esto igual nos va a hacer depender internacionalmente de otros. Pero sí nos ayuda, nos pone en el mapa, fomenta la investigación y el desarrollo. Nuestro proyecto, que también incluye a la PUC y a otras instituciones, va más profundo, va a intentar recuperar las capacidades del país en el diseño y producción; en todo el espectro que se necesita para generar vacunas”, declaró en el programa *Palabra Pública*.

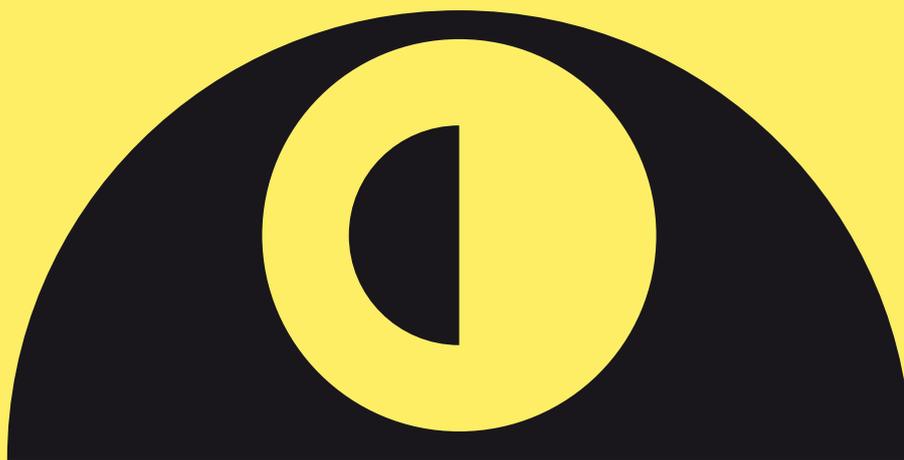
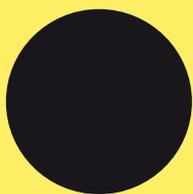
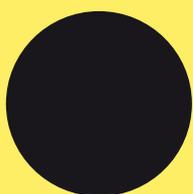
Aparte de los avances tecnológicos y las posibilidades científicas que este hito representa, para Cecilia Ibarra hay un tema de fondo que tiene que ver con la responsabilidad estatal en temas de salud pública. “El Estado tiene un rol en la seguridad de la población y en mantener una soberanía sanitaria. Es un asunto estratégico: nuestro país depende totalmente de las importaciones de medicamentos, lo que a su vez depende de la disponibilidad del mercado. Esta situación no solo va en desmedro de la seguridad de la población, sino que limita las posibilidades de desarrollar estrategias de atención en situaciones críticas y en problemas de salud pública”, advierte.

El rector Vivaldi tiene la misma opinión, razón por la que ha impulsado con fuerza el proyecto en Laguna Carén y se ha opuesto a las voces críticas a la inversión científica, las que apuntan a que Chile debería financiar solo las áreas que ya ha desarrollado, como la minería y el sector agropecuario. “Lo que nosotros queremos demostrar desde nuestra universidad es que resulta fundamental impulsar la investigación científica. A pesar de que, por esta vez, resultaron bien las gestiones para obtener vacunas —un mérito del gobierno—, es excesivamente arriesgado dar por descontado que será siempre así”, afirma. “La gran lección que esta pandemia nos deja es que debemos realzar el sistema público de salud, de la atención primaria estructurada, de la investigación científica y del desarrollo tecnológico. Nos parece clave que los chilenos entendamos que cuando hay emergencias, el mercado se copa, por lo que debemos tener capacidades flexibles que nos permitan reaccionar con rapidez. Eso, no hay dinero con qué pagarlo”.

Casi dos décadas después del cese de funciones de los laboratorios de vacunas del ISP, Chile se apronta a retomar la producción e investigación interrumpidas. Se estima que el nuevo centro podría estar operativo nueve meses después de conseguir los permisos correspondientes de parte de las autoridades, comenzando así un nuevo capítulo en esta larga historia que comenzó en el siglo XIX. ☐

# PALABRA CRÍTICA

LIBROS - Plaza de la Dignidad, de Carmen Berenguer -  
Chicas en tiempos suspendidos, de Tamara Kamenzain -  
Mona, de Pola Oloixarac · ARTE - "Políticas del espacio", en  
M100 · CINE - Sergio Larrain: El instante eterno, de Sebastián  
Moreno - Blanco en blanco, de Théo Court · TEATRO -  
Paren la música, de Nona Fernández y Alejandro Sieveking



Plaza de la Dignidad, de Carmen Berenguer

# Épica y resistencia popular

POR PATRICIA ESPINOSA H.



La literatura chilena directamente ligada a la revuelta social ha sido escasa; la mayor parte de nuestros escritores se encuentran, cual estatua de Rodin, en modo pensar. Mientras las calles se llenaron de colores, cantos y bailes, la literatura guardó silencio. Este silencio literario puede entenderse por una distinción, que resurge con fuerza durante la década del 90, entre literatura e historia. La autonomía de la literatura se eleva como un dogma indestructible, imponiendo una visión evasivista y una concepción de literatura no contaminada de realidad, ajena a las crisis políticas del país. Esta mirada ha llevado a la profusión de escrituras del yo, ficciones orientadas a narrar la vida diaria, común, desasida de contexto y, por sobre todo, de una postura crítica respecto de las crisis sociales. Contamos, de tal manera, con un restringido corpus literario donde se advierta la representación de la realidad social contingente.

En medio de este panorama, se publica *Plaza de la Dignidad* (Mago Editores), de Carmen Berenguer. Un texto al que la editorial incluye dentro de su colección de poesía; sin embargo, desde mi visión, es posible de catalogar como postpoesía por su carácter híbrido, ya que conviven la poesía, la crónica y el testimonio. Berenguer, poeta de extensa y brillante trayectoria, nos enfrenta a una propuesta literaria de potencia superior. Me refiero con esto al planteamiento de una estética de la resistencia donde confluyen la rabia, la utopía y la dignidad.

**El lugar:** Sin cortes estróficos, puntos seguidos ni apartes se despliega esta suerte de *work in progress*, en el que la hablante/narradora asume la voz individual — de escritora — pero también del colectivo. Berenguer elabora la historia de una rebelión a la cual da como fecha de inicio el 18 de octubre de 2019 en un lugar específico: “Plaza de la Dignidad”, y una razón particular: el sublevamiento a la “dictadura mesiánica del capital” (30). La autora observa el acontecer desde la ventana de su hogar, situado frente a Plaza Dignidad,

pero también su voz se ubica en el afuera, en el espacio público, como una más de las manifestantes que muestran su descontento.

**La escritura:** “Sentidos del oficio” es el texto donde Berenguer plantea su poética: “Esa sentida estadía de sentir este oficio de escribir/ Sin planificación ni estructura más rota la conciencia/ Siempre se enciende la ruptura con el logos/ Por el que escapan las palabras y los sentidos parpadean/ Sustrayendo despejando dejándolas solas refulgentes/ transparentes un signo perla/ Y por qué si las estructuras se están cayendo a pedazos y los oficios/ Los sentidos de la permanencia han caído y rodado en este comienzo/ tantear sobre los pasos rotos como las habichuelas ruedan plastificadas/ nobles del ayer de un día que fue como fui si todo era superficie/ por ello repetir el camino es errar en la noche sagrada y que bien dejaron/ los guijarros en el andar dispersos en la calzada se sienten los gritos corren/ palabras pliegues cantos” (19). “Estadía” denomina la autora a su proceso de escritura, situándose en un oficio, un hacer, que transgrede el logocentrismo, sin mediaciones entre el pensar, sentir, hacer, luchar y escribir. Este punto me parece clave en el volumen, ya que representa la modalidad elegida por la autora para abordar el momento histórico en que se encuentra. Es tal el peso de los acontecimientos, que ha caído lo permanente, como señala Berenguer, lo cual implica el derrumbe de la estructura social, pero también de lo literario. Frente a esto, la desestructuración. Así, la escritura emerge como una práctica móvil, pero con un eje, que acude una y otra vez a la revuelta y las confrontaciones entre policías y manifestantes.

**La victoria:** La voz asume el triunfalismo del colectivo y dice: “Hoy es domingo Diciembre a 53 días del estallido social en el Chile neoliberal/ En Plaza de la Dignidad preñada de buenos augurios/ Derrotamos el sistema quedan los momentos del final son golpes/ las máscaras del sistema están en el barranco solo propinan palos de ciego/ Son ellos los que a golpes siniestros en

sus fábricas de exterminio/ no pelean cuerpo a cuerpo tiran sus pestilentes armas al aire a los ojos/ el tirano solitario guarda sus millones en arcas extranjeras/ Y donde arranque será perseguido por haber estrujado un pueblo/ No habrá refugio en este mundo tendrá que pagar con cárcel sus fechorías” (ibíd.). Esta irrupción de lo utópico, de un futuro con justicia y castigo, se establece como devenir natural de la resistencia y deseo de cambio. Berenguer sabe de utopías clausuradas, pero las levanta nuevamente y les sacude el polvo de una historia de fracasos y traiciones.

**El género:** Dos interrogantes respecto al género surgen en esta escritura: “si hubo o hay diferencia de género en los castigos” (41), “¿Y si los golpes tienen sexo?” (ibíd.), aludiendo con ello al ensayo de la teórica Nelly Richard “¿Tiene sexo la escritura?”. La autora plantea una gran pregunta sobre la distinción género/sexo y la violencia en un contexto dictatorial y postdictatorial. Ambas temporalidades, regidas por el orden patriarcal, son asumidas por Berenguer a partir de un enfoque de género binario. Esto implicaría que si bien el sexo es una condición biológica, la tortura, el crimen, son ejercidos a partir del género. Berenguer se aleja de la interrogante literaria sobre la escritura y se instala en el terreno de los cuerpos de mujeres. Este desplazamiento tiene implicancias enormes en la propuesta estética de este libro. La autora subordina la reflexión teórica a la preocupación por la materialidad de los cuerpos y los modos de destrucción que ejerce el poder. Y, lo más importante, sospecha que las violencias son generizadas, entregándonos la tarea de desentrañar sus interrogantes.

**El barrioco:** El tenor testimonial del volumen lo convierte en una pieza literaria irremplazable, un documento cultural escrito al interior de la revuelta y postrevuelta. “Lo viví” (73), señala la escritora en el poema de cierre, reforzando con ello la condición no ficcional de su itinerario. Así, luego dice: “las llamas rodearon mi plaza/ se llama Dignidad!”. Para luego agregar: “Mi plaza está viva y colorea/ es la guernica sudaca del sur/ Es el bronx en la acera sur del continente/ Es mi barrioco donde escribo/ El día que dejaron ciego a un joven luchador en esta plaza” (ibíd.). El posesivo, “mi plaza” y “mi barrioco”, permite comprender que el territorio es parte de la existencia de la voz lírica. Su barrioco, término acuñado por la autora, unifica barrio con barro y barroco, tres vectores basales de su estética del desborde, del exceso ciudadano, callejero, ligado al territorio y a la diversidad de géneros y formatos literarios. En el barrioco escribe, vive y lucha la voz lírica/narrativa. Estas conjunciones se deben al carácter transficcional liminar que cruza el texto. Con tales términos me refiero a una escritura donde se concitan, a lo menos, dos géneros literarios (narrativa y poesía) donde se rompen los límites entre ficción y no ficción, voz autoral y voz textual, y donde la representación de lo real concita pasado y presente.

**La rabia:** Una escritura rabiosa es esta de Carmen Berenguer, que se constituye en una herramienta poderosa contra la opresión individual y colectiva. Ni la autora ni su voz textual son entidades neutras en este volumen. Hay un carácter, un temperamento que no se cobija en el circunloquio, la elipsis; es más, identifica el silenciamiento como una más de las prácticas represoras.

**Dignidad:** La primera vez que leí una pancarta callejera que decía “Hasta que la dignidad se haga costumbre”, pensé en la grandiosidad de la palabra y del triste olvido en que había caído en nuestro pueblo. Berenguer recupera la fuerza rabiosa de hacer parte de nuestras vidas la decencia, la honra, confiscadas por un sistema corrupto. Pienso entonces en Audre Lorde cuando dice: “Toda mujer posee un nutrido arsenal de ira potencialmente útil en la lucha contra la opresión, personal e institucional, que está en la raíz de esa ira. Bien canalizada, la ira puede convertirse en una poderosa fuente de energía al servicio del progreso y del cambio”. Tal como Lorde, Berenguer despliega una ira benéfica en su testimonio, emitido desde un cuerpo, su cuerpo, agotado, adolorido. Sin embargo, lo más sorprendente es que, pese a la incertidumbre, emerge una y otra vez el deseo de sobrevivencia.

**Carmen Berenguer:** ha escrito un libro imperecedero, visceral, caliente, rabioso y tremendamente personal, que nos permite acceder a su historia de luchadora, de escritora comprometida —sí, comprometida, expresión que nunca pasará de moda— y a su mirada privilegiada sobre aquellos días intensos, terribles, con pérdidas de vidas que, espero, no hayan sido en vano. ☐



*Plaza de la Dignidad*  
Carmen Berenguer  
Mago Editores,  
2020  
80 páginas

PATRICIA ESPINOSA  
Crítica literaria y  
académica del Instituto de  
Estética de la Universidad  
Católica de Chile.

# Tamara, suspendida

...entre el dolor y la alegría  
de estar viva  
escribir poesía para mí  
es dar y recibir una promesa  
de supervivencia  
hay corte de verso pero también hay  
un verso que se encabalga con otro  
si van de la mano ¿cuentan algo?  
no sé pero te aseguro  
que con toda el alma quieren seguir contando...

*La novela de la poesía* (2012)

POR LORENA AMARO



Construir una literatura tal vez sea transitar de modos muy diversos los mismos caminos. Haciendo figuras, de cabeza o dando volteretas en el aire, algunas palabras, algunas obsesiones y ritmos se repiten como un mantra, y en eso consiste la exploración. *Chicas en tiempos suspendidos* (Eterna Cadencia), de Tamara Kamenszain —el último libro que alcanzó a publicar antes de que un cáncer fulminante se la llevara en julio pasado— revela esta experiencia obsesiva. Si antes sus

temas fueron la generación literaria —sus contemporáneos fueron Lamborghini, Perlongher, Libertella, Carrera, Fogwill, Aira—, la familia, las genealogías que trenzan el judaísmo y el cristianismo y también las tradiciones literarias, en este poemario/ensayo/breve relato de un encargo (excentricidad que la editorial cataloga de “novela”), aquí son “las chicas”, autoras del pasado y del presente, las que se encuentran en torno a la práctica poética, el biografismo, los estragos amorosos y la sombra de un sujeto institucional, poderoso y, en cierto punto, siniestro: el “vate”.

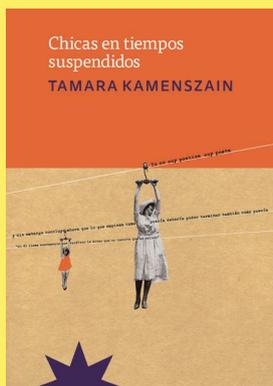
La obra de Tamara Kamenszain quedó interrumpida el 28 de julio de 2021: una escansión

del verso de la vida que, como la poesía, se ve interrumpida “a golpe de cortes”, como decía ella en uno de sus últimos ensayos (*Libros chiquitos*, Ampersand, 2020) y también, quizás sí con un presentimiento, en el verso 21 de *Chicas...*: “¿Y la enfermedad? / ¿Y la muerte? / De estos asuntos ya hablé en otros libros / y no me queda nada más para decir. / Porque en

este caso no hay duda / de que lo que empezó como poesía / está terminando como una de esas novelas / donde ni el lamento tanguero / ni el lamento judío / ni el otro lamento con el que suelo tapizar / el diván de mi analista / alcanzan para que el ritmo / el rezo / el verso / la escansión / o como quieran llamar / a ese golpe que corta la prosa / en pedacitos / se interponga entre la realidad y lo que sí o sí / merece quedar suspendido / sin pronóstico / sin metáforas / pero sobre todo / sin miedo.

No es solo en estos versos: la muerte es el bloque de lo real (aquello que “es lo que hay y punto”) que marca todo *Chicas...*, escrito, como Kamenszain misma subraya, “entre marzo y diciembre de 2020”, bajo pandemia. Explica que es una escritura que surge de un encargo, el de escribir un capítulo para la *Historia Feminista de la Literatura Argentina* (HFLA, proyecto que ya cuenta con un primer volumen publicado), un texto sobre las poetas del siglo XXI. Ella decide: “Voy a escribir qué pasa con el amor / en lo que escriben esas chicas de hoy / me propuse entusiasmada”. La palabra amor, sin embargo, conecta esta poesía con la que escribieron, un siglo antes, las “poetisas” que, como Storni, lidiaron con un tiempo de “los vates” que las tildaron de chillonas, cuando “La palabra femicidio / no la teníamos / la palabra muso / no la teníamos / la palabra vata / no la queremos. / Pero la palabra poetisa sí / aunque nos avergonzaba”. ¿Cómo nombrarse? ¿Cómo construir esas autorías de mujeres?

No está demás, a estas alturas del siglo XXI y a pesar de que la excepcionalidad es una trampa, recordar que ella y Coral Bracho fueron las dos únicas mujeres presentes el famoso *Medusario. Muestra de poesía latinoamericana* (1996), que reunía obras de filiación barroca (o neobarroca). En su caso, poemas de los libros *Los no* (1977), *La casa grande* (1986), *Vida de living* (1991) —título que Leticia Frenkel, su nuera, escoge para recordar, bellísimamente, lo que



*Chicas en tiempos suspendidos*  
Tamara Kamenszain  
Eterna Cadencia, 2021  
88 páginas

fue su vida compartida—, libros de trama y palabra herméticos que, con los años, irían cediendo paso a una estética más asequible y narrativa. Y cambiaron, también, otras percepciones. Así lo explica en el ensayo que publicó en la *HFLA*: “Para las que empezamos a publicar en los setenta, que nos llamaran ‘poetisas’ significaba una ofensa”. Explica que ella y sus contemporáneas se decantaban porque las llamaran como a “ellos”, por el apellido: “Rosenberg, Moreno, Bellesi, Gruss” (*Chicas...*). “Yo no soy poetisa soy poeta / me dije una y mil veces a mí misma”. ¿Pero y “ellas”? Esas otras llamadas Alfonsina, tan “chillonas” para vates como Borges o como Neruda, que prefería a las mujeres silenciosas. ¿Y las uruguayas?: “Juana, Idea, Circe, Amanda” (*Chicas...*). Kamenzain ejerce aquí su propia autocrítica, en que trastabillan las convicciones de juventud para *reconocer* el legado de esas escritoras: “porque las poetisas con nombre son / jóvenes viejas que si las leemos a nuevo / nos guiñarán el ojo más actual / para que la poesía de amor / renazca como renace”.

Cinco son las secciones de este poema-ensayo de impensada despedida: “Poetisas”, “Abuelas”, “Chicas”, “Antivates”, “Fin de la historia”. Se hace poco el libro para poder seguir sintiendo algunos de sus estribillos: “y sin embargo sin embargo” o “lo que empezó como poesía / tuvo que terminar como novela” (con variantes que se repiten obstinadas a lo largo del texto, esas “alarmas auditivas” de las que ella también escribió). ¿Puede la poesía terminar como poesía? ¿O siempre la poesía arrastra una novela, o en el caso de Tamara Kamenzain lo que ella misma llama “un novelón”? ¿Puede la poesía cobijar a la novela o es al revés? Kamenzain practica la poesía crítica incluso cuando escribe un aparente ensayo, *El libro de Tamar* (2018), donde también sabe descubrir (aunque no en versos, sino en prosa) los impensados vericuetos del amor y la palabra.

En *Chicas...* hay un protagonismo plural, casi coral: las poetisas modernistas, las abuelas como ella misma o las de Plaza de Mayo, en espera de sus nietos, aquellos poetas en que quiere ver la figura inversa del “vate”, los antivates, grupo en el que cuenta, por ejemplo, a un Enrique Lihn agonizante. Se repite la figura de la escritura por encargo, a la que ya le da una vuelta en *Libros chiquitos*, donde también convoca al pasado y especula que “parece haber siempre una cadena de libros que impulsan la escritura de otros (...) y parece ser que leer es así de dinámico cuando lo que provoca es un entramado de escrituras”. Por eso la suya es una poesía crítica, que se entreteje siempre en la palabra de otros. Así lo hace, por ejemplo, en uno de sus poemarios más bellos, *El eco de mi madre*, donde relee los textos de Olga Orozco, Diamela Eltit, Coral Bracho, Sylvia Molloy y otras que han escrito sobre “estas rehenes del Alzheimer”, las madres, las

amigas, las otras que se han sumergido en la desmemoria: “No puedo narrar / ¿Qué pretérito me serviría / si mi madre ya no me teje más?”.

¿Puede haber una relación más honda con el lenguaje y la belleza que la que tuvo Tamara Kamenzain en su vida? Quizás le hubiese gustado que se hablara aquí de Barthes: “Barthes ya intuía eso que llamó / la nebulosa biográfica / volver a poner en la producción intelectual / un poco de afectividad, nos dijo mientras confesaba / ‘Terminé prefiriendo a veces leer la vida de ciertos / autores más que sus obras’” (*Chicas...*). Barthes pensó bastante una biografemática, esto es, la articulación de huellas autoriales, sensoriales, activadas a partir de la lectura. Un roce intenso entre la vida de escritores y lectores, un encuentro de dos subjetividades en que la vida se dispersa en puñados de palabras, “... lejos de los tiempos de la cronología / suspendida en una galaxia discontinua” (*Chicas...*), que es donde la propia Kamenzain dialoga con esos tiempos otros de las poetisas, sus amores, sus vidas, para luego, desde este no tiempo, que es su muerte inesperada, abrupta, seguir hablándonos. Tamara Kamenzain excede todos los encargos que se le hacen y nos envía, como lo hizo antes con ella su amigo Enrique Lihn (cuya última carta llegó, providencialmente, varios años después de la muerte del poeta), un saludo anacrónico (y, en su caso, sobre los anacronismos de las poetisas, poetisas).

Dice Kamenzain en *Libros chiquitos* (2020), sobre el escritor argentino Enrique Molina, que leyéndolo entendió “que en esa zona que queda palpitando entre que me cuenten algo y que de golpe me lo dejen de contar se aloja la poesía. Se trata de una suspensión placentera que me atrapa con su ritmo”. Lo que describe tal vez sea como esa extraña sensación de quienes pueden sentir una caricia en un brazo amputado. El placer del fantasma, habría que llamarlo, y el fantasma de la belleza, habría que agregar, en el caso de Tamara. Si bien muchos no tuvimos la alegría de conocerla en vida, quiero llamarla así, con su nombre de pila, un nombre reconquistado por las poetisas/poetisas que tienen derecho a llamarse como les dé la gana, así, feliz y rabiosamente, contra los vates, en rigor de la poesía. No hay otra forma de expresar, creo, el duelo unánime de la literatura argentina, porque ha partido una de las más grandes y las palabras no alcanzan para describir su sustracción. La palabra de Tamara queda, aquí, suspendida. ☐

LORENA AMARO

Directora Instituto de Estética UC. Investigadora FONDECYT e investigadora Plataforma Interdisciplinaria Normalidad, Diferencia y Educación.

Mona, de Pola Oloixarac

# Feria de vanidades

POR LUCÍA STECHER



En medio de otros libros expuestos en distintas librerías, *Mona*, de la escritora argentina Pola Oloixarac, llama la atención por su portada y tamaño. Neón Ediciones reeditó esta novela en Chile en julio de 2021, apostando por un dibujo llamativo y un formato pequeño, amigable y bien cuidado. Publicada originalmente en 2019 por Random House, *Mona* comienza bastante bien. Con un ritmo narrativo ágil, configura desde sus primeras páginas lo que será el eje fundamental de su trama: la participación de la escritora peruana Mona en un evento organizado en Suecia denomi-

su primer libro. La inserción de la protagonista en Estados Unidos le permite a la novela iluminar la dimensión cómica —o derechamente ridícula— de las pretensiones de categorización identitaria de su sistema académico: “Las universidades compartían valores esenciales con los zoológicos clásicos, donde la diversidad marcaba su atracción y prestigio; en su rol de latina sobreeducada en plena administración Trump, Mona experimentaba su sereno cautiverio como una forma de libertad. A todos los doctorandos se les preguntaba, al ingresar, por su *ethnicity*: Mona había cliqueado, debajo de Hispánica, Indígena y debajo había tipeado Inca... todo el asunto le parecía una burocracia más o menos pintoresca, y la elección de subtipos raciales debajo de Hispánica era obligatoria” (19).

La novela, cuyo mundo configura un microcosmos poblado por escritores, intelectuales y agentes del sistema literario, es generosa en observaciones de este tipo, sobre todo cuando traslada su foco al resort sueco en el que están reunidos los y las nominadas al Premio Basske-Wortz. Ahí la vanidad, inseguridad, extravagancia, inadecuación y narcisismo de los distintos escritores es iluminada a veces de modo original, pero en otras ocasiones se hace abusando de los clichés.

*Mona* se articula en torno a dos líneas narrativas principales. La primera tiene que ver con la ya referida situación de encuentro de hombres y mujeres que, desde distintos lugares del mundo, acuden a Suecia a ver si resultan favorecidos con el importante galardón. A través de esta línea, la novela forma parte de lo que podríamos denominar “literatura de congresos”, emparentada con la más prolífica y antigua “literatura de campus”. Si bien se trata de subgéneros literarios que suelen armar sus tramas y ambientes a partir del recurso a situaciones reconocibles por quienes participan de estos mundos, en *Mona* los personajes y las situaciones en que se en-

*“Parece que la novela no quiso renunciar a tener una protagonista atractiva con una vida sexual libre y a la vez construir una situación supuestamente misteriosa que sin duda remite a un abuso y agresión sexual. Las referencias a los esfuerzos de Mona por evadir la situación —y a su abusador— recurriendo al alcohol resultan bastante superficiales y poco creíbles”.*

nado la “Meeting”, que congrega a los y las escritoras nominados al Premio Basske-Wortz, “el galardón literario más importante de Europa, y uno de los más prestigiosos del mundo” (13). La voz narrativa focalizada en Mona, la protagonista, la sigue desde que toma el avión en Estados Unidos para participar como autora invitada al encuentro.

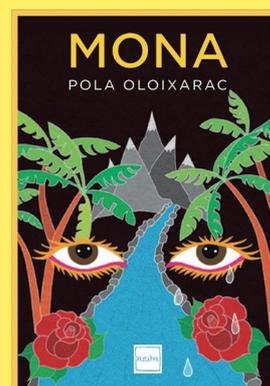
En las primeras páginas leemos que la joven es una escritora “latina” que, gracias al éxito obtenido por su novela debut, consigue un puesto como investigadora en la Universidad de Stanford. Mona tiene muy claro que en el sistema universitario estadounidense tiene un lugar preasignado en función de su origen y las expectativas generadas con

cuentran son extremadamente estereotipados. La escritora japonesa escribe poemas delicados y minimalistas y se conduce del mismo modo en su vida; el escritor colombiano es un latino seductor que para las europeas resulta irresistible; el árabe es encantador y comunica muy bien sus historias, y así sucesivamente. Más que de personajes, se trata de tipos, y la pregunta que surge es si la novela se ríe y cuestiona los estereotipos o más bien se sirve de ellos para generar situaciones que a veces logran ser divertidas, pero que en general son predecibles. Por otra parte, los diálogos entre estos personajes (o tipos) le permiten a la novela desplegar algunas reflexiones sobre temas contemporáneos interesantes: la pregunta siempre relevante sobre el lugar de las mujeres escritoras en el campo literario, la función de los premios y el reconocimiento en las trayectorias autorales, las posibilidades de comunicación y los desafíos de la traducción entre distintas lenguas. En esos diálogos hay momentos y reflexiones interesantes, pero que en general no logran integrarse bien a la trama.

La segunda línea narrativa del libro de Oloixarac es, a mi parecer, la menos lograda. Al principio de esta reseña, señalé que la novela parte con un ritmo ágil que resulta atractivo y que la protagonista llama la atención. Nos enteramos pronto que Mona nació en Perú —aunque las referencias a su país de origen y el vocabulario que proviene de él son aspectos muy débiles en el texto—, que es atractiva, se arregla mucho y busca constantemente el placer sexual. En lo que parece haber sido un esfuerzo por agregar una capa de misterio al libro, cada cierto número de páginas aparecen referencias a moretones en el cuerpo de la protagonista y al hecho de que el viaje a Suecia tiene también la forma de un escape. Incluso se alude a apariciones enigmáticas en el resort y se mencionan llamadas y mensajes que configuran un ambiente de peligro en torno a Mona. A medida que se avanza en la lectura, las alusiones a una escena de abuso y violencia son más explícitas, hasta que se revela que, justo antes de tomar el avión que la llevaría a Suecia, Mona fue agredida por un compañero de Stanford.

Resulta muy poco creíble —e incluso chocante— que después de una experiencia que le ha dejado huellas en el cuerpo y que intenta olvidar tomando alcohol y Valium, Mona esté permanentemente abierta a darse a sí misma placer sexual y a buscar encuentros con otros hombres. Se nos dice que ha olvidado lo que le pasó y, recién hacia el final, tiene un momento de lucidez en que recuerda todo. Pero su cuerpo tiene las marcas de los golpes y ella está siempre atenta al tiempo que demoran en desaparecer los moretones. Parece que la novela no quiso renunciar a tener una protagonista atractiva con una vida sexual libre y, a la vez, construir una situación supuestamente misteriosa que sin duda remite a un abuso y agresión sexual. Las referencias al dolor, a las dificultades para recordar, a los esfuerzos de Mona por evadir la situación —y a su abusador— recurriendo al alcohol resultan bastante superficiales. A esto se agrega, de forma también poco elaborada, el tema recurrente de la dificultad que enfrentan los y las escritoras para escribir una segunda novela cuando la primera ha sido un éxito. En suma, el personaje de Mona, hilo conductor de la novela, termina siendo tan esquemático como las categorías establecidas por el sistema clasificatorio de las universidades estadounidenses.

Con respecto a la línea narrativa centrada en la “Meeting”, hay aspectos de la “feria de vanidades” que ahí se congrega que tienen cierto atractivo. La tensión generada por la expectativa de quién recibirá el premio modula las relaciones entre los y las autoras y parece, a la vez, impulsarlos a convertirse cada vez más en personajes. La novela opta por un final apocalíptico que subraya la futilidad y banalidad de los egos reunidos en el encuentro sueco, pero a la larga resulta un pincelazo grueso y tosco para terminar con un texto que, como dije al principio, comienza bastante bien. ☐



**Mona**  
Pola Oloixarac  
Neón Ediciones,  
2021  
239 páginas

**LUCÍA STECHER**  
Académica del Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos (CECLA) y del Departamento de Literatura de la Universidad de Chile. Doctora en Literatura. Se ha especializado en la literatura latinoamericana y caribeña, la escritura de mujeres y la producción intelectual afrocaribeña.

“Políticas del espacio”, en el Centro Cultural Matucana 100

# El gremio de los pintores y las políticas del muro

POR DIEGO PARRA



**H**ay agoreros que cada cierto tiempo anuncian la muerte de la historia, de la política, de los libros en papel y de la pintura, esa práctica tan antigua y noble que, así como fallece, es constantemente revivida. ¿Por qué tanta obsesión con los signos vitales de la pintura? A ratos, al hablar de “pintura contemporánea reciente” pareceríamos estar escuchando una historia de *zombies* que vuelven para hacerse presentes entre nosotros. Nada está más lejos de la realidad que estos deseos de muerte y resurrección, en especial si contamos la cantidad de espacios, colecciones y galerías que mantienen regularmente exposiciones de pintores (aún con la proliferación de lenguajes como la instalación o la performance, la pintura sigue siendo la reina de los medios artísticos). En definitiva, a pesar de la desmaterialización de las obras, de la importancia de las instalaciones y las artes mediales, hay pintura para rato.

Actualmente, M100 expone “Políticas del espacio”, curada por el artista y crítico César Gabler, quien revisa la historia de la institución con las artes visuales en los últimos veinte años. Sin embargo, rápidamente se hace evidente que la exposición es, ante todo, un ejercicio gremial de pintores visibilizando pintores. De los veinte artistas involucrados, trece se consideran a sí mismos pintores (¿catorce si contamos al curador?) y el grueso de los trabajos operan bajo esta técnica. La escultura, instalación, gráfica, videoarte y performance son fenómenos lejanos y poco entendidos por la curaduría, que prefiere ceder muros a grandes telas elegantemente trabajadas por la mano aristocrática de los pintores.

Lo lógico habría sido pensar en una exposición histórica que revisara los hitos fundamentales en la trayectoria de M100. Algo donde encontrásemos obra reeditada y también documentación que ayudase a conocer la potente historia de este espacio, pero eso

habría involucrado investigación, cuestión que no estuvo en juego a la hora de organizar esta muestra tan arraigada en el presente y el gusto personal. Uno no puede dejar de preguntarse por la pertinencia de una curaduría de este estilo, tan arbitraria en su aproximación a la tarea encomendada por M100, y finalmente, tan comprometida con solo una forma de entender el arte contemporáneo.

En lo que respecta a las obras, el recorrido planteado no da cuenta de nudos problemáticos o alguna narrativa que facilite la visita del espectador. Al final, da igual por dónde entremos y circulemos, las obras más allá de su bidimensionalidad (predominante en la sala) no parecen exigir demasiadas lecturas ni proponen nexos entre ellas (quizá el caso de Cristóbal Palma y Jorge Gronemeyer sea de las pocas conexiones evidentes, ya que ambos son fotógrafos). Un gesto travieso es el de situar en la entrada el muro escultórico de jabones Poppe de Daniela Rivera, una instalación que vendría a ilustrar el chiste de Barnett Newman: “Escultura es aquello con lo que tropiezas cuando retrocedes para mirar un cuadro”, ya que literalmente es un muro que obstruye el paso al ingresar al espacio.

Al ser esta fundamentalmente una exposición de pinturas, no deja de impresionar el virtuosismo de muchos de sus exponentes: Alejandra Wolff, Pablo Ferrer, Natalia Babarovic, Alejandro Quiroga, entre otros; la mayoría anclados en grandes telas que se ofrecen como golosinas para el espectador, quien puede dedicar mucho tiempo a las pinceladas y veladuras. Sin embargo, a ratos parece que los equilibrios propios de una exposición colectiva e histórica se ven desbalanceados de manera peligrosa: tres telas de Babarovic, varias de Wolff, dos de Ferrer, Quiroga, Herrera, Zamora, Cárdenas y Gumucio, nos dejan poco espacio para incluir a otros artistas fuera de la hegemonía de las escuelas de arte tra-



### Políticas del espacio

Curada por César Gabler  
Hasta el 17 de octubre, en Centro Cultural Matucana 100

dicionales y su respectiva narrativa, que protagoniza la historia del arte local. Y es que por “renovada” que sea la pintura, sigue ejerciendo un dominio preferente en la cultura artística y también en la sociedad, siendo casi siempre los pintores los más amigos de galeristas, dealers y coleccionistas. El gremio de los pintores seguramente mira con orgullo tal despliegue en un lugar como M100, donde las condiciones para contemplar una pintura se hacen cómodas por la extensión del espacio (sumado a que no hay esculturas con las que tropezarse).

Si bien es odioso echarle en cara a los curadores sus faltas, en el caso de exposiciones institucionales no se puede evitar hacer presente las ausencias que, por obvias, se hacen aún más visibles que las obras que quedaron dentro. Mi comentario aquí tiene que ver, además, con reconocer el calado histórico que muchas iniciativas de M100 han tenido en el circuito local, y que ante la falta de investigaciones (y curadurías críticas) han pasado al olvido. Al saber de esta exposición pensé que recuperarían el proyecto “Rúbrica” (2003), de Gonzalo Díaz, donde el artista convirtió al espacio mismo en protagonista de la obra al inundar todo de un insoportable rojo. También pensé en “Taller por taller, el lugar de la historia”, de Gracia Barrios y José Balmes (2002), donde toda la galería pasó a ser el taller de los pintores, vinculando así lo expositivo con la instancia de la producción misma de sus obras: casa, taller y galería fueron uno, y el espectador se ubicaba como un mirón o un espía. En 2006, Lotty Rosenfeld presentó “Cuenta regresiva”, donde trabajó con Diamela Eltit una obra que mezcló el video, el teatro y la propia obra precedente de la artista; una exposición que cruzó medios y disciplinas de modos inusitados y que aprovechó también las dimensiones del espacio. También me acordé de “Transformer” (2005), la colectiva curada por Mario Navarro, donde se trabajó bajo el problema

de la transición democrática y sus demonios (un año antes de la Revolución Pingüina, que abrió el proceso político que tiene su punto más álgido en la Revuelta de octubre). Para cerrar esta lista de omisiones, podemos citar los ejercicios curatoriales dirigidos por Gonzalo Pedraza: “Colección de Imágenes” (2011), “Colección Televisiva” (2012) y “Colección Vecinal” (2013); que más allá de los problemas de agencia que instalaron en torno a la autoridad del curador y la falta de artistas, suponen hitos en la historia local de las exposiciones y de la crítica institucional.

“Políticas del espacio” es insuficiente como ejercicio de revisión histórica, no alcanza siquiera a plantear una identidad clara para el lugar que la alberga, ofreciéndonos en cambio un pequeño capricho de curador-pintor que elude todas aquellas obras emblemáticas que han trabajado con el espacio. El texto curatorial parte con una pretenciosa cita a Gaston Bachelard, que al ingresar se hace tan ausente como irrelevante, puesto que Gabler no sostiene lectura alguna que justifique semejante selección. Quizá lo que mejor se distinga sea un claro ánimo antiteórico, que refleja una incapacidad de discernir que todo aparato teórico en una exposición debe funcionar como *mediación* y no *imposición hermenéutica* (error propio de quienes leen la teoría como ataque y no prolongación del arte). Lo que más preocupa es que M100 haya optado por semejante modo de afrontar su historia, puesto que desdibuja el trabajo realizado y oscurece su propio pasado, negándole a los espectadores y al circuito un relato donde reconocerse y proyectarse en el futuro. ☐

#### DIEGO PARRA DONOSO

Crítico e historiador del arte con estudios en edición. Docente de Historia del Arte en la Universidad de Chile. Escribe regularmente en medios especializados, donde trabaja el vínculo entre arte y política. Durante 2017 formó parte del equipo del proyecto de investigación *Arte y Política 2005-2015*, dirigido por Nelly Richard.

Sergio Larraín: *El instante eterno*, de Sebastián Moreno

# Fugitiva ambigüedad

POR IVÁN PINTO



El retrato biográfico —referido a relatos que abordan la experiencia vivida de un personaje real— es un género históricamente estable en el panorama del documental. Dos de sus formas más actuales son la de rescatar figuras invisibilizadas por la historia o la de presentar aristas desconocidas de nombres célebres (como buenos ejemplos, véase: *Allende, mi abuelo Allende* [2015] o *Be Natural: The Untold Story of Alice Guy-Blaché* [2018]). El documental *Sergio Larraín: El instante eterno* estaría dentro del segundo grupo, abordando la biografía y obra del fotógrafo, quien, a pesar de ser reconocido internacionalmente, podría decirse que en Chile sigue siendo a gran escala un misterio. Lo digo muy a propósito de un proceso lento de reapropiación narrativa que, en términos locales, se refleja este año en la publicación de dos libros, así como la versión extendida de esta película en una serie de televisión.

*El instante eterno*, como decíamos, se mete de lleno en la vida y obra de Larraín. El documental se estructura en tres partes: en la primera, asistimos a la reconstrucción de un Sergio Larraín inquieto que descubre en la fotografía un modo de expresión plástica, pero también espiritual. Vemos aquí el descubrimiento del fotógrafo que representa desde los mundos precarios de la marginalidad a la dimensión alegórica del paisaje. Un segundo momento abordado en el documental son los años de fama, con su inserción en el mundo de la revista *Life* y la agencia Magnum. Observamos aquí la destreza no solo fotográfica, sino reporteril, logrando inmiscuirse en mundos insólitos que iban del *star system* a la mafia italiana. Capturas increíbles acompañan todo este itinerario: muchas fotos que dan ganas de ver con mayor detención, junto a citas de sus textos y reflexiones. La tercera estación es la más opaca y algo así como un último *turning point* del documental:

**Sergio Larraín: *El instante eterno***  
Chile, 2021  
90 minutos  
**Dirección:** Sebastián Moreno  
**Guión:** Claudia Barril, Sebastián Moreno  
**Investigación:** Sebastián Moreno  
**Productora:** Las Películas del Pez



su retiro espiritual y el encuentro con el llamado “grupo Arica”, colectivo *new age* instalado en el norte de Chile. Ahí Larraín termina apartándose definitivamente de la fotografía, llevando una vida monástica con su hijo en una parcela. Parte del “mito” de su figura viene de aquí, y es también una arista que ha llamado la atención a nivel internacional (como lo prueba el documental realizado por el fotógrafo Patrick Zachmann, citado por Moreno).

La película cuenta a su favor con el uso de archivos de primera fuente, accediendo a varias bases de datos, entre ellas, la propia agencia Magnum, el MoMA o el acervo familiar, así como testimonios bien elegidos, particularmente, contrapuntos interesantes entre la visión de la familia más cercana (hermanas, hijos) y las observaciones externas de curadores y otros fotógrafos (entre ellos, Luis Poirot). Así visto, se trata de una investigación de larga data, obligada a resumirse en un largometraje documental de poco más de una hora. Se supone que las líneas que abre el documental se profundizan en la serie que pronto verá la luz. Más allá de eso, la edición denota un trabajo pulcro de síntesis: en la hora y algo de duración, se abarca una cantidad impresionante de relatos y testimonios, además de archivos escasamente conocidos, como registros en *super8* de la vida familiar, tiras de contacto con las marcas del fotógrafo, filmaciones propias muy tempranas e incluso videos de su vida retirada, así como escritos, cartas y otros recursos personales, acompañados de una música que evade el sentimentalismo fácil. Se agregan a ello algunas pequeñas —casi imperceptibles— recreaciones para el filme.

Moreno, con su oficio habitual presente en trabajos como *La ciudad de los fotógrafos* (2004), *Habeas corpus* (2015) o *Guerrero* (2017), navega bien por los mares de la síntesis, el ritmo, la información y el acercamiento, pero termina entregando una visión algo institucional al dejar de lado las aristas llanamente conflictivas o contradictorias del propio Larraín (por ejemplo, su rol como padre, el escaso detalle de su vida en el retiro) o de todo el aparato institucional que lo validó centralmente desde Europa y Estados Unidos (MoMa, coleccionismo). Con todo —y con el objetivo divulgativo cumplido con creces—, es posible también llamar la atención sobre esta timidez, que desemboca no solo en una mirada excesivamente respetuosa, sino también en un archivo fotográfico y audiovisual al servicio de una estructura más expositiva que exploratoria.

"Moreno, con su oficio habitual presente en trabajos como *La ciudad de los fotógrafos* (2004), *Habeas corpus* (2015) o *Guerrero* (2017), navega bien por los mares de la síntesis, el ritmo, la información y el acercamiento, pero termina entregando una visión algo institucional al dejar de lado las aristas conflictivas o contradictorias del propio Larraín".

Quedan, para mi recuerdo, dos recortes y asociaciones. En primer lugar, la relación que tiene este documental con *La ciudad de los fotógrafos*, y el díptico que conforman respecto a la fotografía chilena. Mientras el primero aborda el trabajo invisible del colectivo de fotógrafos de la AFI durante la dictadura, abordado desde la perspectiva de la recuperación de la memoria social, el segundo se adentra, más bien, en los terrenos incógnitos y esbozados del mundo interior de Sergio Larraín, un mundo opaco que solo logramos intuir desde la rememoración de terceros, en un juego de reflejos y proyecciones. Se trata de dos polos —el social y el subjetivo— que se anudan en un “arte intermedio”, como llamó el sociólogo Pierre Bourdieu al arte de la fotografía.

En segundo lugar, un *souvenir*: acaso la secuencia más bella del documental, un archivo rescatado del documental de Zachman y reutilizado aquí, en la que una cámara de video ingresa a la parcela del fotógrafo con la prohibición de filmar su rostro. Se trata de un Larraín de voz pausada, mientras la cámara muestra sus manos bajo la textura lumínica del video casero en una tarde de sol. Una escena ambigua por lo que muestra y lo que no, que habla tanto de las potencialidades del archivo y del medio documental, como la indeterminación radical de una vida sumergida de la cual hemos alcanzado a ver apenas un destello. ☐

IVÁN PINTO VEAS.

Crítico de cine, investigador y docente. Editor de la revista *La Fuga*.cl. Investigador posdoctoral en ICEI, Universidad de Chile

Blanco en blanco, de Théo Court

# Capturas de la historia

POR LAURA LATTANZI V.



La conquista y la incorporación de territorios a finales del siglo XIX e inicios del XX se hace en nombre del progreso y de un nuevo modelo productivo “civilizatorio”. Pero ya sabemos que muchas veces este relato histórico obvia lo que este proceso trajo consigo: la violencia y desaparición de otros modos de estar en el mundo, el exterminio de pueblos, la propiedad de las tierras en manos de unos pocos terratenientes.

La conquista se ejerce con máquinas, con armas, con ferrocarriles. Pero hay dos aparatos emergentes del período que participan y también capturan la realidad, en este caso, haciendo visible la pérdida. La fotografía y el cine exponen la realidad, pero de igual forma hacen de esta presencia una ausencia: al disponerla en el marco de una fotografía o de un filme, se vuelve pasado y a la vez algo significativo. Como señala el pensamiento barthesiano sobre la fotografía, con ella no se puede negar que la cosa estuvo ahí, que ha sido, y que ahora ya no está.

La película *Blanco en blanco*, del director español-chileno Théo Court, se contextualiza en esos albores del siglo XX en Tierra del Fuego, en momentos en que los conquistadores avanzaban sobre los territorios haciendo desaparecer pueblos. Es en este escenario que hace su arribo el protagonista del filme, Pedro, un fotógrafo interpretado por el actor Alfredo Castro, que llega a estas zonas con el trabajo de fotografiar el matrimonio de un terrateniente escocés, Mr. Porter.

Su tarea se tornará, al igual que el paisaje, ardua e inquietante. El latifundista no se hará presente ni ante la cámara de Pedro ni ante la de Théo Court; la celebración del evento se dilata y se torna imposible de ser representado. Mientras tanto, Pedro fotografía a la futura esposa, una niña con la que el personaje parece obsesionarse. Desde su primer encuentro, el fotógrafo quiere inmortalizar su belleza en una imagen. Busca nuevos ángulos, escenarios, poses; la viste y desviste hasta que la cuidadora de la niña se inquieta y decide terminar con las sesiones.

Pedro queda atrapado en ese territorio inhóspito sin trabajo y termina por unirse a mercenarios que asesinan selk'nam por libras esterlinas, procurando así incorporar tierras a las propiedades del latifundista. La nueva tarea del protagonista será entonces fotografiar a los cuerpos asesinados, registrar la desaparición de un pueblo. La precisión con la que compone los encuadres de los cadáveres será la misma

"Blanco en blanco es una reflexión en imágenes sobre las formas de producción de visibilidad de una época y sobre una época. Al construirse bajo la figura del dispositivo fotográfico, construye su propia ética de la visión; nos advierte que el acto de fotografiar es algo más que una observación pasiva."

que ejerce con la niña, uniendo en su trabajo fotográfico el cuerpo erotizado de la novia infante con la muerte de una comunidad. Fotografías que testimonian una relación perversa, violenta: la conquista de los cuerpos y los territorios.

La película destaca por sus planos elegantes y bien contruidos, en los que la luz —su presencia y ausencia— juegan un rol fundamental. La misma precisión de Pedro parece ser la del director de fotografía del filme, que se esmera en retratar, por un lado, espacios



cerrados, habitaciones oscuras donde la luz se cuela de manera natural y significativa, como en la primera sesión fotográfica de la niña, donde se ensayan diversos movimientos de cortina para que ingrese la luz al recinto y al cuerpo fotografiado, o la escena en la que se tapija una ventana y el plano se llena de oscuridad; y por el otro, espacios abiertos dominados por las inclemencias de un paisaje austral, en los que la nieve y los vientos se toman el plano visual y sonoro.

Las secuencias son largas, lo que intensifica esa atmósfera de hallarse en lugares aislados, ambiguos, hostiles. Tiempos largos que contrastan con los ritmos de un cine industrial acostumbrado al corte y la vorágine, y que también se vinculan al modo de producción fotográfico de la cámara de Pedro, cuyo tiempo de exposición, como las cámaras de esa época, podía contarse y hasta medirse en varios segundos. En esos días, la fotografía no operaba a través de la captura espontánea de un instante, sino que requería de un tiempo de exposición, lo que implicaba además una cuidada preparación de la escena. Así, Pedro monta su escenario para capturar las imágenes, dispone los cuerpos, mide la iluminación, y bajo ese modo de operar compone un retrato erotizado de una niña forzada al matrimonio y otro en el que se ve a los cazadores blancos posando bajo los cuerpos sin vida de los selk'nam.

Hay algo esquivo y a la vez abyecto en la puesta en escena, y es en este sentido que se puede vincular *Blanco en blanco* con otras películas contemporáneas que renuevan los vínculos entre cine e historia bajo un prisma similar, como *Zama* (2017), de la argentina Lucrecia Martel, o *Chaco* (2020), del boliviano Diego Mondaca. Ficciones latinoamericanas en donde los eventos históricos pierden su carácter de grandes acontecimientos narrativos, para centrarse en los deambulares de personajes que deben transitar espacios inhóspitos, cargados de una atmósfera de angustia y alucinación, y en los que la latencia tiene un papel central. Sin embargo, a diferencia de *Zama* o *Chaco*, la película de Court trabaja con retratos de un pasado que quiere ser inmortalizado en imágenes —y no así dinamizado como en los otros casos— mediante los procesos fotográficos de esa época. Así, las imágenes quedan fijas en su propio tiempo y en su propio modo de producción.

*Blanco en blanco* es una ficción que busca retratar un período histórico, pero es también una reflexión en imágenes sobre las formas de producción de visibilidad de una época y sobre una época. Al construirse bajo la figura del dispositivo fotográfico, construye su propia ética de la visión; nos advierte que el acto de fotografiar es algo más que una observación pasiva. El acto mismo, tal como dice Susan Sontag, es un acontecimiento. Uno que implica la captura, la posibilidad de apropiarse de lo fotografiado, pero también de sentirse punzado por quien observa ahora las imágenes del pasado en una pantalla. ■

**Blanco en blanco**  
Chile, España, Francia;  
2019  
100 minutos  
**Dirección:** Théo Court  
**Guión:** Samuel  
Delgado, Théo Court  
**Elenco:** Alfredo Castro,  
Lars Rudolph, David  
Pantaleón, Lola Rubio,  
Alejandro Goic  
**Productoras:** Quijote  
Films, El viaje films,  
Pomme Hurlante Films

**Laura Lattanzi V.**  
Académica del Departamento  
de Teoría de las Artes de la  
Universidad de Chile. Doctora  
en Filosofía con mención en  
Estética y Teoría del Arte. Se  
ha especializado en teoría  
estética y teoría política, y artes  
audiovisuales.

*Paren la música*, en el Teatro Nacional Chileno

# Reapertura, presencias y fantasmas

POR MAURICIO BARRÍA



**P***aren la música* es un doble estreno. Además de ser el primer montaje de la temporada 2021 del TNCH, la obra marca también la reapertura de esta sala luego de pasar un año y seis meses cerrada por la pandemia, que hizo que la actividad teatral abandonara su espacio natural para recluirse y sobrevivir en la virtualidad de las pantallas.

Este doblez resulta paradójico, ya que la última actividad que tuvo lugar sobre este escenario, justo una semana antes de que se decretara la cuarentena, fue el funeral (o acaso la última función) de dos grandes artistas chilenos y Premios Nacionales: Alejandro Sieveking y Bélgica Castro. Fue esta, quizás, la última acción performativa de esta pareja que despilfarraba humor negro y agudeza.

Ahí, pues, yacían esos dos féretros sobre el escenario de la Sala Antonio Varas, casi como una premonición de lo que hoy, en ese mismo lugar, y luego de 18 meses, sucedió ante una sala con su máximo aforo. Tal vez la vida no sea otra cosa que un continuo *déjà vu* de una escena única que no acaba.

*Paren la música* es, desde su génesis, un proyecto inusual. Es la tercera parte de una trilogía que inicia con *Todo pasajero debe descender* (2012) y sigue con *Todos mienten y se van* (2019). Sieveking dejó inconclusa esta tercera parte, escrita a partir de los materiales originales por Nona Fernández. Una trilogía en la que, conforme a su sutil humor negro y sentido del absurdo, el dramaturgo anuncia su muerte y la de su compañera; un tríptico que funciona como una suerte de memoria escénica de sus vidas.

Esta tercera parte se centra en la figura de Bélgica Castro, de su memoria extraviada y de la reunión de la pareja en otra dimensión. Bajo la metáfora ambigua de una obra en construcción que debe cerrar —y que es al mismo tiempo una obra en el sentido inmobiliario y teatral—, representa también la despedida de la actriz. Como en los trabajos anteriores, Bélgica se llama Gregoria, entre personaje ficcional y alter ego de la actriz real. La obra parte de una situación que cita el espacio de un café, que es donde transcurre *Todo pasajero debe descender*. Gregoria espera a su supuesto biógrafo, Guillermo (encarnado por Sieveking en los episodios anteriores), quien resulta ser una suerte de custodio de su memoria. La espera inicia junto a un obrero de esa construcción (Felipe Cepeda) que, más bien, es una demolición. Lo que está derrumbándose es ese viejo café en el que Gregoria y Guillermo acostumbraban verse.

Desde el comienzo se hace evidente que la repetición será la figura sobre la que se erige el texto, desde las referencias a datos que retornan, la mención del signo piscis de la actriz o una serie de recuerdos que no sabemos si sucedieron o no. Como un pulso narrativo, la repetición materializa muy bien la deriva de esta mente perdida en el tiempo. Con todo, la dramaturgia se estructura de forma progresiva, en la lógica del paulatino develamiento de una verdad. Al rato, sabemos que ella espera a alguien que murió hace meses en ese mismo lugar. La naturalización de



lo fantástico, a pesar de lo conocido, resulta emocionante por la referencia a lo real de esta historia.

El personaje de Gregoria, maravillosamente interpretado por Catalina Saavedra, fue *En todo pasajero debe descender* encarnado por Bélgica Castro, como si de su alter ego se tratara. Sabemos que cuando hablan de Víctor, un antiguo amigo, se refieren a Víctor Jara, y que el biógrafo hace referencia al propio Alejandro Sieveking. De este modo, lo que en principio podría parecer una poética del realismo mágico y absurdo —que conocemos tan bien en la dramaturgia de Sieveking en textos como *Ánimas de un día claro* (1959), *Los tres tristes tigres* (1967) o *La mantis religiosa* (1971)— se convierte en un tipo de alegoría sobre el teatro, su dañada condición en pandemia y su vínculo esencial con la memoria colectiva.

En efecto, es sobre la memoria que gira este montaje, encarnada en la figura de esta vieja actriz que sufre de demencia senil y que no logra reconstituir la prosa de sus recuerdos. Esta disociación se amplifica cuando aparece desde el foso del escenario otra Gregoria (Carolina Larenas), esta vez más joven y más decidida, que entra en un diálogo absurdo con su versión más vieja. El texto en ningún momento busca confundir los planos de realidad, más bien los asume con naturalidad: sabemos que Guillermo está muerto o que ella está desvariando. La fuerza del montaje es que, sabiendo todo eso, sigue produciendo una rara inquietud: acaso la resonancia de ese real que opera como un texto subterráneo.

La trama se complica, pues los obreros conminan a la señora a abandonar el espacio, a pesar de la intervención de Joselyn (Carolina Paulsen), antigua dueña de ese café que dice que llamará a la hija de la actriz para que la venga a buscar (otra referencia cruzada en relación al hijo adoptivo de Bélgica). En ese momento, aparece una tercera Gregoria, esta vez en el cuerpo de un hombre (Guilherme Sepúlveda), que va a conducir a la vieja actriz al encuentro de un instante de su vida. Una de las frases reiterativas que pronuncia la versión mayor de Gregoria alude al lugar donde van a parar los parlamentos dichos por ella a lo largo de su carrera y, por consiguiente, se pregunta dónde quedan todas las mujeres que fue. Nos percatamos que había algo que esta mujer debía recordar y que es la razón de su espera. Ahí, la tercera Gregoria le propone interpretar un texto que él le va a dictar a través de un telepronter. Esta escena no es otra que un fragmento de *Ánimas de día claro*. Un momento de gran belleza, tanto por lo que significa este pasaje en el contexto de la vida de Sieveking y Castro, como por su alusión a nuestra propia historia teatral, tan poco apreciada a veces.

En la cita se superponen varias capas textuales: el referente histórico de la obra, la biografía de los propios amantes y el elenco actual que sube a un escenario luego de meses de encierro. Un pliegue de tiempos,

una explosión de presencias fantasmales que viven entre nosotros y con nosotros.

Sabemos que el teatro es una metáfora del funcionamiento de la memoria, en cuanto recordar es volver a poner en escena, es hacer presente lo desaparecido, lo ausente. Sobre la escena teatral se constituye esta memoria colectiva que interpela a la comunidad, obligándola a reconocerse en ella y a hacerle presente lo soportable o lo insoportable de su propia identidad. La comunidad, de este modo, se reúne en torno a este vivenciar teatralizado de sus propios dolores. *Paren la música*, desde su título, alude a esta imagen espectral de un Orfeo ingresando al infierno para rescatar al fantasma de su amor.

La música es el lenguaje de los muertos, el modo en que cobran presencia sus susurrantes existencias. Pero la música es también una invitación al silencio. Una solicitud a detener el tráfico ensordecedor de la cotidianidad; a detenernos para descubrir el sentido profundo de esa expresión de ser-para-la-muerte, pues ante la muerte descubrimos lo significativo de una experiencia. Acaso la música hoy, en este hoy, mientras esperábamos esta puesta en escena, no era sino la incitación a detenernos para recordar a los que nos dejaron en estos 18 meses.

Silencio (teatral).

El montaje culmina con una escena que de alguna manera estaba presagiada. La primera Gregoria, sola frente a un contraluz, descifrando el enigma de su Gregorio: “te espero en el fuego del filamento”. La luz se corta, como se acaban las vidas.

El trabajo de Cristián Plana en la dirección y de Nona Fernández en la escritura es sutil en el recurso a la cita que se despliega en el montaje, como la realización de una obra dentro de una obra en demolición y el uso de algunos trucos escénicos, como salir de fosos, usar y abusar del contraluz, el vestuario elocuentemente teatral y el juego de recreación escénica de una emblemática obra que alude a la propia historia del TNCH, que está celebrando sus 80 años.

El trabajo con la visualidad es sencillo y preciso. La iluminación construye una atmósfera cálida, colaborando muy bien con la secuencia narrativa de la puesta en escena. Luego, esos artefactos de fondo que remiten a estructuras que desnudan la anatomía de una construcción demolida. Imágenes de una ruina, otra vez una alegoría nostálgica de algo acontecido. Todo este diseño está a cargo de Claudia Yolin.

Un ejercicio sobre la memoria, una pequeña elegía de un amante a su amada que ahora perviven, a través de nosotros, como ánimas en un Chile convulsionado. ☞

MAURICIO BARRÍA

Dramaturgo e investigador teatral. Doctor en Filosofía con mención en Estética y Teoría del Arte de la U. de Chile. Profesor Asociado del DETUCH. Ganador de la Muestra de Dramaturgia Nacional en tres oportunidades. Entre sus trabajos recientes están *De Luanda Lumbanga* (2020) y *AppRecuerda*, junto a Rimini Protokoll (2017).

# ESTUDIANTES EN MOVIMIENTO



POR NOAM VILCHES ROSALES

Delegada de Bienestar FECh

## Nada por disputar, todo por construir

La crisis de la FECh no es un misterio. Ahora estamos en su *peak* no solo porque no existió quórum para constituir una mesa, sino que además faltan listas que disputen centros de estudiantes; la participación en asambleas es baja, las orgánicas locales pierden gente a mitad de camino, hay renunciadas a cargos y se ha diluido la capacidad de convocar y movilizar cambios estructurales tanto a nivel de la universidad como del país. Las razones que da el estudiantado para explicar esta situación son variadas. Hagamos un breve repaso por las más mencionadas, para luego —ojalá— responder por qué se debe reconstruir la FECh.

### La FECh es un trampolín político

Esta es una de las críticas que más se han reportado al menos desde 2013, y es usada tanto por la Centro Derecha Universitaria como por los grupos de izquierda menos adeptos a los actuales partidos políticos chilenos. Lo curioso es que quienes realizan esta acusación tampoco han destrabado esta crisis cuando han estado en la Federación, y tienen cada vez menos incidencia en los comicios estudiantiles. No obstante, no podemos desconocer que quienes pasan por la FECh tienden a tener una carrera política institucional fuera de la universidad. Aquí podemos preguntarnos si es un problema que exrepresentantes estudiantiles ganen elecciones en el Congreso, los municipios o la presidencia de Chile. Me atrevo a afirmar que no, y si el problema es que quienes se suman a la FECh dejan de lado sus labores por intentar darle otro uso a la Federación, eso puede solucionarse estatutariamente. No obstante, creo que quienes tienen un fuerte compromiso con la educación pública, popular y feminista, deben estar disputando no solo una federación de estudiantes, sino que también tienen el deber de llevar nuestras problemáticas a las más altas instancias políticas e institucionales de Chile; y digo *deben* como imperativo sobre todo práctico, pues son dichas personas quienes lograron visibilizar y hacerle camino a nuestras demandas.

### La FECh no es útil a los intereses estudiantiles

Aquí chocan ideas, pues tal afirmación es dicha tanto por quienes creen que los intereses estudiantiles se sitúan en un buen pasar universitario, como por quienes creen que la lucha debe enfocarse en el plano nacional. Esta idea es una falsa dicotomía. Quienes tomen liderazgos en la organización estudiantil deben saber que no se puede dedicar tiempo solo a una, ambas son nuestra responsabilidad y así lo indican los actuales estatutos. Muchos de los problemas que se viven requieren volcarse a la política nacional, y muchas problemáticas nacionales requieren también de nuestro esfuerzo y autorreconocimiento como algo más que estudiantes, como futuros trabajadores y ciudadanos. El estallido y la valentía de les secundaries deberían ya habernos

dado una cátedra sobre empatía y colectividad que nos saque la individualista idea de que no nos debe importar nada más que lo puramente estudiantil. Sin embargo, y obviando esta situación, creo que una crítica como esta solo puede nacer de la idea de que la FECh no hace nada significativo en ninguno de los dos planos, lo que me lleva necesariamente al siguiente punto.

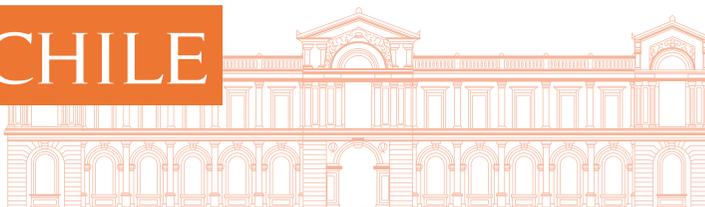
### No se sabe qué es la FECh ni cuáles son sus labores o historia

Este problema es ineludible. Recuerdo conocer la FECh antes de entrar a la Universidad de Chile, la veía en los medios desde 2011 y entendí su relevancia. Sus figuras inspiraban y llamaban a movilizarse por una educación fuera de las lógicas del mercado, de la dictadura y de la élite del país. No sabía su historia, pero quería saberla. Ya estando en la universidad, pensé que mi estadía no necesitaba de la política universitaria y por tanto no necesitaba saber nada de la Federación.

Esto me recuerda una reciente charla donde el primer presidente de la FECh en dictadura, que fue electo con un 90% del quórum, comenta que la participación de antaño se daba porque el enemigo común era claro. Hoy ese quórum es una utopía y ese enemigo común es cada vez más difuso, lo que ha hecho que en la Federación y en Chile existan apuestas mucho menos convocantes. Parece que hacer política importa menos porque estamos en una situación que nos parece menos apremiante, y por tanto la desconfianza en la clase política es argumento suficiente para no interesarse. Esta última idea tiene un nivel de individualismo enorme, es el camino fácil. Si creemos que les actuales representantes son personas en las que no podemos confiar, entonces levantamos proyectos con personas que nos hagan sentido, no nos mandamos a cambiar como si no hubiese nada en juego.

Cuando asumí, como centro de estudiante tenía metas locales bastantes simples, pero basta con dar un paso hacia el camino de la construcción colectiva para entender lo mucho que falta hacer, lo frágil que es la estadía de los sectores más populares en la universidad, lo difícil que es ser mujer y disidencia en la educación superior, lo necesaria que son las presiones y gestiones estudiantiles para el cumplimiento del rol público de la Universidad de Chile. Eso me llevó de no querer saber nada de la federación a necesitar participar activamente en ella.

Cuando el llamado es a reconstruir la Federación y no a pelear una tajada de pastel, quizás lo que menos importa para sentirse convocada son los errores del pasado. Quizás muchas de las labores FECh no nos tendrán en la televisión abierta hablando sobre los necesarios cambios en el modelo educativo, pero tenemos que asumir que muchas de las labores que se realizarán son como levantarse y tomar un buen desayuno, vale decir, no serán labores que nos hagan sentir que estamos cambiando el mundo, pero serán necesarias para que lo logremos. ☐



## JULIETA KIRKWOOD

(1936-1985)

Fue hace más de seis décadas, un 8 de enero de 1949, cuando se concretó uno de los hitos fundacionales en la historia del movimiento feminista en Chile: el derecho a voto para las mujeres. Un camino que recorrieron destacadas activistas de la época, como Elena Caffarena u Olga Poblete, entre tantas otras mujeres que marcaron un precedente para las nuevas generaciones. Por aquel entonces, Julieta Kirkwood era solo una niña.

Sería más tarde, durante la década del 70 y tras haber estudiado Sociología y Ciencias Políticas en la Universidad de Chile, que se convertiría en una de las voces más influyentes del feminismo en el país, siendo reconocida como la refundadora del movimiento feminista chileno. Como militante socialista e investigadora de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), Kirkwood se involucró activamente en la movilización de mujeres y comenzó a articular instancias de participación y difusión en los inicios de la dictadura. Fundó organizaciones, editó revistas, dictó charlas y talleres y salió a las calles, mientras se entregaba a un intenso ejercicio de producción teórica que la llevaría a ser reconocida en todo el continente.

Para las investigadoras Pierina Ferreti y Luna Follegati, su feminismo es ambicioso. “Se propone reinventar la democracia empujándola hacia la transformación del orden político-sexual y ampliar el proyecto histórico del socialismo sumado a la transformación de las estructuras so-



ciales con el objetivo de una revolución de la vida cotidiana”, señalan en *Preguntas que hicieron movimiento. Escritos feministas 1979-1985*, libro que reúne una selección de notas de la socióloga que, en conjunto, buscan dar claves de su pensamiento.

“Como rebelde —añade Cynthia Rinsky en el prólogo— Julieta Kirkwood no cumple con la distancia convenida a una intelectual respecto de su objeto de estudio. Busca una forma de pensar y escribir sobre la actualidad que entreteja el análisis del pasado, la experiencia del pre-

sente y la anticipación del futuro”. Como activista política e intelectual, dedicó gran parte de su vida a visibilizar el entramado de luchas suprimidas por el saber patriarcal, buscando archivos y documentos, reviviendo la herencia de las feministas obreras, estudiando la participación histórica de las mujeres en la política, y explicando por qué es tan relevante su participación en todos los aspectos de la democracia.

La tensión hacia su producción intelectual fue, hasta hace poco, escasa. “El silencio en torno a Julieta Kirkwood no fue casual. Formó parte de un conjunto de omisiones que se instalaron en el Chile de la transición a la democracia”, escriben Ferreti y Follegati. Debido a la lógica despolitizadora de los gobiernos civiles de centro-izquierda y una democracia restringida, la articulación popular y el movimiento feminista pierden el protagonismo conseguido años “Su radicalidad no calzaba con la estrocha ‘medida de lo posible’ que se imponía de facto”, detallan las autoras.

Hoy, a 85 años de su natalicio, su pensamiento parece más vigente que nunca. La emergencia en 2018 del movimiento de mujeres organizadas, sumado al triunfo de jóvenes feministas en las elecciones de mayo de 2021, son la prueba de que se ha abierto un nuevo espacio a las tensiones que alguna vez Kirkwood buscó reunir, como advierten Ferreti y Follegati: “izquierda y feminismo, socialismo y democracia, movimientos y partidos”.

**Texto:** Valentina Aravena V.

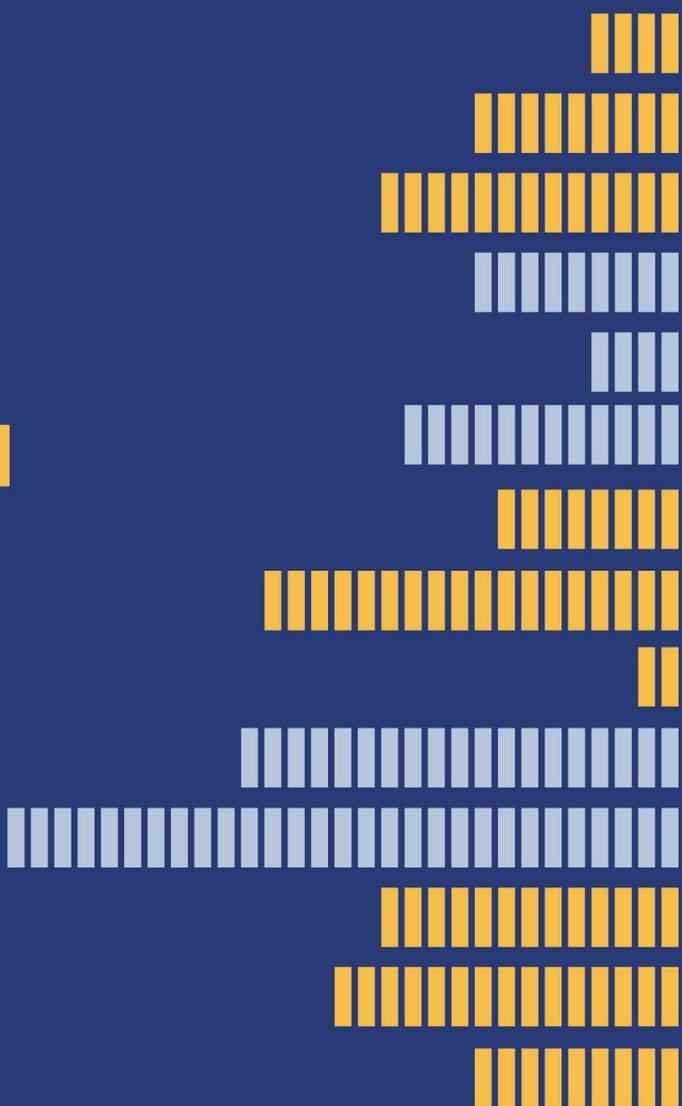
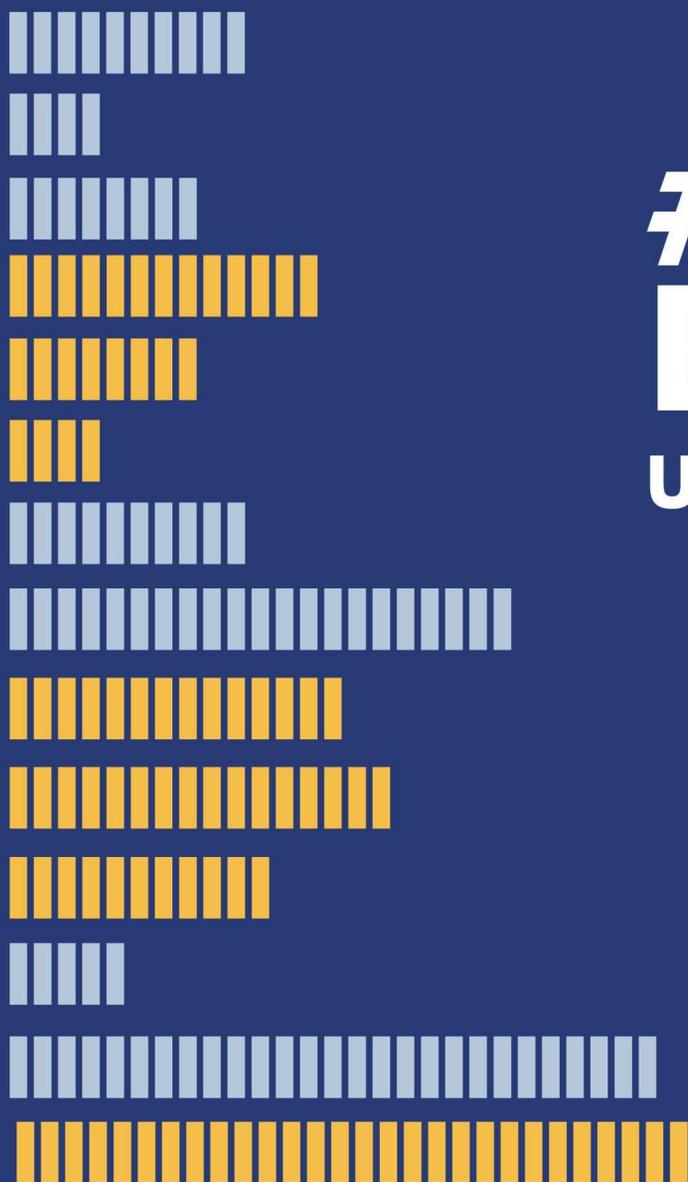
**Fuentes:**

“La relevancia que cobra Julieta Kirkwood en el Chile actual”, de Estefanía Labrín, 2021. En [uchile.cl](http://uchile.cl)

*Preguntas que hicieron movimiento. Escritos feministas 1979-1985*, de Julieta Kirkwood. Selección de Pierina Ferreti y Luna Follegati. Banda Propia, 2021.

# #YoCreo En Radio

Universidad De Chile



(( 102.5 FM ))

<https://radio.uchile.cl>

 RadioUniversidaddeChile

 uchileradio

 radiouchile

 diariotvuchile